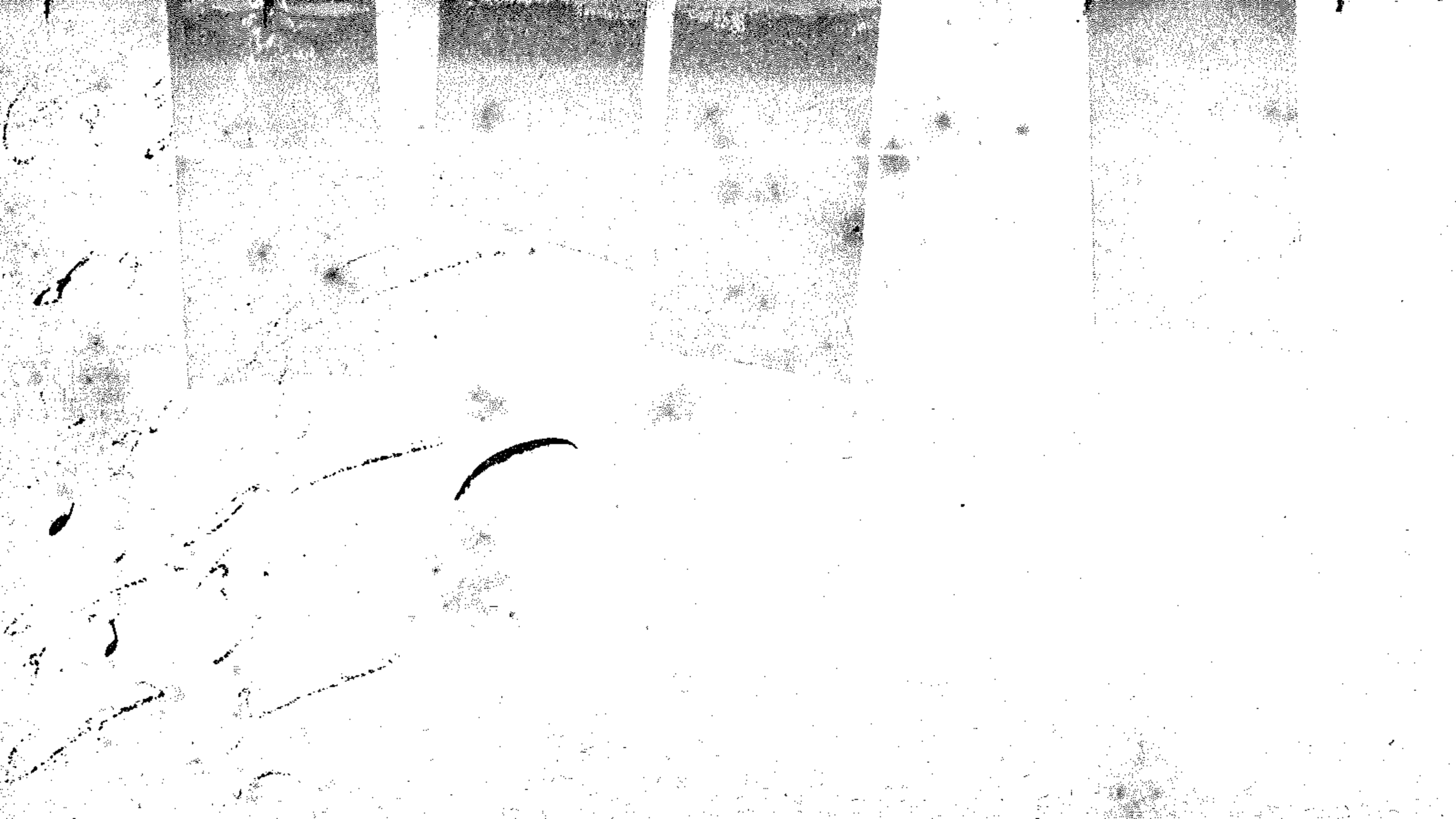

COLECCION

DE NOVELAS, TRADICIONES Y ARTÍCULOS

DE

DON DAMASO BELGADO LOPEZ

SEGUNDO TOMO

IMPRENTA LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DEL
DIARIO DE CÓRDOBA, S. FERNANDO 34
Y LETRADOS 18.

Reg. nº. 6.176

EL CASTILLO DE MONTILLA

I

El célebre castillo de Montilla, en la provincia de Córdoba, y su soberbio Alcázar, donde naciera el Gran Capitan, Gonzalo Fernandez de Córdoba, y cuya destruccion y demolición, mandada hacer por el Rey don Fernando el Católico, es el objeto de nuestra leyenda. Estaba colocado en el extremo Norte de la población, y á la eminente altura por dicha parte, desde los estribos de sus torres hasta el nivel del arroyo de Huelma, de unos 146 metros 46 centímetros.

Desde su cima se descubren muchas, muchísimas de las poblaciones y terrenos más apartados, de las provincias de Sevilla, Granada y Jaen, y casi la totalidad de los pueblos de la de Córdoba.

Aulo Hircio, Covarrubias, Moreri, Estrada, Mendez de Silva, Escard y otros muchísimos autores, se ocupan de la importancia de esta ciudad de Montilla, entónces villa, y de su imponente y soberbia fortaleza; y por cuanto respecta á la demolición de dicho Castillo, son tan sin número los que la refieren y comentan, ya de intento, ya de paso y por incidencia, que sería pesado y prolijo el enumerarlos. Con todo citaremos algunos al acaso, acudiendo á nuestra memoria, por si el curioso lector quisiere comprobar nuestros asertos.

Pedro Martyr de Anglería, en sus cartas; Paulo Jovio en sus Varones ilustres; Duporcet y su traductor don José Fernandez de Córdoba, en la vida del Gran Capitán; Estéban de Ga-

ribay, en su crónica general; Sandoval, en su historia de Cárlos V., y Zurita en su compendio histórico y sus Anales, y el P. M. Fr. Eusebio Gonzalez, continuador de Cornejo, en su crónica de la Orden de San Francisco, cuyos dos últimos se ocupan con más extensos detalles de dicha catástrofe, son los que podrán abonar nuestra referencia.

Al tratar de llenar nuestro intento, se nos ocurren y vienen á la pluma multitud de consideraciones sobre acto tan incomprensible y absurdo, y mucho más en aquellos tiempos en que, tratándose por los Reyes Católicos la reconquista de la España musulmana, cada ciudad, cada villa, cada aldea, cada fortaleza, cada castillo contra la morisma, era un escudo y recurso de fuerza poderoso para llegar á su terminación. Mas no siendo este el objeto que nos proponemos, pasamos deseguida á nuestro asunto.

Sobre los autores ya citados que hemos leido en otras ocasiones, he-

mos registrado y consultado los papeles de los Jurados padre é hijo, D. Lucas, D. Antonio y Fr. Nicolás de Santa Maria, y tambien los respectivos á Fr. Francisco de la Asumpción, bastardo de la casa de Sesa, y los del alguacil mayor del Santo Oficio don Francisco Ruiz Lorenzo, escritores de fines del siglo XVIII, distinguidos paisanos nuestros, cuyos manuscritos conservamos. En breves palabras intentaremos hacer la descripción del Castillo y Alcàzar.

Para determinar su posición y la de sus murallas, podemos tirar una línea casi recta, que partiendo desde la parte baja de lo que se llama Lonja al lado derecho de la Iglesia Parroquial del Sr. Santiago, ó la alta de la calle de la Yedra, que atravesando las casas número 3 de la calle Torrecilla, y su fronteriza del 4 en la misma calle, venga á rasar por delante de la fachada de la plaza de las antiguas casas Consistoriales, hoy escuelas públicas, hasta terminar en la esquina

que forma la calle Tarasquilla con la Mesones; y ya desde este punto, siguiendo la acera derecha de la calle del Matadero, hasta su entrada para el mismo, y partiendo desde este, hasta el último límite de la pared del campo del Cementerio, empezar ya marcada una pequeña parte de circunferencia, diez grados próximamente, rodeando el punto más elevado, hasta venir á tocar el de partida, atravesando la parte media de la Escuchuela y la calle Puerta del Sol por detrás de la parroquia, límite de cintura y de murallas que rodeaba el Alcázar y Castillo.

Los muros de dicha cintura y barbacanas estaban flanqueados por sus torres, que, partiendo de la misma dirección que hemos indicado de izquierda á derecha, presentaban en primer lugar la gran torre *Dorada*, que estaba anexa á hermosas habitaciones de hospedaje; la torre del *Sol* ó de las cadenas prodigiosas, y encima de estas, á la mayor altura, la to-

rre del *Centinela*. Despues seguian la torre de *Defensa* la puerta de hierro y rastrillo, la de *Minerva* la de *Antonina* (1) que indudablemente corresponde á la lápida romana que allí entre las ruinas se encontró en el año 1720 el contador del marqués de Priego don Andrés de Arrepiso y Baena, en el tiempo de hacer las obras necesarias en los despojos del Castillo para un gran depósito de granos. Seguidamente estaba la torre de *Diana* y á larga distancia, y por último, la de la *Escuchuela*, despues la de los *Conejos*, nombre propiamente aplicado, pues aproximando el oido al suelo se oian los más imperceptibles rumores á considerables distancias, quedando por último entre unas y otras, y por la parte Nord Oeste las murallas cartaginesas y romanas.

Determinada ya la parte exterior

---

(1) ANTONAE, aplicada en su interpretación á la esposa del emperador Tiberio, hija menor de Marco Antonio.

del Castillo y fortaleza, solo nos resta indicar la situación de su plaza de armas, enclavada entónces en la parte del pátio, precedente á los depósitos de granos, hallándose su puerta principal de entrada en el espacio medio de la calle Torrecilla, inmediato á la torre de *Defensa*, donde se hallaba la puerta de hierro.

El Alcázar ó habitación de sus moradores, estaba colocado en el emplazamiento, desde la esquina de dicha calle Torrecilla á la parroquia, apoyado en el muro de cintura de esta parte. Dicho Alcázar tambien estaba flanqueado de sus torres, como eran la de *Homenaje*, la *Mayor*, la de las *Sentencias* la del *Miedo*, la de *Marte*, la de los *Escudos*, despues la del *Alcalde* y la *Troyana*, de la que dice don Antonio Jurado y Aguilar, refiriéndose á una historia manuscrita de Aguilar de la Frontera, que estuvieron ocultos en ella más de cuatrocientos caballos, y cuya cita hacemos exclusivamente por curiosidad, pues no hemos podido averiguarlo.

Ya hemos dicho que la puerta de hierro estaba emplazada en el centro de la línea mural, en la calle Torrecilla; y en la casa núm. 1.º de la misma calle, aparece en el muro de su esquina una puerta de entrada de aquella época, tapiada y anexa á la obra moderna, de la que conservamos dibujo.

El grupo principal de construcción de dicha fortaleza, abarcaba en su longitud de Norte á Sur unos doscientos cincuenta metros, y de latitud Este á Oeste unos ciento.

Inexpugnable en todas sus partes por la naturaleza y su construcción, el punto de avenida ó entrada principal era el de dicha calle Torrecilla, llamada en lo antiguo de las torres, porque en este ascenso ó subida desembarazado de casas, aparecían de trecho en trecho algunas otras torres como de avanzada y defensa.

Las breves descripciones que los autores últimamente citados hacen en sus manuscritos, están fundados

en los prodigiosos restos de dicha fortaleza, que aún en sus tiempos se veian (mediados del siglo XVIII) y por lo tanto sujetas en parte á un cálculo completamente verosímil y exacto.

Hoy, después de tanto tiempo pasado, y á la vista de lo que aún resta, se puede colegir su admirable fábrica é imponente fortaleza, y en su consecuencia creemos pálidos los relatos de los historiadores que de este asunto trataron.

Además, como una prueba de las numerosas estancias y galerías del Alcázar, áditos y tarbeas le hacen citar al dicho Jurado una historia manuscrita que se conservaba en el convento de San Agustín de Montilla, referente à la vida y hechos del Gran Capitán, cuyo autor vivía por los años de 1511, que en su página 279 dice lo siguiente: «Era esta villa de Montilla una villa de sus mayores cercada, y con una fortaleza muy fuerte y grande, la mejor que había en toda la An-

dalucía; que ya fué tiempo que estuviesen aposentados en ella el Rey y la Reina Doña Isabel; las Reinas de Nápoles, vieja y moza; los señores de ella, y sobraron aposentos en ella.» (1)

Entre las numerosas estancias y riquísimos salones, de admirable y exquisita arquitectura y de varios y preciadísimos mármoles, se señalaban los más ostentosos y casi subterráneos, los que llevaban los nombres de la sala de las *Juntas*, la del *Sueño*, la del *Secreto*, la del *Registro* y la *Dorada* que era superior á todas las demás en la riqueza de su construcción, casi maravillosa.

Desde la gran torre mural de la *Escuchuela*, que á fines del siglo pasado ya era nombrada de los Conejos, por los muchos que en sus ruinas se ocultaban, dicen nuestros consultados historiadores que era voz común

---

(1) Don Antonio Jurado y Aguilar, Historia de Montilla M. S. en cuarto, párrafos 151, fólios 56 vuelto y 57.

y general, partía una mina ó galería subterránea hasta llegar á la fuente del Paz, abundantísima de agua, situada en el antiguo camino de Castro, el primero á la derecha de la carretera moderna, y un cuarto de hora de distancia, línea recta Nord-Este del castillo.

En nuestros días se ha probado suficientemente esta aseveración, pues al levantarse terraplenes para la construcción de la línea férrea de Córdoba á Málaga en el año de 1863, se descubrió una boca de dicha mina ó galería subterránea, no pudiéndose proseguir su exploración por muchos curiosos que lo intentaron, pues á algunos metros de su abertura se hallaba obstruida su corriente, habiendo después desaparecido con el trascurso del tiempo dicha boca sin dejar señales de su sitio, pero el cual podemos fijar, anotando estaba colocada á unos seis metros antes de la línea férrea en la altura más levantada del terreno, y á distancia de la huerta de detrás de

San Francisco de unos 40 metros y de unos 150 próximamente de la fuente del Pez.

Terminada ya la precisa referencia y conocimiento del lugar de nuestra escena, pues el hacerlo con la debida extensión requería un trabajo aparte, por la riqueza é ilustración de tal asunto, vamos á pasar al que nos ocupa y donde por hoy sólo nos lleva y guía nuestro pensamiento.

II.

Las mercedes otorgadas á la nobleza castellana y aragonesa por el Rey Católico don Fernando desde su casamiento con la Reina Isabel, en que se fundió en una la corona de España, excepción hecha de lo ocupado por los árabes, hizo que entrase en enojos la no menos poderosa nobleza de Andalucía, olvidada casi por completo de las reales atenciones y munificencia.

Graves rumores de estos enconos, al verse postergados, y aun hechos ostensibles de rebelión, hicieron al Rey para sujetarlos el que tomase altas medidas de rigor, y por asalto los castillos de Niebla y de Trigueros del Duque de Medina Sidonia, constituidos en rebeldía.

Por las mismas causas en Córdoba, siendo los más poderosos del Andalucía el conde de Cabra y el marqués de Priego, tambien se promovieron grandes alborotos y hechos punibles, por lo que las justicias reales tuvieron necesidad de prender á algunos de los alborotadores. No hubo esto de sentar muy bien al Obispo entónces de la Diócesis don Juan de Daza, principal de los rebeldes, que con sus criados y gente armada libertó por la fuerza al preso arrancándolo de las manos de los oficiales reales.

Como tras de las pequeñas causas vienen otras mayores que traen tras de sí la resta de grandes sucesos, este fué el causal principio

del acto de justicia real, mandando demoler el castillo y Alcázar de Montilla.

Teniendo noticia de estos sucesos el Rey Católico en Burgos, donde se hallaba, procedió inmediatamente al nombramiento de un comisionado de su autoridad real para que fuese á enderezar la torcida justicia acontecida en Córdoba. Este encargado fué el alcalde de Córte licenciado Hernan Gomez de Herrera, el cual, auxiliado de algunas fuerzas, partió inmediatamente en cumplimiento de su cometido.

Apenas hubo llegado á la ciudad de Córdoba el alcalde de Córte Hernan Gomez de Herrera á hacer su oficio de Justicia, segun las órdenes reales que llevaba, el marqués de Priego le envió á decir que no pasase más adelante, y hasta que el Rey fuese avisado, de la ciudad se saliese; mas el alcalde, por el contrario, negándose á ello, invitó y mandó por su parte, de acuerdo y conforme con las instruc-

ciones reales que llevaba, que dicho marqués y su hermano el conde de Cabra fuesen los que se saliesen prontamente de la ciudad de Córdoba.

Tomó esto el marqués á grande injuria, y juntando gente armada y comunicándolo con el Ayuntamiento, resolvió y ejecutó por sí, el prender á dicho alcaide de Córte, mandándolo preso á su fortaleza de Montilla, cuyo acto tuvo lugar el 14 de Junio del año 1508

No tardó nada en llegar á conocimiento del Rey tal desacato; y en su vista, ardiendo en enojos, partió inmediatamente desde Búrgos para Arcos donde moraba la Reina, y publicó iba en persona á castigar al marqués, pues los difíciles tiempos que se atravesaban en la realización de la reconquista de la parte de España ocupada aún por los árabes, no permitía á la verdad en razon dejar impune tal falta contra la autoridad y la justicia.

En conformidad de este mandato, el Asistente de Sevilla don Iñigo de

Velasco, hizo pregonar que todos los de sesenta años abajo, y veinte arriba, se hallasen dispuestos para acompañar al Rey á la realización del castigo del marqués de Priego ó á quien este encargó encomendase la autoridad real.

Ausente el Gran Capitan á la sazon y sabido tan extraño caso, escribió á su sobrino el dicho marqués de Priego, lamentándose de ello, y segun Mariana, que las cita en su historia de España, estas mismas palabras: «Sobrino; sobre el yerro pasado, lo que os puedo decir es que conviene que á la hora os vengais á poner en poder del Rey. Y si así lo haceis, sereis castigado, y si no os perdereis.»

Agraviado y bastante se hallaba el Gran Capitan al ver que se tomaba tal resolución y con tal aparato para llevar á efecto el castigo determinado contra el marqués de Priego su sobrino, y por esta causa enojado y en silencio se hallaba despues de conseguir que su sobrino estuviese en ànimo de cumplir con su deber y consejo.

Los grandes todos de nuestra nobleza, con los bles esfuerzos procuraron amansar la ira del Rey, sin poder conseguir ningunos resultados, pues en contrario dictámen é Arzobispo de Toledo aconsejaba á Don Fernando *que debia continuar el camino y hollalle bien* pues esto era sólo lo que convenía para asegurar y sosegar sus estados.

Don Pedro Fernández de Córdoba, obedeciendo los consejos de su tio don Gonzalo, se vino á entregar en manos del Rey en el punto y momento que éste llegaba á Toledo; pero el Rey ordenóle estuviese retirado á cinco leguas de la Córte, y entregase al punto á la autoridad real todas sus fortalezas, lo cual fué obedecido inmediatamente.

Llegado poco después el Rey Don Fernando á Córdoba, con el acompañamiento de mil lanzas y tres mil peones, fué preso al punto el marqués de Priego, procediéndose enseguida á instruir el correspondiente proceso; é

incosado éste, fué acusado por el fiscal el acto de la prisión del alcaide Hernán Gomez de Herrera de delito de lesa majestad, y de cuya acusación no quiso responder ni descargarse el marqués D. Pedro, reduciéndose solamente á recordar al Rey los notorios servicios prestados por sus antepasados á la corona y áun más los recientes de sus tios D. Alonso de Aguilar y D Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Nada de esto hizo mella en el ánimo del Rey ni torció ni un momento su decisión en el cumplimiento de la justicia, y el proceso siguióse brevísimamente para llegar á su terminación.

Puesta á sentencia la causa general instruida por tales disturbios y delitos, fueron condenados á muerte algunos de los más culpables; á otros se les demolieron sus casas, como fueron á D. Alonso de Cárcamo y á Bernardino de Bocanegra; y por último, al dicho marqués de Priego D. Pedro Fernandez de Córdoba, se le senten-

ció á destierro incondicional y perpètuo, no solamente de Córdoba y de todas las tierras y estados que poseía, sino también de Andalucía, según fuere la voluntad del Rey, en cuyo poder quedarían todas sus fortalezas y castillos, á excepción de la casa fuerte y Alcázar que tenía en su Villa de Montilla, la cual como fuese donde había sido preso el Alcalde de Córte Hernán Gomez de Herrera, se mandó demoler y allanar hasta sus cimientos.

Narrado nuestro asunto en su principal esencia histórica, para lo que hemos seguido en un todo al historiador Padre Fray Juan de Mariana, sólo nos resta determinar en nuestro relato breves y ligeros detalles, también históricos, referentes á la ejecución de esta sentencia, catástrofe dramática y sangrienta, señalada y comentada por diversidad de historiadores así nacionales como estranjeros.

III

Son las cinco de la tarde del día 14 de Junio del año 1508.

Traslademos á nuestros lectores á la Villa de Montilla, señorío de los marqueses de Priego, y á unos trescientos metros de distancia de la misma, á la salida de la Puerta de Córdoba, ó por otro nombre Santa Brígida, que es la calle en que termina, en recuerdo de una ermita de este nombre, que también extramuros, y á su salida, existió allí antiguamente.

Tomando desde dicha puerta el camino antiguo de Córdoba, y en el momento en que éste se separa del que se dirige á la ermita de Belén, á su mano derecha sobre la colinilla que aún allí aparece, se encontraba otra ermita muy pequeña titulada el Santo Cristo de los Caminantes, por uno pintado en tabla que aparecía en su retablo.

Esta ermita, más bien oratorio pues no se reducia á más espacio que el ocupado por el altar y el retablo, y por cuyas puertas, parte superior, se veia la imágen, tenia sin embargo á un lado y otro dos asientos de piedra.

Ni sacristan ni guardador tenía, pues no habìa morada a'guna, y sin embargo durante muchos años, con frio y calor, con vientos y lluvias, por las noches tenía uno constante.

Este habitante, llamado Alifonso, era reconocido y estimado por todos los vecinos, y en todas partes se le daba abundante comida y vestidos. Locura inofensiva le caracterizaba, y sus ocupaciones no eran otras que asistir constantemente á todos los actos públicos, mudo y en silencio, sin ofender ni ser ofendido por ninguno.

En esta locura, en este idiotismo de Alifonso, lo que más de una vez llamò la atenciòn de algunos observadores, era la expresión, ya triste, ya satisfecha de su semblante y de sus ojos en relación de los actos públicos

que presenciaba, y tan marcada y tan distinta era esta expresión, que parecía no tener más sentimientos ni dolores que los de sus conciudadanos, ni más placeres y satisfacciones que los de su pátria. En él parecía único dominador, exaltado, absorbante y poderoso el amor pátrio.

De sus antecedentes nadie tenía memoria, ni sabía sino lo que desde niño estaba al cuidado de una pobre anciana, que lo dejó huérfano entregado á la conmiseración pública desde la temprana edad de cinco años, y desde esta época, reconocido su abandonamiento, solo había servido hasta los catorce años en casa de un beneficiado que, recogiéndolo por caridad, lo enseñó á leer y escribir, donde estuvo hasta la muerte de su caritativo protector; pasando despues á alimentarse de la caridad pública y teniendo por lecho y morada únicas al soportal de la ermita del Santo Cristo de los Caminantes.

Sus ocupaciones durante el dia de

asistir y oir todas las misas, de concurrir á los mercados, las plazas, los espectáculos grátis ó públicos, bautizos, casamientos y entierros, eran interrumpidas durante la noche con sueño profundo en el soportal de la ermita hasta la aparición del alba.

Terminado el retrato de nuestro personaje, que solo contaba treinta años próximamente, y que á pesar de su abandono y desaliño se conocia era de gentil presencia, y hasta de noble y arrogante hermosura, pasaremos al lugar de nuestra escena, que era el pequeño llano que procedia á dicha ermita.

Tres ancianos de edad muy avanzada, pobres jornaleros, ya sin poder trabajar mucho tiempo hacía, estaban sentados en uno de los asientos de aquel lugar, y viendo el sol que empezaba á trasponer por el horizonte, enrojeciendo á su alrededor el fondo azulado del firmamento.

No era la tarde de mucho calor y parecia que gozaban con inefable

delicia de la ligera brisa que revoloteaba por los campos, ya en su mitad exhaustos de las mieses que los decoraban.

Uno de ellos, que no habia separado su vista del fondo del horizonte, les preguntó á los otros, interrempiendo su silencio:

—Oye, tú Anselmo; oye, tú, Tomás. ¿Quién es el que me puede decir lo que es un dragón?

El interpelado primero, Anselmo, intentando reirse, pues ya ni áun la sonrisa aparecia por sus lábios, le respondió:

—Buena está la pregunta. ¿Con que tú no sabes lo que es esa fiera?... Pues ten presente que yo no te lo digo: bueno sería ahora que quisieses te regalásemes el oido.

—Os digo, en verdad, que no lo sè, repl'icó sencillamente el tio Antonio. Si lo supiera no os lo preguntara.

Tomás entónces, tomando la palabra, añadió:

—Dinos por qué nos haces esa

pregunta, y yo te contestaré á satisfacción.

—Os hago esa pregunta, repuso el tio Antonio, porque veo una cosa allí frente, en el cielo junto al sol, que me parece muy horrible, y aún creo que se menea y abre una boca muy grande como para tragarse al sol que vá muy de prisa para ser engullido.

Anselmo y Tomás miraron entónces al fondo del horizonte, donde el otro les señalaba, y efectivamente, notaron formado por los vapores vespertinos una especie de mónstruo con muchas patas y cola y alas, y una boca grandísima y diforme, representado todo por la caprichosa posicion de las nubes.

En seguida añadió Tomás:

—¿Quieres saber lo que es un dragón? Pues esa es precisamente la figura de uno de ellos. Yo cuando niño y de noche me acuerdo todavía temblando haber visto muchos de ellos.

—Eso es verdad, replicó el tio Anselmo; pero ese que está en el cielo no

es de carne y pelo como los que andan aquí por la tierra.

—Eso ya lo sabemos, añadió Tomás, pues ese no es más que uno que allí han pintado.

—Es que yo, que tengo más de setenta años, y de los setenta habré visto ponerse siempre el sol lo ménos cincuenta, nunca en jamás he observado esa pintura, dijo el tio Antonio pensativo y triste.

Sus dos compañeros callaron, y parecieron participar del ensimismamiento y tristeza del tio Antonio.

Este continuó después de algunos instantes:

—¡Mal agüero, mal agüero! En verdad os digo que éste es un mal agüero. Vereis en este año alguna gran desgracia.

No habian tenido tiempo Anselmo y Tomás de asentir al pronóstico de Antonio, cuando distrajo su atención una numerosa cabalgata de gente armada que avanzaba, ascendiendo á su frente por el camino viejo de Córdoba.

Al lado del jefe, que comandaba aquella gente, y á su derecha mano, venía un caballero montado en un soberbio caballo rodado, enjaezado y encabezonado con los atalajes y escudos idénticos al del jefe y al de las demás gentes de armas, que eran los que pertenecían á la casa del marqués de Priego, señor de la Villa de Montilla.

Dicho caballero vestía traje de córte riquísimo, y demostraba claramente no era de estas tierras. Así lo juzgaron y reconocieron nuestros viejos tertulianos del portal de la ermita del Santo Cristo de los Caminantes.

La contemplación del horizonte y las manchas de vapores y nubes que les habían semejado un monstruoso dragón, había sustituido el contemplar con ansioso afán la cabalgata que ascendía, y que iba precedida al parecer por tan noble señor extranjero acompañado del jefe.

Mil conjeturas, mil cálculos formaron nuestros ancianos sobre quién

pudiese ser, mientras con curiosidad seguían mirando el pelotón de gentes de armas que ascendía por la cuesta.

Al pié y al lado del jefe de la fuerza y del forastero, venía también sin perder sus pisadas Alifonso el inocente, con la cabeza más baja y más caida que de costumbre, demostrando claramente en su fisonomía un profundo pesar.

Al llegar la comitiva frente de la ermita, Alifonso, mirándola y deteniéndose un instante, hizo devotamente en su rostro una señal de cruz, y murmuró por lo bajo con acento de gemido, pero no tanto que no le oyesen nuestros viejos, las palabras siguientes:

—¡Desgracia! ¡Desgracia!

La cabalgata continuó su camino, y á los pocos momentos penetraron en la Villa por la puerta de Córdoba, siempre en compañía de Alifonso el inocente.

Apenas vieron nuestros absortos ancianos la desaparición de las gentes

de armas por la puerta de Córdoba, y que ya en el horizonte se habia ocultado el sol, dejaron en silencio el llano y sus asientos de la ermita, preparándose para entrar lentamente en la Villa, impresionados doblemente de tristeza, porque á la presencia del monstruoso dragón en el cielo, se habian juntado casi inmediatamente las exclamaciones de gemido de ¡Desgracia! ¡Desgracia! de Alifonso.

IV.

Panestrando la comitiva como digimos por la puerta de Córdoba, atravesaron en toda su longitud la calle Santa Brigida, entónces no tan poblada, viniendo á salir en línea recta por la que hoy se llama calle Cuna, á la avenida ó camino ascendente al castillo, que era el que hoy se llama calle Torrecilla.

La cabalgata ó gente de armas, con-

forme iban adelantando en su entrada, se habia ido aumentando progresivamente de los campesinos que volvian de sus trabajos del dia, y de los curiosos y gentes de la villa, que encontraban en ello algo de inusitado y extraordinario.

Llegados todos á las murallas del Castillo y teniendo à su derecha la gran torre de Defensa, prévios los avisos de ordenanza, y á la intimación del jefe ó capitan que mandaba aquella fuerza, bajado que fuè el rastrillo, penetraron todos por la gran puerta de Hierro.

Siguieron aun algunos pasos más adelante hasta la plaza de armas, y allí desmontaron todos los ginetes.

El capitan de la fuerza y el forastero á quien acompañaba, abandonando en dicha plaza sus cabalgaduras y á todos los demás, se introdujeron en el castillo, y despues de cruzar diferentes galerías, dejando atrás y á su mano derecha el alcàzar, morada de sus señores, y posteriormente la gran

casa de Marte, régio hospedaje del mismo alcázar para reyes y emperadores, defendido por la gran torre Troyana, llegaron por último nuestros viajeros y penetraron en la torre de los Escudos.

Ni una palabra siquiera habian cambiado en su trayecto caballero y capitan, hasta despues de haber penetrado en un soberbio departamento de la torre de los Escudos.

El caballero, que no era otro que el alcalde de córte licenciado Hernan Gomez de Herrera, mandado por el rey católico á Córdoba, para que restableciese la justicia ultrajada, tomó asiento en un sitial de cuero avellana brillante de Córdoba, clavetead o de bronce á maravilla.

Sombrío y mudo inclinó ligeramente la cabeza, dejando sus brazos lacios sobre los del sillon.

El capitan que lo acompañaba, en pié y en actitud respetuosa, le dirigió entónces la palabra:

—Estoy completamente á vuestro servicio. Podeis mandarme.

Hernan Gomez inmediatamente, y con acento duro, contestò:

—Nada tengo que mandaros ni nada quiero agradeceros. Cumplid con el que entendais vuestro deber.

—Mi deber ya lo sabeis, respondió el capitan, es solamente conservaros en custodia, y prodigaros toda clase de atenciones, continuando á vuestro servicio.

—Haced vuestro deber; contestó sencillamente Hernan Gomez con la misma sequedad de entonación.

—Me retiro y os dejo, respondiole el capitan cortésmente, y os ruego mediteis que no es mi intento el faltaros en nada, sino por el contrario, complaceros en cuanto estè de mi parte.

Pasados unos instantes, y tendiendo el brazo derecho como en demanda de hablar, Hernan Gomez, al ver habia dado ya un paso para retirarse el capitan, díjole á este deponiendo un tanto su adusto ceño.

—Os aseguro, capitan, que nunca

tendré queja de vos. Yo á mi vez os ruego que esta declaración os baste; porque á la verdad es todo cuanto de mi depende en estas circunstancias.

—¿Quereis algo?

—Nada: os lo agradezco.

—¿Me llamareis para que os sirva?

—Sí, capitan.

—Os estimo vuestra sinceridad, y prévia vuestra vénia me retiraré.

—Haced lo que os plazca.

—Si me necesitais, llamadme.

En este momento, cuando á partir iba el capitan, pidiendo permiso para entrar y concedido que les fué, se presentaron cuatro criados con mesa servida, con rica vajilla de plata, y humeantes manjares. Hernan Gomez suplicó entónces al capitan que lo acompañase en la cena, pero éste, rehusando, continuó en pié sin perder su aptitud de respeto.

Empezando el alcalde á probar alguno de los platos, y con la misma dignidad y entereza de su carácter, díjole de nuevo:

—No quereis hacerme la merced de acompañarme en la mesa, yo lo siento; pero en cambio la haràis de rogar á un ilustrado y virtuoso padre de almas, el que venga á hacerme algunas visitas.

—Las tendreis, y os vuelvo á repetir que cuanto os plazca.

Y entónces, por última vez, salió el capitan de la estancia, deseándole al alcalde descanso, y retirándose á otra cámara inmediata á la suya.

Terminada brevemente la cena del alcalde, volvieron á presentarse nuevamente los cuatro criados, y recogiendo y levantando la mesa, se retiraron silenciosamente cerrando tras sí la puerta.

Por seguir el relato de nuestra principal referencia, dejamos olvidado á Alfonso, que seguìa á la par las cabalgaduras del capitan y el alcalde, y la demás gente del pueblo que se habìa ido gradualmente engrosando y seguía detrás de los ginetes curiosos.

Hemos dicho que levantado el ras-

trillo de la puerta de hierro, había penetrado en él la cabalgata; pero no hemos dicho que Alifonso tambien penetrase dentro igualmente.

Ya dentro Alifonso, y quedado por fuera la gente del pueblo, éste, autorizado como estaba por todos, siguió tenázmente al alcalde de Córte y al capitan, hasta el punto en que ambos entraron en las estancias pertenecientes á la Torre de los Escudos.

Alifonso tambien hubiera entrado dentro de la torre si en este punto uno de los criados no lo hubiese detenido agarrándolo de una oreja, diciéndole:

—¿A dónde perillan?

Alifonso, que nunca, casi nunca hablaba sino brevísimas palabras en determinados casos, y monosílabos afirmativos ó negativos, sorprendió por esta vez al criado que le interrogara y detuviera tan gallardamente por la oreja, diciendo con tono de ironía dolorosa:

—¡Toma! ¿que á dónde? A echarle bien llave y cerrojos.

—Vete, pues, y dèjate de lo que no te importa, que en la torre de los Escudos quedará de sobra bien guardado.

Alifonso no oyó más palabras, y aligerando el paso y con la cabeza baja como de costumbre, atravesó el espacio por entre la gente armada, tomó la puerta de hierro y rastrillo, descolgándose por la pendiente en campo libre.

Algunos curiosos que estaban todavía á la parte exterior del Castillo, al verlo salir, le hicieron infinidad de preguntas, pero no contestando á ninguna y siempre à paso ligero, solo le oyeron los últimos murmurar en voz baja la palabra ¡desgracia!

Aquella noche, rezadas las oraciones del Ave-María, y durante la cena que se hacía á continuación en todas las casas de la villa, no hubo otra conversación con infinidad de comentarios que el acontecimiento de la tarde, es decir, la prisión en su Alcazar y Castillo, llevada á efecto en

la persona de un alcalde del Rey por el marqués de Priego.

Salido al campo Alifonso por la misma calle de Santa Brígida, y en dirección á su dormitorio del umbral de la ermita del Santo Cristo, desde aquella misma noche desapareció de la villa, sin vérsele en ninguna parte ni por nadie en los siguientes dias en que se ejecutó la prisión.

Posteriormente, conocido esto, y llamando extraordinariamente la atención á algunos de los curiosos, que le vieron salir del Castillo y que le asediaron á preguntas sin haber obtenido otra contestaciòn qus el oirle murmurar silenciosamente la fatal palabra de ¡desgracia! no habiéndolo visto en algunos dias, fueron de noche á la ermita de su dormitorio á ver si lo encontraban durmiendo como toda su vida tuvo costumbre.

Una, dos y tres noches fueron y á diversas horas, pero en ninguna pudieron hallar á el inocente.

¿Había desaparecido? ¿Estaba también preso? ¿Había muerto? ¿

Todas estas preguntas rodaban de boca en boca, pero todas quedaban constantemente sin respuesta.

En verdad, ¿ Alifonso el inocente no se le veía ni de dia ni de noche en la villa ni en los campos.

V.

Diez dias han pasado desde la prisión del Alcalde de Córte Hernan Gomez de Herrera.

Solo en su prisión, con su carácter duro é incomunicable, su ocupación constante, era el ejercicio contínuo á excepción de las horas en que se entregaba al sueño.

Sin embargo de este ejercicio, su sueño no era siempre continuado ni tranquilo. La falta de luz, de aire, de vida eran sin duda la causa.

Dos visitas le habia hecho el Párroco de San Sebastian Fray Mateo, exclusivamente dedicadas al cumpli-

miento de sus deberes religiosos, y habian quedado en que estas visitas se repitiesen todos los domingos para oir y tener un rato de plática religiosa.

Pero un dia, jueves, se presentó Fray Mateo en la prisión, sin duda mandado llamar por Hernan Gomez.

La última plática tenida con el Párroco de San Sebastian, ó habia ahondado más en sus sentimientos, ó era que su conciencia habia despertado, dormida hacía tiempo, respecto á su juventud un tanto libertina. Lo cierto es que en la noche del último domingo no le habia sido posible conciliar el sueño ni mucho menos en los tres dias sucesivos hasta la llegada el jueves del Párroco.

En dicha noche del domingo creyó oir, aunque imperceptible, una especie de continuado golpeteo subterráneo que intentó adivinar, aunque en balde, acudiendo á su imaginación. Así es que, despues de mucho pensar, no le fué posible encontrar la

causa natural de tan persistente y continuado ruido, y hubo de pensar al fin y postre forzosamente en causas sobrenaturales.

El, que desde que entrò en edad provecta, habia seguido una vida completamente consagrada al deber, no habia tenido otro pensamiento que el cumplirlo, habiendo echado un completo velo sobre su vida y devaneos de jóven.

En este insomnio tambien de las tres noches posteriores al domingo producido por la misma causa, asaltaron su imaginación fantasmas supersticiosos; y aunque era de claro y maduro ingenio, no pudiendo encontrar explicación á tan extraño ruido, llegó á creer por un momento si su imaginación exaltada y calenturienta era la sola que daba cuerpo á estas nocturnas fantasías.

Desde su nacimiento hasta el momento que lo presentamos á nuestros lectores, habia recorrido en su imaginaciòn todos los hechos de su vida, y

estos no le scusaban sino muy ligeramente de un desafío á razón y con desigualdad de armas en su contra, y algunos que otros devaneos de amores juveniles.

Entre estos se le presentó, por último, el que pudiera causarle más remordimiento, y el que verdaderamente fué un mal acto, quizás, según su conciencia, el único de su vida, y que desde el instante de cometerlo había olvidado completamente, sin haber resucitado en su pecho jamás esta memoria, que ahora por último llegaba con todas sus formas terribles.

Estos eran, pues, unos amores tenidos con fortuna en una pobre y distinguida jóven, á la cual olvidando á seguida, había contestado que buscase un partido más ventajoso que el suyo para su casamiento, y que de él jamás se acordase.

Aquella jóven, al recibir herida tan cruel, rogó y se le facilitó por la grandeza un puesto de camarera, el cual al fin consiguió en el momento de par-

tir para sus estados, fuera de la Córte, los ilustres señores que la recibieron.

Verdad es que en nada, en nada de esto se había fijado Heruèn Gomez, pues no habiéndose vuelto à acordar de tal asunto, abandonando poco á poco su carrera de devaneos, fué entrando mucho á mucho en su carrera de ambiciones, que le habían colocado por último en el lugar de que se enorgullecía cerca del Rey don Fernando.

Con estos recuerdos debatió y torturó su memoria en el insomnio de aquellas tres noches, no ya causado por el ruido sordo del subsuelo de su estancia, sino únicamente por este recuerdo pertináz de aquellos amores olvidados.

El veia á su jòven amiga recibir su cruel desprecio, y la veia llorosa, humillada, muerta; tal vez lanzándole eterna maldición, é infiltrándola quizá en el sér que pudiese llevar en sus entrañas.

Por una casualidad, y hacía muy poco tiempo, al llegar á Toledo para cumplir con el encargo del Rey en Córdoba, tuvo noticia que á esta misma ciudad era donde había venido su olvidada amante, con una dama de la más alta nobleza, sin indicarle qué casa representaba.

Esta noticia, que indiferentemente oyera después de tantos años trascurridos, y en los momentos en que altos deberes preocupaban todo su ánimo, vino á fijarse tenázmente en su imaginación, atormentada por sus recuerdos y remordimientos.

En sus luchas reflexionaba y se formaba multitud de cálculos que no podía de ninguna manera desvanecer. ¿Le habían dicho en Toledo que se había venido su amante con el Duque de Medina Sidonia, la marquesa de Priego ú otro noble del país? ¿O era que su imaginación se lo fingía?

Engolfado en este mar de dudas, inquieta su conciencia por un tenáz remordimiento, despertado en sus re-

cuerdos el primer suspiro de amor de su angelical Ana; su desasosiegio era infinito, terrible, agonizante.

Al capitán, su guardador, le había pedido informes, y éste, por conducto de su madre que había servido en la casa de Priego, le había ofrecido traerle algunas noticias: y efectivamente, el capitán había cumplido con su encargo, no pudiendo decir más sino que recordaba su madre haber oido citar á la marquesa doña Catalina Pacheco, madre del actual marqués don Pedro, elogios sin número de una su doncella doña Ana Ramírez, buena y santa, que había fallecido.

Esta noticia le puso ya en claro sus imaginaciones, y aunque le amargaron de profundo dolor, le hicieron soñar y acariciar ciertas esperanzas en la prosecución de sus descubrimientos.

No pudiendo el capitan darle más antecedentes, esperaba impaciente para más averiguaciones la visita del Párroco de San Sebastian.

En este estado constante de espíritu se encontraba, cuando apareció el buenо de Fray Mateo.

—Padre mio, dijo Hernan Gomez tomándole la mano y besándola repetidas veces. Cuánto os habrá costado el subir hasta este lugar, con el sol que abrasa, y no haber querido esperar á la tarde: pero os lo agradezco con toda mi alma, porque ansiaba vehementemente el saludaros.

—Sosegad por Dios, mi estimado señor, y pensad solo en nuestro Redentor, que él os consolará, le respondió Fray Mateo. ¿Qué os pasa?

—Oidme y consoladme. Hace tres dias que no duermo por consecuencia de los recuerdos de mis primeros años, y hoy necesito acudir á vos para que me digais lo que podais para resolver mi angustia. Ya sè, padre mio, que mi enamorada murió, y tambien sè que vivió con la marquesa de Priego Doña Catalina, y ya no tengo otros medios de saber más. ¿No podríais vos recordar algun hecho, algun dato,

averiguar si fué aquí donde murió Doña Ana Ramirez? ¿No podríais determinar alguna circunstancia que tuviese relación con este soñar de esperanzas, para mi justificación y falta, con esta agonía que se me ha presentado, torturándome el corazón?

—Ya os he dicho, respondió Fray Mateo, lo único que pudiera quizá por coincidencia tener algo de comun con vuestro asunto; y ahora os diré que, mirado todo más minuciosamente en los apuntes de óbitos, no existe ni tal nombre ni tal apellido, ni tampoco existen en los nacimientos ninguno que los tenga, ni los vuestros; por tanto no es posible averiguar lo que deseais.

—¿De modo que, habiendo sabido que Doña Aña murió y era doncella de la marquesa Doña Catalina, no se puede averiguar otra cosa?

—La marquesa Doña Catalina ya sabeis que se ha muerto. Doña Angustias de Lara no ha podido informarse por conducto de su hijo el ca-

pitan, sino que su madre oyó una vez á la difunta marquesa solo el nombre y el apellido de esa jóven que buscais, celebrando sus bondades como difunta. Mi antecesor el Párroco de San Sebastian, que auxilió á una anciana en sus últimos momentos, y de la cual recogió un huérfano, tampoco no puede decir nada, puesto que ya goza de Dios; por tanto no veo medio de complaceros. Yo os ruego, pues, que os calmeis, y que rogueis constantemente al cielo el perdon de esos extravios que tanto os atormentan; la oración os llevará la calma y la tranquilidad.

—No sé si me será posible, padre mio, porque mis presentimientos me gritan que puedo aún todavía dar satisfacciones materiales para salvar este yerro de mis pasados tiempos; y me parece ver á mi alrededor la sombra de un ángel que me dice: «Padre mio:» mas yo haré todo cuanto me ordeneis en este asunto de mi conciencia, y os ruego por el Crucificado

no me olvideis ni olvideis tampoco más indagaciones, aunque parezcan de resultados imposibles.

—Os lo aseguro. Orad; orad mucho, y ya el Oriador os mandará la paz y el sosiego á vuestro espíritu. ¿Quereis otra cosa más?

—Nada, padre mio, vuestra bendición.

Y estrechándole Fray Mateo la mano cariñosamente á Hernan Gomez, salió de la estancia.

Apénas volvió la espalda el anciano, ya Hernan Gomez habia adquirido nuevamente la habitual dureza de su semblante, que únicamente perdia ante su religión y su Dios.

VI.

Desde el dia que tuvo lugar la prisión del Alcalde de Córte, 14 de Junio, en el castillo de Montilla, habia pasado el tiempo en la llegada del

Rey á Arcos, y después á Toledo, y últimamente á Córdoba, con los mil lanzas y tres mil peones que le acompañaban.

Preso inmediatamente el Marqués de Priego en Còrdoba, y prosiguiéndose la causa de su desacato, recayó después de brevísimo sumario la sentencia, que ya anteriormente hemos manifestado, procediéndose á continuaciòn y con rapidéz suma á llevarla á efecto en todas sus partes.

La villa de Montilla en general, continuaba sobreexcitada desde el dia que llegara el alcalde, y todos los vecinos sin excepción, que habían presagiado mal de tal acto, estaban inquietos y desasosegados, esperando de un momento à otro funestísimos resultados.

Algunos de sus vecinos más principales, y muchos de los más acomodados, se habían salido de la villa, pretestando asuntos que evacuar en las villas comarcanas, pues habís imaginaciones que esperaban ver entrar á

asalto por la villa todas las fuerzas reales, yendo á su cabeza el rey don Fernando.

Ya hemos indicado también que á Alfonso el inocente no se le había vuelto á ver por ninguna parte, ignorándose su paradero: y aunque esto fuese pequeña cosa, no dejaba de ayudar al malestar general que se sentía.

Desde el 14 de Junio, todo, aún lo más insignificante, parecía revestir cierto sello de fatalidad, que ni en los hechos individuales se desmentía.

La villa y sus habitantes siempre y de continuo alegres y contentos, parecían haberse entregado al más completo desaliento, no acudiendo nuestros trabajadores á sus faenas del campo, principalmente por los alrededores de las fuentes del Pez y del Adalid, hoy esta última huerta de San Francisco por el convento que allí se erigió de esta órden con la advocación de San Laurencio; puesto que decían ya muchos, y en toda la villa circulaba, que habían visto vagar un esque-

leto por aquellos contornos, y entrar y salir por la mina del agua, que hoy está en la huerta llamada Tras de San Francisco.

A estos terrores también se les añadían el de los ruidos subterráneos del Castillo, que ya los centinelas atestiguaban haber claramente percibido durante las noches.

Por supuesto que Hernán Gomez no había indicado á nadie absolutamente el golpeteo pertináz y constante que venía oyendo bajo el pavimento de su torre.

Que fuesen fundadas ó no tales supersticiones, ó que fuesen ó no hechos positivos, á nosotros no nos toca determinarlos; pero en general parecían perfectamente justificados, pues antes de la época de nuestra referencia, ya se habían descubierto por aquellos sitios, á un lado y otro del camino de dicha fuente del Paz, algunas sepulturas romanas, y era aceptada creencia que en aquellos lugares estuvo el cementerio romano de Ulia; hecho

que probado constantemente después, hoy se asegura indudable.

Dejando, pues, ya como suficiente esta precisa digresión, sigamos en nuestro principal relato.

El alcaide y servidores de la fortaleza de Montilla, obedeciendo los órdenes de su señor, habían indicado al Hernán Gomez de Herrera que quedaba en completa libertad, atendido á que el dicho Marqués de Priego había ido inmediatamente á Toledo á ponerse en manos del Rey: más el dicho alcalde, con su duro é inflexible carácter, no la había aceptado, continuando como antes en la Torre de los Escudos, con el intento de no moverse hasta tanto que el Rey lo llamase.

Ya había pasado cerca de un mes desde que entrase en su prisión Hernán Gomez, y desde que oyó el ruido, no había cesado este ni un instante, y cada vez más perceptible y más próximo.

En los pensamientos que le sobre-

venian de su extraña situación, muy poco, casi nada habia calculado; pues fuera de Dios, que estaba por cima de todo, no tenia otra fé en la tierra que la del Rey; y se decia sencillamente para su conciencia: «Su alteza sabrá lo que ha de hacer en este caso.»

Respecto al despertamiento de su conciencia, por sus juveniles extravios, ya habia hecho todo cuanto entaba en sus fuerzas, y esperaba confiado en estas, y sobre todo en la providencia, sonriyéndole momentáneamente halagadoras esperanzas, que de vez en cuando le acariciaban sus sueños.

Y respecto al ruido y continuado golpeteo, Hernan Gomez por su parte pensó en todo cuanto pudiera ser, y hasta en lo más imposible y absurdo, hasta que por último, vino á fijarse en el solo recurso, en la sola idea que pudiera parecer posible, y se dijo: algun enemigo del marqués, tal vez servidor en este castillo, trata de

vengarse, arrancándole el preso por algun subterráneo cegado que él conoce. Y ante este supuesto definitivo, se contestaba el Alcalde que solo saldría de la torre de los Escudos cuando el Rey lo llamase.

Preocupado don Fernando, á su llegada á Córdoba, con la sustanciación y terminacion del proceso, y las consiguientes medidas preliminares de reparación y castigo de todos los alborotadores y rebeldes de la capital, como tambien de otros diversos puntos, hasta el dia doce de Julio no escribió á Hernan Gomez para que marchase á la ciudad de Córdoba, y hasta entónces Hernan Gomez, en acatamiento de las órdenes del Rey, no hizo uso de la libertad, ya hacia tiempo concedida, y salió del castillo en direccion para Córdoba el dia trece á las cinco de su tarde, la misma hora precisamente en que habia llegado al pueblo y fortaleza que le habia servido de prision un mes antes.

Se nos olvidaba decir lo principal.

Momentos antes de las cinco de la tarde, hora de su salida, sintió rodar cerca del cimiento y empujados parte del suelo de su torre, y asomar por la hendidura la punta de un palo. Al ver esto, tuvo intento de recojerlo y tirar, y asióle para ello, pero lo dejó un instante despues.

Apenas dejó de tocar el palo, este desapareció por el agujero, volviendo á aparecer con un papel arrollado y atado á su punta.

Hernan Gomez recojido y leyéndolo y despues guardándolo, dijo casi para sí, sin cuidarse de la retirada del palo conductor.

—Gracias, pues, por tus favores; pero tus trabajos son completamente inútiles.

Y deja su estancia de la torre de los Escudos para marchar en direccion de Córdoba á obedecer la llamada del Rey.

VII.

En este mismo dia, y á esta misma hora, se encontraban en el llano de la ermita del Santo Cristo de los caminantes los tertulianos constantes de aquel lugar para tomar el fresco en el verano y el sol en el invierno, los pobres ancianos, nuestros conocidos, Antonio, Tomás y Anselmo; aunque en este dia reforzada su compañía por otros dos más jóvenes.

Uno de estos tenia solamente como unos cincuenta años, y era completamente cojo, quebrada una pierna, y el otro, de unos sesenta, parecia enfermo, pues su demacración y palidez eran extraordinarias.

El aspecto de este, llamado Rodrigo, era á todas luces diferente del de sus compañeros, revelando más inteligencia, más meditación, más saber, más dolores y más amargura, y sobre

todo una verdadera distinción de formas y aspecto, como de otra clase y otra educación la más privilegiada.

Calvo completamente y de barba rala, y de semblante regular y perfecto, se distinguía en el una miopía, casi ceguera; las niñas de los ojos azul claro, y estos ahuecados y salientes.

Cuando los presentamos á nuestros lectores, era en el momento que acababa de pasar por delante de ellos el alcalde Hernàn Gomez de Herrera, con lindo acompañamiento de justicias del pueblo, regidores y caballeros que se dirigían á Córdoba, á consecuencia de la llamada por el Rey á Hernán Gomez.

Después de pasada la comitiva, nuestro grupo permaneció largo tiempo como preocupado, meditabundo, dolorido.

El último que hemos retratado, de más saber y distinción, era el que parecía más abstraido de sus compañe-

ros, por su profundo silencio y su actitud recogida.

—Rodriguito, dijo el tio Antonio interrumpiendo su abstracción. ¿Qué os parece de todo esto?

—Nada, repuso el tio Anselmo; cuando no hacemos más que sentir desde que sucedió el caso. Parecemos escomulgados.

—Yo lo he preguntado, añadió el el tio Antonio, porque como he oido decir que antes de ahora habían hecho los señores otra prisión, y no tuvo malos resultados, me parece que ahora podría suceder lo mismo.

—También he oido yo decir eso, dijo el cojo: pero entónces creo que no fué la prisión con un alcalde del Rey.

—Rodrigo nos lo dirá que lo sabe bien todo; añadió Tomás.

Rodrigo que había permanecido sin movimiento durante todas estas palabras, levantando la cabeza y sin vacilar, contestó.

—El caso á que os refería, tuvo sus

malas consecuencias, como las tiene todo vejamen y atropello; y este de hoy de que hablamos, las ha de tener mayores y muy graves.

—Recordad lo que nos dijo Alifonso al pasar por aquí y hacer la señal de la Cruz: «¡Desgracia, desgracia!» interrumpió Antonio.

—Hacednos el favor de referir esa otra prisión de antaño, dijo el cojo suplicando con la palabra y la mirada á Rodrigo.

—A eso voy, respondió entónces este. Hacía unos 70 años ó más, en el de 1434, y en el mes de Febrero, yendo de viaje Ruy Díaz Cerón, alcaide que fué de Cañete, y que entónces era regidor de Baena, cerca de Castro del Rio salió con veinte de á caballo Juan Rodriguez de Herrera, criado principal de doña Leonor de Arellano, viuda de Pedro Fernandez de Aguilar, y tutora de Alonso Fernandez su hijo; y haciéndolo preso, lo encerró en el castillo de Montilla: pero el rey don Juan el II, por provisión de 4 de Mar-

zo, fechada en Medina del Campo, lo mandó soltar. (1)

—Pues ahora el rey don Fernando, por lo que parece, no tiene tan buenos sentimientos como el señor don Juan el II; pues dicen que está en Córdoba reuniendo muchas gentes de armas para venir à destruir á Montilla, dijo el cojo como esperando tener contestación.

—Rodrigo, dinos que vá á suceder, interrumpió Antonio casi con los demás. ¿Será verdad que el señor Rey don Fernando nos destruirá á todos?

—Ahora sucederá, continuó Rodrigo, que por lo pronto está preso nuestro señor el Marqués, y que de un día á otro vendrán muchas gentes de armas, para arrasar y demoler el castillo.

—¿Pero no es verdad? interrumpieron todos.

—El tiempo nos lo dirá.

---

(1) Argote de Molina. Nobleza de Andalucía. Lib. 2.° cap. 224 f.° 325.

—¿Más habrá mayores desgracias? volvieron á repetir.

—¿Qué más desgracias quereis continuó Rodrigo, que esta cuando se realice? ¿Os parece poco este castigo tan injusto y terrible, cuando no se funda más que en la vanidad de los soberbios, absurda é infame? Figuraos que cualesquiera de vosotros, en un arrebato de pasión, ó aun de crímen premeditado y horrendo, con una espada de labor, de arte á maravilla, matáseis á alguno de vuestros semejantes y en seguida la justicia mandase fundir la espada con la que se causó la muerte. ¿Es esto la ley? ¿Es esto la justicia?—No— continuó Rodrigo cada vez más exaltado.—Y á la verdad, lo que os acabo de decir no es ni siquiera una aproximación á el caso presente. Pues bien, estas monstruosidades de los poderosos, á todas luces injustas, no pueden por menos de llevar tras de sí terribles y continuadas consecuencias de luto y de dolores. El primer acto del mal trae

lògimente tras de sí una ligada cadena de crímenes, á no ser que una de sus anillas se detenga con la verdadera virtud. Me pedis la precisión de mis cálculos, y mis cálculos no existen, no quiero que existan para ese acto tan doloroso, que ha de traer llanto y luto, sangre y muerte.

Cesó de hablar Rodrigo é inclinó de nuevo la cabeza, pareciendo no estar dispuesto á nueva interrupción. Preocupados los concurrentes y doblemente entristecidos, respetaron su silencio.

Ya habia rodado la tarde, y el crepúsculo empezaba lentamente á difundir sus sombras por el espacio.

Despues de unos cuantos momentos se levantó uno de su asiento de piedra, despues otro, y despues los demás, y tomaron el camino que se dirigía á la villa.

Rodrigo y el cojo se dirigieron á la calle Alta y Baja: Antonio, Anselmo y Tomás, atravesando el Pozo Dulce, se introdujeron por la calle de San Sebastian.

Antonio dijo á sus compañeros al despedirse, más bien hablando él solo consigo mismo:

—¡El dragon del cielo! ¡la desgracia! ¡desgracia! de Alifonso!

VIII.

Era el 19 de Julio de 1508, y á pesar del excesivo calor del dia, desde las primeras horas del alba, una inmensa multitud recorria las calles todas de la villa, pero tan silenciosa, tan calladamente, que parecia cada instante que pasaba el momento supremo del más extraordinario dolor.

Todas las parroquias, ermitas y templos, abiertos al culto, indicaban la celebración de una gran fiesta religiosa; más no era esto así, y con todo, en todas y cada una de ellas, se advertía un numeroso concurso, de rodillas y en oración.

Parecia que casi todos los habitan-

tes de la villa, á excepción de los pocos que quedasen en sus casas, estaban reconcentrados en los templos, único y supremo amparo del espíritu religioso.

Los que recorrian las calles, tambien silenciosamente, eran muchos forasteros, atraidos por la curiosidad, y á toda prisa y á todas horas salian de la villa en direccion del campo.

En la plaza pública del Mercado principal, que segun cada etapa de los tiempos modernos ha llevado el nombre de los diversos reinados políticos, y que entónces se denominaba la plaza de la Concepción, por un oratorio ermita que tenia en piso alto, en el edificio y el lugar que hoy ocupa la tercia, y desde cuya plaza se veia el altar y el sacerdote, que decia misa los dias festivos, era diverso el movimiento y bullicio de la concurrencia, pues aquí solamente habia un cuerpo de guardia de unos trescientos peones reales, y cuyos alojamientos estaban en las casas inme-

dictas, los cuales conversaban y hablaban en grupos con alguno que otro de los forasteros, que en gran número llenaban la villa.

Igualmente en todos los alrededores de la casa alcázar y fuerte castillo de Montilla, y colocados oportunamente, aunque al parecer sin objeto, se veian también otras muchas gentes de armas y unas doscientas lanzas, repartidos en la calle de Santa Brígida y Puerta del Sol, hasta llegar á la plazuela del Alcacer, y en su línea de Oriente.

Aparecían también dentro del castillo, y en su plaza de armas, al aire libre, aunque debajo de un toldo improvisado con riquísimos tapices, sostenido por gruesas vigas ó columnas, una especie de estrado con sitiales de cuero y una mesa, á cuyo lado estaba un anciano secretario, sentado y escribiendo una diligencia, hallándose á su lado y en pié con otros personages el alcalde de Córte, Licenciado Hernán Gomez de Herrera, salido pocos días

antes de la prisión en que estuvo en aquel mismo castillo cerca de un mes.

El acto de dicha diligencia que iba á empezar, y del cual se iba á dar fé con aquel aparato, era el de la demolición del castillo de Montilla, casa en que naciera el Gran Capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba.

Acudiendo á este espectáculo muchos de los habitantes de los pueblos circunvecinos, y estando señalada soldada de trabajo á cada uno de los que se ocuparan en el de la demolición; próximamente cerca de tres mil personas se pusieron á la obra, entre los que no se contaba ninguno de los de la villa, á escepción de los que por sus cargos oficiales tuvieron necesidad de acatar y cumplir las órdenes reales.

Habiendo empezado desde el rayar del alba dicho trabajo de demolición, ya estaba más que mediado á la hora próxima de las doce, en que lo presentamos á nuestros lectores.

Formalizada y estendida la diligencia del acto, se procedió á firmarla por el dicho alcalde Hernán Gomez de Herrera y síndicos de la villa, alguaciles y demás dependientes menores de la Justicia, cuyo penoso deber les tenía contristados; y además, los capitanes de lanzas y peones venidos á auxiliar el acto del tremendo castigo impuesto por el rey don Fernando el Católico, por el delito de lesa magestad, llevado á efecto por el señor de la villa, el ilustre Marqués de Priego.

La inmensa muchedumbre que llenaba calles é iglesias, no se cortaba un punto, sino antes por el contrario, se aumentaba en gran manera en todos los altosanos ò cerrillos del Santo Cristo de los Caminantes, cerco y laderas de Belén, hasta las llamadas de la Fuente nueva, enclavada en la izquierda del antiguo camino de Córdoba, y en toda la longitud occidental, desde la Huerta de San Francisco Solano hasta la fuente del Cuadrado,

siguiendo en circunferencia los curiosos hasta las inmediaciones del camino de Aguilar.

El castigo estaba realizándose, y la curiosidad general había venido á presenciar la catástrofe.

El castigo se estaba irremisiblemente cumpliendo, porque ya hemos dicho que de nada habían servido los influjos de toda la nobleza cerca del Rey para que lo amenguase, y el gran Capitán siempre prudente y resignado con tantas defecciones sufridas de Fernando, una vez más estuvo á punto de faltar de una manera suprema á la real magestad.

El que más pidió dicha gracia á don Fernando fué el condestable de Castilla, y ya hemos también indicado que el duque de Medina Sidonia fué también uno á los que se tomaron por asalto sus dos fortalezas de Niebla y de Trigueros, al resistirse á la intimación de entrega del Alcalde Mercado.

IX.

Las doce y media serían de la mañana en el momento en que se acababa de firmar el acto de dar por cumplida la sentencia.

La multitud desde sus altos puestos, y soportando los rayos abrasadores del sol, espantada y silenciosa, miraba derrumbarse los torreones, que segun D. Antonio Jurado y Aguilar, se efectuaba socavándolos entre el cuerpo y los cimientos, y despues circunvalados dichos torreones por gruesas y largas cadenas que terminaban en muchas maromas, y puestos los peones en dos filas en forma de triángulo, á un lado y otro de sus cabos, unidas sus fuerzas en momento dado, hacian el empuje, y con esto rodaban casi enteros, con rapidez prodigiosa, por las pendientes y no interrumpidas laderas.

Solo quedaban en pié la torre de Defensa y la gran torre Troyana. En esta ya habian ocupado los piqueros y cordoneros más de una hora en socavaria, y se iban á preparar al empuje para su derrumbamiento, cuando se percibe un movimiento oscilatorio en las multitudes curiosas que coronaban las colinas, y muchas gentes avanzar al camino de Córdoba y seguir á un hombre harapiento, demacrado, jadeante, que venia á todo correr en dirección de la villa.

Este hombre era nuestro perdido Alifonso, y tras de él siguieron algunos por curiosidad, por el camino de Santa Brígida, entrando en la población.

Miles de preguntas hicieron á Alifonso los que le seguian, pero él, continuando casi á carrera sin contestarles, seguia subiendo en dirección del castillo.

Llegado que fué á su puerta de entrada, penetró rápidamente por entre los soldados, y los curiosos que le se-

guian atrás se quedaron espantados y mudos al notar que sus huellas iban señalándose con sangre sobre el terreno.

Las gentes de armas que se movian en todas direcciones, y cuya mayor parte rodeaban el estrado, tienda de las Justicias, no solamente se sorprendieron de la entrada á carrera de Alifonso, que ni pensar evitaron, si no que llamada su atención por los de fuera sobre las manchas de sangre que dejaban las huellas del inocente, atónitos y mudos lo siguieron hasta verlo penetrar en la tienda de las Justicias.

Los alcaldes, regidores, alguaciles y los notables que allí se hallaban, igualmente quedaron sorprendidos á la llegada de Alifonso, y tal fué su asombro, que sucedió el silencio, hasta que lo interrumpió el recien llegado, diciendo:

— ¡Es una infamia! ¡Es una injusticia! El castigo del cielo será horrible.

El ex preso del castillo Hernan Gomez, asombrado tambien, pero sin inmutarse, se dirigió á los concurrentes y preguntó:

—¿Qué es esto? ¿Quièn es este hombre?

Alfonso respondió inmediatamente sentándose en un sitial vacio.

—Perdonadme la irreverencia.... Los piès me destilan sangre, pues he llegado hace un momento de Córdoba... No sigais en el cumplimiento de tan bárbara justicia... Deteneos, yo os lo ruego.

—Es un loco!... murmuraron entónces las gentes, al rededor y por fuera del estrado.

—Es un loco! repitieron en voz más baja las autoridades y justicias de la villa.

—¿Es un loco? Hacedle salir, ordenó entónces Gomez de Herrera.

—Dispensadme una gracia, interrumpió nuevamente Alfonso. Una sola, un solo instante, os lo conjuro por el Dios de las Justicias. De rodillas os lo demando.

Y antes que hubiese intentado levantarse del sitial para caer de rodillas, Hernán Gomez, acercándose, le contuvo diciendo:

—Habla.

—¿No conoceis mi voz?

—No.

—¿Conoceréis mi letra?

—Tampoco.

Entónces, Alfonso dirigiéndose al alcalde mayor de la villa, le dijo:

—Señor, mostrad al señor alcalde de Córte un memorial mio dirigido al Rey, que si nó se ha roto, debe estar entre los papeles de este asunto.

El alcalde mayor, prévio asentimiento de Hernán Gomez, metió la mano en el bolsillo de su chupa, sacó un papel arrugado y doblado, y lo presentó á Hernán Gomez.

En este momento volvió á repetirse el murmullo, y esclamaciones exteriores de ¡es un loco! y Hernán Gomez, tomando el papel arrugado de manos del alcalde, ordenó silencio con voz de trueno.

El alcalde de córte se fijó con grande interés en el escrito, y doblando su atención con su lectura, lo terminó, y sin abandonarlo de la mano sacó otro papel de su limosnera consultándolo con interés.

Los circunstantes todos que mientras duró la lectura no hicieron otra cosa que mirar ansiosamente la fisonomía del alcalde de Córte, no pudieron por menos de notar el gran interés y curiosidad con que este leia, y hasta el grande asombro que marcó por último en la confrontación de los papeles.

X.

Terminada la confrontación de ambos documentos, que interrumpió varias veces Hernán Gomez para observar atentamente la fisonomía de Alfonso, con cuya observación gradual pasando del asombro, parecía inmu-

tarse terriblemente, se dirigió á Alifonso diciéndole:

—¿Eres tú, pues, el autor de estos dos escritos?

—Sí.

—¿Y por dónde llegaste á comunicarte conmigo en la torre de mi prisión?

—Penetrando en la mina que existe por el nacimiento del agua de la Fuente del Adalid.

—¿Qué mina es esa?

—La que conduce desde la Fuente del Pez hasta la gran Torre Troyana de este castillo, y que servía para el caso de que los defensores de éi se viesen cercados, surtirse por esta parte del agua necesaria.

Alifonso pareció que espiraba al cesar de hablar, tal era su ahogo. Hernàn Gomez sin cesar de mirarlo, viendo su silencio, le dijo:

—Habla, habla. No te detengas.

—Llegado que fuí al límite del subterráneo, siguió Alifonso, que termina en la Torre Troyana, y que con

ninguna más se comunica, principié á horadar el terreno, hasta casi llegar al suelo de la otra torre en que te hallabas preso; porque mi objeto era el de libertarte, con el de impedir en cuanto posible fuese, las bárbaras venganzas de los Reyes. El subsuelo de la Torre de los Escudos donde te hallabas, era imposible de destrozar, pero horadé lo suficiente para mandarte un escrito en la punta de un palo. Ese escrito lo tienes en la mano. Léelo.

Guzmán de Herrera, subyugado por aquel loco, lo leyó.

Así decía:

«Hace veintisiete días trabajo sin descanso á todas horas para ponerte en libertad. Condeno el abuso de tu prisión, y temo las terribles represalias del Rey. Todavía no veo la luz de tu mirada; creo estar á cuatro varas de distancia. Ayúdame si puedes por tu parte, y dentro de un día estarás en libertad.

Alfonso Hernandez.

Al leer esta firma Hernan Gomez, concluida su lectura, y empezando ya á vacilar en su empresa, balbuceó, murmuró con una entonación incomprensible, «Alfonso Hernandez.»

El inocente, sin observarlo, continuó:

—Al dia siguiente te llamé y nadie me respondió. Creí que dormias. Al otro dia tambien te llamé y noté el mismo silencio las repetidas veces que lo hice, y no percibiendo ningun rumor dentro de tu estancia, presumí no te encontrabas ya en la torre. Salime al campo, penetré en la villa, y supe habias partido libre ya para Córdoba, pero que volverias como Juez para consumar el terrible castigo decretado. Inmediatamente corro hácia Córdoba para lograr verte, para lograr hablar con el Rey, é implorarog el perdon del castigo; y en el trabajo de conseguir tales esperanzas, supe nuevamente en Córdoba que habias partido á esta villa para realizar la sentencia. Era la hora de las seis de

la mañana, porque había dormido la noche entera del día anterior, y á las seis de la mañana de hoy, sabiendo en Córdoba que estabas aquí, he venido á todo correr y veo que no he llegado á tiempo, sino para llorar. Con todo, suspende por lo que queda por destruir. Suspende, no termines tu obra. Comprende que este acto es de iniquidad salvaje, como propia de esa soberbia real que quiere denominarse divina, en el acto de cometer infamias.

—Basta, basta, no sigas, interrumpió con voz tonante y quejumbrosa Hernan Gomez de Herrera, ¿qué quieres?

—Ya te lo he dicho, que suspendas la destrucción.

Tan impresionado estaba Hernan Gomez, que si hubiéramos visto su alma, respondía esta á conceder hasta toda su sangre por Alifonso; pero Alifonso le pedia el derrocamiento de todo su organismo, de todo su ser, de toda su vida. Su dignidad, su honra, su obediencia ciega á la Justicia de

la tierra. Hernan Gomez, temblando, contestó como un gemido:

—Eso no es posible, es un mandato real.

—Pero es inicuo; y tales mandatos el que es noble no los cumple.

—No puedo, no puedo: pídeme cuanto de mí dependa, repetía Hernan Gomez, destacándose por su semblante y por sus ojos una lucha infinita y devoradora, que parecia triturar su alma.

—No necesito nada de nadie. Lo que pido es cumplas tú con tu conciencia, deteniéndote en el camino del crímen. Tal vez no tengas pátria, ni padres, ni aun hijos.

—Calla, sollozó ahogado el Alcalde, tapándose el semblante con las manos.

—Y no tardes, y no tardes, continuó Alfonso. Te lo digo por última vez. Está encima una gran desgracia.

La voz del loco tronaba de efervescencia y de imperio. Los circunstantes todos impresionados grandemente

le tomaban por una voz profética, y parecian implorar en medio del más absoluto silencio, solamente con la espresión de sus miradas, que se suspendiese aquel acto destructor.

Hernan Gomez, continuando con sus manos pegadas al semblante, sollozaba, rugia, sosteniendo en su interior una lucha infernal, é inmediatamente se dirigió á Alifonso, reteniéndole por los hombros, mientras este lanzaba proféticas sus últimas palabras, con las miradas estraviadas, iluminadas, fosforescentes, que dilataban y engrandecian sus pupilas en aquel momento, que semejaba el inocente, un profeta, un santo, un arcangel, inspirado por la únicas y sola divinidad que puede regalar Dios á la tierra, la razon inmortal.

—¿Te llamas Hernandez? gritó Hernán Gomez cogido como tenia á Alifonso por sus hombros.

El loco en vez de contestar á esta pregunta, gritó desesperado:

—Ordena la suspousión, por el Dios altísimo y único.

—Id, suspended, gritó rugiendo Hernán Gomez, dirigiéndose à las autoridades de la villa.

Aún antes de acabar el alcalde sus dos únicas frases de mandato, ya Alifonso habìa partido á toda carrera, siguiéndole inmediatamente el alcalde mayor de la villa y regidores perpétuos.

XI.

Entre el asombro que toda aquella escena causara en los concurrentes, era el más principal el haber visto en su duraciòn que el loco había demostrado de repente una lucidéz extraordinaria, un inmenso talento y una poderosa voluntad, que no podían comprenderse, sino en un gigante ó en un héroe.

Recordando el más pensador que Alifonso, no había demostrado más

sensaciones de placer en toda su vida, que todo aquello que redundaba en beneficio general y particular de su país y de sus convecinos; recordando igualmente que todos sus dolores habían sido también los únicos que habían afectado à sus paisanos; el más pensador, como hemos dicho antes, podía comprender y conocer en parte que la locura de Alifonso era un marasmo constante y eterno de todas sus facultades, porque estas sensaciones del placer y del dolor de los demés, eran tan poderosas, que sofocaban y apagaban todas las demás de su alma. Poderosisima pasión de sentimientos de amor para todos, enfermedad del amor pátrio, la nostalgia en una palabra.

¿Había sido efectivamente loco durante todos los días de su vida, para en este momento supremo recobrar tan extraordinarias facultades?

La verdad es que Alifonso, dominado como estaba por esta única pasión del amor de la pátria, desde el

primer instante había adivinado, había comprendido todos los resultados del mal paso dado por don Pedro Fernandez de Córdoba, al poner preso á Hernán Gomez; y desde el momento en que se enteró de la Torre que encerraba á este, lo vemos desaparecer, vivir en la mina subterránea y hendir y socabar con todas sus fuerzas nuevo camino que desde esta se dirigiese á la torre de los Escudos, donde se encontraba el preso.

Igualmente vemos á Alfonso, aunque por un momento, y por escrito solamente, comunicarse con Hernán Gomez, avisándole de su libertad que él proporcionaba con sus trabajos. Lo vemos también escribir un memorial al rey pidiéndole dispensa y perdón del castigo ordenado; igualmente buscar y solicitar audiencia del Rey y de Hernán Gomez en Córdoba, sin conseguir resultado alguno; y por último partir á carrera desesperada en dirección de Montilla, para intentar él por sí solo con sus ningunas fuer-

zas, que el acto de destrucción no se llevase á efecto.

Todo esto lo veia la generalidad, y no se lo podía esplicar sino por un misterio, por una inspiración divina; pero en cambio, el que meditase y conociese la vida, podía esplicárselo algún tanto por la pasión moral màs vehemente, más poderosa, que existe en los humanos, que es el amor de la pátria, la nostalgia verdaderamente.

Hernán Gomez hemos dicho que mientras hablaba Alfonso, intentaba en vano de tener el extravismo de las miradas de este para profundizar su esencia, y que últimamente, despues de una terrible lucha interior, que parecia principiar á resolverse, convulso, ahogado, quejumbroso, había puesto sus manos sobre los hombros de Alifonso, preguntándole si su nombre era verdaderamente el de *Hernandez*.

Nula la contestación de Alifonso á tal pregunta, y rogándole por última vez este con desesperación la suspen-

sión del acto; Hernan Gomez así lo habia ordenado, cayendo desplomado en su sitial.

¿Se encontraba en este estado Hernan Gomez, al destrozar su carácter duro é inquebrantable en el cumplimiento de su deber, ó era quizá tambien algún influjo misterioso, que le sobrecojía y hacía, quizás, que por primera vez, en una nueva forma, latiese su corazon descompasadamente.

Eso es lo que nos toca esplicar antes de concluir nuestro relato.

Los lectores recordarán que á los doce ó trece dias de su prisión, en su ejercicio de pensar contínuo, Hernan Gomez que habia echado una mirada retrospectiva á los devaneos de su juventud, habiendo recordado el mal acto de abusar de una jóven, y abandonarla, despertose en su alma y su conciencia el subsanar en cuanto le fuese posible tal extravío, y en su virtud habia reunido con sus escasos antecedentes, al capitan de su guarda, y su visita y amigo Fray Ma-

teo, para la averiguación de todo lo que en este punto le interesaba.

Igualmente recordarán que con los ligeros informes del uno y del otro se habian alimentado poderosamente sus esperanzas de hallar alguna solución, y con su tenacidad y su consecuencia en todos sus proyectos, lo que le faltaba para resolver su problema se lo fingian dulcemente halagador sus ansiosas esperanzas.

En este estado se presenta Alifonso de la manera dramática que hemos apuntado, y medita en el acto de heroismo tan grandioso y continuado, realizado por este cerca y en interés de su persona, y se asombra, palpita y siente de una manera intensa é inesplicable. La voz de Alifonso, tremenda, tronante, poderosa, habia penetrado en todo lo más profundo de su alma y le habia desfigurado, trastornado, reblandecido su corazon siempre duro é inquebrantable. ¿Qué era esto? ¿Cuál su misterio incomprensible? Sus nuevos sentimientos le dicta-

ban estrechar entre sus brazos al inocente, y se contenía, y no podía por la lucha con su carácter, con su posición en aquel momento, con su deber, y porque aun nadaba su espíritu en los mares insondables de la duda.

Durante las palabras de Alifonso, el sufrimiento de Hernàn Gomez habia sido indescriptible, y en este sufrimiento callado se decia á sí mismo. «Si yo pudiese ver la expresiòn de sus ojos me bastaria.» Y buscaba el punto de partida de las miradas del inocente, que se revolvian extraviadas y fosforescentes, y jamás encontraba el foco de sus pupilas.

Con todo, Hernán Gomez, olvidado de un carácter de hierro, olvidado del cumplimiento de su deber, condenando con toda su alma tan absurdo castigo, reconocido al intento del loco, de pasar cerca de un mes trabajando para darle la libertad, le hubiese dicho á este, vé y salva tu castillo, mi permiso tienes; pero esto ya no era bastante, casi consumado como esta-

ba, y en el estado nuevo del espíritu del Alcalde, pues su conciencia saltaba, su reblandecido corazon suspiraba nuevas delicias, siempre para él desconocidas. Solo auras dulcísimas parecian ansiosas de entrar en las cavidades de su pecho, y sufría, y sufría porque estas auras no penetraban, porque se volvia loco, sin poder encontrar solución en su estado, y sin embargo en el interior de su pecho ardía una llama misteriosa.

Probado tenía que su olvidada amante doña Ana Ramirez había estado en el servicio de la Marquesa de Priego doña Catalina Pacheco, y que su muerte había acontecido un año después de su salida de la córte, y casi, casi, que en la villa de Montilla habìa muerto sin aparecer su nombre en los apuntes parroquiales.

¿Por qué murió? ¿Había dejado algún hijo? ¿Qué fué de este? ¿No procedía desde este mismo tiempo el niño abandonado, y sin orígen, que amparó una anciana primero, y después

el anterior párroco de San Sebastián? ¿Sería este el hijo de doña Ana Ramírez? ¿Sería este su hijo?

Nada de esto sabía, y estas eran sus dudas; pero estas dudas las dió por terminadas sin resolverlas el grito de su corazón pronunciando ronco y ahogado el «id, suspended», dirigido á las justicias, para que se parase la demolición, y cayendo desplomado en su sitial.

XII.

Desde las primeras horas del alba, se había constituido en la plaza de armas del Castillo el estrado del Tribunal, y en los alrededores de él y en todo el pueblo y en los campos multitud de forasteros y curiosos para presenciar la catàstrofe.

Para este efecto, aún antes de amanecer se había publicado un pregón,

en que se ofrecía á todo trabajador que acudiese con picos y azadones, cualquiera que fuese su número, treinta maravedís por su trabajo.

Dicha demolición se debía terminar en el menor tiempo posible; así es que más de tres mil hombres, todos forasteros, se habían puesto á la obra de destrucción desde el rayar del alba.

Los únicos preparativos que en aquellos tiempos se creyeron necesarios, fué primeramente picos y azadones, y mucho número de maromas atadas todas á las puntas de una gran cadena de hierro.

Para llenar su intento, ya hemos dicho que lo primero que hicieron fué socavar las torres en toda su circunferencia, á raiz de la tierra, y en la profundidad suficiente de su espesor, para después colocar las cadenas, como cintura á su cuerpo, y asiéndose todos los trabajadores á las maromas que terminaban las puntas de las cadenas, por una y otra parte, y for-

mando los lados de un ángulo obtuso cuyo vértice era la torre, tiraban entónces con todas sus fuerzas unidas, y daban con la torre en tierra, muchas veces entera, la cual al desplomarse y rodar por las alturas, iba dejando por todas partes sus escombros y moles.

Casi estaba ya en vísperas de terminarse el trabajo de destrucción, en el momento de llegar Alifonso. Más de veinte torres habían rodado desde las alturas, desmoronándose con poderoso estrépito; y la en que se ocupaban todos los peones en este momento, era la gran Torre Troyana, aunque al parecer sin fruto alguno.

Entre tan numerosos hombres como estaban asidos de las maromas con el cansancio ya insoportable, renovaban su vigor, no solo para descansar de una vez, sino que algunos hasta interesando su amor propio, anhelaban conseguir pronto el derrumbamiento de tan poderosa é importante mole.

Ya hemos dicho que el grito de su conciencia en dos diversos sentimientos, había hecho á Hernán Gomez el lanzar el mandato abogado de «id, suspended», cayendo desplomado en su sitial.

El que iba delante como una exalación era Alifonso.

El ruido que producían tantos hombres reunidos en tan gigantes trabajos y saturados como estaban de abundantes tragos de vino que se les suministró para aumentar sus fuerzas, se acrecentó de una manera estraordinaria, cuando vieron llegar corriendo á Alifonso.

—Ya está acabado: nos llega un grande refuerzo, dice uno de ellos.

—¿A qué vendrá? En todas partes se encuentra, añadió otro.

—Ayúdanos.

—Ponte á mi lado.

—No te arrimes.

—Empújala por la espalda.

—Alifonso, Alifonso.

—Ya no comerás más conejos.

—El loco, el loco, el loco.

—Alifonso, Alifonso.

Y todo esto, producido por todos casi en el mismo instante de verlo.

El tropel y ruido general, unido á la multitud de voces y gritos, era espantoso, y todas las frases que hemos dicho, y otras muchas más se produjeron atronadoras desde que vieron correr á Alifonso en dirección de la torre.

El Alcalde y Regidores quisieron hacerse oir desde lejos para contener tal confusión, causada por la presencia del loco, y comunicar como estaba mandada la órden de suspensión, pero el tumulto y alboroto lo impidieron de tal manera, que á pesar de que Alifonso gritaba con todas sus fuerzas: «Deteneos,» ni nadie lo creia, ni tampoco la generalidad lo entendia.

Lo que vamos á narrar para concluir, unido á lo ya expresado, desde la órden de suspensión, habia sucedido en brevísimos instantes.

Alifonso continúa gritando: «Deteneos,» siempre corriendo en todas direcciones, los Regidores y el Alcalde mayor lo determinan con señales, y despues con la palabra, la cual si no es oida, es en cambio interpretada de distinto modo entre aquel estruendo horrible que la presencia del loco aumentaba, y en medio de tal confusión, creyendo mejor cumplir con su deber, los peones arrecian más su empuje, y se ven balancearse los dos lados apiñados del ángulo de humanas cabezas, que determinan las maromas sujetas á las cadenas.

Ya ha principiado con los empujes á vacilar y conmoverse ligeramente la gran torre que espera pronto su caida, y sin embargo, toda aquella numerosa multitud, los menos impresionados terriblemente con la escena de Alifonso y Hernán Gomez en el estrado del tribunal, y los restantes, con la bataola producida con la llegada de Alifonso, no han notado ni vista esta vacilación.

Alifonso ha llegado por fin al pié de la torre sentenciada para salvarla.

Rozando con sus muros grita desesperadamente: «Deteneos,» y los rodea penetrando por bajo de los arcos de las cadenas, entre la torre y los peones, para en aquel empleazamiento de su centro hacerse oir y obedecer.

Con tal ruido y escándalo ha recuperado sus facultades Hernàn Gomez, y se levanta de su sitial para dirigirse al lugar de la escena.

En este mismo instante nota desde lejos la vacilación de la torre, y no comprendiendo como no se ejecute su mandato, corre en dirección de la misma, cuando vé penetrar á Alifonso por debajo del puente de las cadenas, y grita poderosa y desesperadamente que se detengan en el mismo punto en que arreciando el empuje, se desploma el gigante con estrépito atronador.

Los peones màs cercanos que hubieron de comprender el aviso del alcalde mayor y regidores, y el desespe-

rado y tronante del alcalde de córte, se desprend n por el lado derecho de las maromas, y este desequilibrio en el último empuje que daban todos, hizo que la torre se inclinase en su caida por el lado izquierdo.

Este momento supremo fué de infinito terror, pues al desplomarse aquel gigante, aplastó á los primeros en fila de aquel lado, proximamente en el número de doscientos, incluyendo entre ellos al pobre Alifonso.

Casi tocaba Hernán Gomez con los muros de la torre, y al ver la catástrofe, instantáneamente se habia convertido en estátua, rígido, mudo, lívido, horrible.

Pasados los primeros momentos de pasmo y terror entre silencio profundo de todos los rumores menos de los gritos desgarradores del dolor, se principiaron á descubrir los cadáveres, y al de Alifonso entre ellos.

—Pobre Alifonso, gritó la multitud con desgarradores gemidos.

Ante esta esclamación de dolor

Hernàn Gomez galvanizado, se abrazó delirante al cadáver aplastado y sangriento de Alifonso, gritando desgarradoramente: «Hijo mio,» y quedando en tierra moribundo.

XIII.

Tal fué la catástrofe de la destrucción del castillo de Montilla. El castigar un desacato del Marqués de Priego, al poner preso un delegado real, en su alcázar y fortaleza de Montilla, no en el causante, sino en el lugar donde fué la prisión, causó infinitas desgracias, y la muerte de unos doscientos infelices.

Vanidad y soberbia de los poderosos, es la sangre que constantemente derrama la humanidad.

Unos días después, el héroe legendario y gigante, tio del Marqués de Priego, don Pedro Fernández de Cór-

dobs, al saber la terrible noticia de la demoliciòn del alcázar donde había nacido, derramó las primeras lágrimas de su vida, esclamando:

«Grande castillo, aún todavía te defiendes».

DAFNIS.

En una bella mañana de Enero estaba Dafnis sentado en su cabaña: la chispeante llama de unos palos secos, repartía en su interior un agradable y delicioso calor, mientras que el invierno envolvía la paja y retama de que estaba cubierta, bajo una espesa manta de nieve. El pastor con un aire satisfecho estendía sus miradas por el lado de una ventana estrecha, y las paseaba por la comarca destrozada por los aquilones.

«¡Oh, invierno! dijo: á pesar de tus rigores tienes sin embargo multitud

de encantos. ¡Qué riente claridad reparte el sol á través de las ligeras y vaporosas nieblas sobre estas colinas emblanquecidas por la escarcha! ¡Qué nieves tan brillantes! ¡Qué magníficos cuadros presentan aquí los ennegrecidos troncos y las ramas tortuosas y desnudas de estos árboles esparcidos sobre esta alfombra deslumbrante: allí esa cabaña parduzca cuyo techo está cubierto de nieve; más allá esos grupos de espinos, cuyo color oscuro interrumpe la blancura uniforme de la llanura.

Las semillas que germinan en nuestras campiñas penetran la nieve con sus retoños, cuyo naciente verde se mezcla agradablemente con la transparente blancura que cubre la tierra! ¡Qué brillante espectáculo forman estos bosques vecinos! El rocío en forma de perlas brilla sobre sus ramas desnudas, y sobre sus filamentos ligeros que voltigean á su alrededor al placer del viento. La comarca está á la verdad desierta: los rebaños repo-

san tranquilamente encerrados en sus calientes establos. Apenas se aperciben algunas veces las huellas del dócil buey, que conduce tristemente á la entrada de la cabaña la leña que el pastor ha cortado en la selva vecina. Los pájaros han abandonado las malezas y no se vè volar màs que al *paso* solitario, (1) que canta á pesar de los rigores de la estación; el pequeño reyezuelo que salta de acá para allá, y el gorrión atrevido que viene familiarmente á la punta de nuestras cabañas á picotear los granos que están sobre la tierra.

Allá al frente, bajo ese techo rústico de donde el humo sale ondeando por en medio de los árboles, está la morada de mi Filis. ¡Oh, Filis mia! quizá que sentada también ceros de tu hogar, apoyando tu bello rostro sobre la mano, pienses en mì y dudes

---

(1) Paso es el ave conocida por avejaruco.

como yo la vuelta de la primavera. ¡Ah, Filis mia, cuán bella eres! y sin embargo, tu belleza sola no ha encendido en mi pecho el amor que yo por tí siento. Yo te amé desde el día en que las dos cabras del jóven Alexís se precipitaron desde la cima de la roca. El lloraba. —Mi padre es pobre, decía, y ved aquí como he perdido dos cabras, de las cuales una estaba preñada. Ay de mí, no me atrevo á volver á mi cabaña.—Tú viste correr sus lágrimas, y la piedad te hizo llorar también. Después enjugando tus lágrimas, tomaste de tu escaso rebaño dos cabras de las mejores, y digiste al pastor afligido.—Alexís, toma estas dos cabras, una de las cuales está preñada, y vuélvete tranquilo á tu choza. —Alexís lloraba de alegria, y tú también vertías un llanto dulcísimo, por haber reparado su desgracia.

«Oh, invierno, por más riguroso que seas, jamás por esta razòn permanecerá mi flauta desprendida en mi cabaña y cubierta de polvo. No por eso

dejaré decantar canciones tiernísimas para mi Filis. Tú has desnojado de hojas á nuestros árboles. Tú has arrebatado las flores de nuestras praderas; pero yo, sin embargo, podré componer una bellísima guirnalda para mi Filis. Yo mezclaré la eterna verdina de la flexible yedra, con sus florecillas azuladas. Este pájaro que yo cogí ayer cantaba en la cabaña de mi Filis. Yo lo llevaré hoy con la guirnalda. Canta entónces, amable paso; diviértela con tus agradables gorgeos: ella te dirigirá la palabra con una sonrisa encantadora; te dará de comer en sus blanquísimas manos.... ¡Oh! con qué solicitud y entusiasmo te prodigará mil caricias pensando solamente en que yo te envío!....

AMINTAS.

El pastor Amintas volvía muy de mañana de la selva vecina, llevando

un hacha bajo el brazo y sobre su espalda una pesada carga de estacas que acababa de cortar para hacer un vallado, cuando apercibió una tierna encina plantada sobre la orilla de un arroyuelo de corriente rápida. La violencia de las aguas había despojado sus raices de la tierra que las cubría, y el árbol parecía esperar tristemente su caida próxima. ¡Ah! dijo Amintas, gran desgracia sería que árbol tan bello fuese arrebatado por este torrente impetuoso!... No, no se dirá jamàs que tu copa se haya sepultado entre sus olas, y sirva de juguete á su furor... Y en el instante mismo, puso en tierra las estacas de que venía cargado—yo podré mañana ir por otras —se dijo, y cortándolas y preparándolas, se puso á construir al rededor de el árbol un fuerte dique que rellenó con tierra húmeda. Cuando concluyó, cuando las descubiertas raices fueron tapadas con la tierra, colocó el hacha sobre sus espaldas, y arrojando aún una mirada alegre sobre su trabajo,

sonrió con satisfacción bajo la sombra de la encina conservada por sus manos. Ya se disponía á volver á la selva para buscar nuevas estacas, pero desde el centro de la encina, la driada protectora del árbol (1) le llamó con una voz dulcísima.—Qué, te vas? le dijo, sin que yo te devuelva un eterno agradecimiento! dime, joven bienhechor, què deseas ó qué quieres haga yo por tí?; sé que eres pobre, y que no llevas á pastar más que cinco ovejas.

Oh ninfa, si me permites dirigirte una súplica, dijo el pastor indigente, voy á decírtela: mi vecino Palemon está malo desde la siega, haz que recobre la salud.

Su demanda fué escuchada favorablemente y Palemon recobró la salud, pero Amintas esperimentó además la protección de la divinidad en sus rebaños, en sus árboles y en sus frutos.

(1) Las driadas eran las divinidades tutelares de las encinas: ellas nacian y morian con el árbol.

Con el tiempo llegó á ser un rico pastor.

Los dioses no dejan jamás ninguna buena acción sin recompensa.

EL HERMANO DE BERTRAN.

(Historia de media noche.)

POR MERY

Se egecutaba en el tsatro de Mansfeld la primera representación de la obra maestra de Meyerbaer. Yo llegué á sentarme con mucho trabajo al lado de un jóven fashionable parisien, viagero como yo, que me ofreció generosamente la mitad de su asiento. Una impaciencia enteramente francesa se notaba por todas partes al patear en los palcos.

La cortina se levantó. Cada uno se sentó y se arregló, y cruzó sus brazos, preparándose bien de todas las venta-

jas para oir. Bertran avanzó para cantar su primera frase, y queda con la boca abierta sin producir una nota; el coro se detiene. Roberto indica con la acción á Bertran si se ha olvidado de su papel: Bertran lanza un *la* agudo y se sienta convulsivo, demostrando con expresivas señales que no puede cantar.

—¡No puede cantar! gritaron á la vez cincuenta espectadores. ¿Qué significa esto? ¡Habíamos andado veinte leguas para ver á Roberto y no lo conseguimos! Bertran se levanta y hace nuevos esfuerzos para cantar, pero no se oye nada más que la orquesta: ni una nota puede producir la garganta del actor.

El director de la orquesta se volvió y dijo: Señores, esta es una extinción de voz.

—No hay tal extinción de voz, dijeron algunos espectadores.

—Un jóven se inclinó sobre su palco y dijo: Que se vaya á buscar á un médico. ¿No hay un médico en el

teatro?... Silencio general. Que vayan á buscar al doctor Stern.

A estas horas el doctor Stern daba de comer á los filósofos. El vació, apenas lo supo, su copa de Bohemia perfumada con el Johannisberg, y corrió al teatro. Tomó el pulso á Bartran, y examinando su garganta, dijo gravemente: El respeto y la emoción que le ha causado el público es quien le ha paralizado los nervios de la laringe. Le es conveniente el reposo y los baños de mar.

Y enseguida el doctor Stern desapareció.

—¡Cómo los baños de mar! gritaron los espectadores; si en esta ciudad no lo hay; y aunque lo hubiere, este remedio es un disparate para poder conseguir el que continúe la representación. Queremos ver *Roberto el diablo*.

Pasaron unos momentos.

El director de escena avanzó radiante de gozo dirigiéndose al público, á quien preparó con tres reverentes saludos. El teatro entero estaba

suspenso de los lábios del orador escénico.

—Señores, dijo: un artista viagero que se encuentra en este momento en el teatro y que sabe el papel de Bertran, se me ha ofrecido para representarle: como bien veis, esta es una grande satisfacción.

Dos mil aplausos interrumpieron al orador.

En seguida se retiró.

Después salió el nuevo Bertran á la escena; su aparicion escitó una tempestad de aclamaciones.

—¡Calla! yo le conozco; me dijo mi vecino, el jóven parisien; le he visto debutar con el papel Feydeau en *Zampa*; se llama Florival, Florval ó Blinval: es un pobre actor, pero hoy nos hace un gran servicio.

En el primer acto el nuevo Bertran obtuvo una pequeña prueba de estimación y reconocimiento.

El parisien esclamaba á cada nota:

—¡Ó! este no es Levasseur!... No le parece en nada á Levasseur!...¡Qué

hombre Levasseur!... ¿Le habeis oido vos en este paraje, *Conlate, haz como yo*?

—Florival ó Florval, continuó, no entra en el espíritu de su papel; en nada se parece á un demonio... ¿Qué tiene ese vestido de diablo?...

Es preciso ser como Levasseur.

Entónces un grave aleman le interrumpió bruscamente.

—Señor, le dijo, os suplico que calleis; nos habeis ensordecido con vuestro Levasseur: dejadnos oir la música ó retiraos.

En el tercer acto, despues del duo buffo, en el momento en que Bertran canta *Rey de los ángeles caidos*, se notó un silencio horrible; Bertran sonreia, dejando escapar notas melancólicas. El coro infernal salía de la escena como un huracán de voces subterráneas: parecía que una orquesta sobrenatural acompañaba los rechinamientos de la orquesta visible, y que voces de gigantes se exhalaban por el tornavoz de cobre. Da tiempo

en tiempo, el director de orquesta, estremadamente pálido, se volvía como para coger el hilo del torrente de notas misteriosas que salían de instrumentos desconocidos. Por encima se cernía la voz tartárea de Bertran; esta voz que rodaba entre dos orquestas con una fluidéz metàlica y armoniosa; esta voz portentosa que decía á Alicia *acércate*; esta voz, que se hacìa cortante hasta penetrar la epidermis, que se mezclaba á la monotonía estridente y corrosiva del violoncelo, y que gritaba *tú me perteneces*, desgarrando las fibras, como el sonido intolerable que produce la esplosión de una bomba...

Alicia se había replegado, como la paloma á la vista del buitre; había olvidado que todo era un juego, lo creia una realidad; la respiraciòn de Bertran caia sobre sus lábios como una tromba de aire sulfuroso... Ella lanza tres gritos: no tres notas musicales, sino tres gritos verdaderos, agudísimos y horribles; tales como los

pone la naturaleza en la boca de una madre que ve despedazar á su hijo una rueda.

....Alicia se hallaba desvanecida.

Las señoras se levantaron de las sillas con los semblantes pálidos y los ojos estraviados, lanzándose á buscar apoyo en los hombres, con risas convulsivas, gritos y lágrimas y estremecimientos epilépticos.

Mil voces gritaban—bajad el telon.

Inmediatamente cayó al suelo.

—¡Es singular!... dijo mi jóven parisien; ¡vaá qué damas tan impresionables...! ¡Oh! cómo se encontrarían si hubiesen oido á Levas...

De repente se detuvo, porque reinaba al rededor de nosotros un silencio que horrorizaba, y que nadie se atrevia á interrumpir. Ninguno se aventuraba á comunicar á su vecino este sentimiento de estupor y de admiración que dominaba en el teatro.

Se esperaba la escena de las monjas con impaciencia y terror. Lo que es yo, verdaderamente no sabia darme cuenta de mis impresiones.

El telon se levantó y se ofrecieron á nuestra vista las tumbas de las monjas. ¡Oh! ¡mil años me acordaré de esta escena! Mi pluma se resiste á describirla, y cada letra me parece brillar como un diamante fosfórico.

Bertran reapareció. De repente, y dejando aparte las ilusiones, su estatura se habia engrandecido más de un pié; era la talla de un gigante. El teatro estaba oscuro como la noche; las luces habian desaparecido y un excesso resplandor iluminaba la escena. Entre esta atmósfera sombría se distinguían los ojos de Bertran, como dos estrellas olvidadas en un cielo tormentoso. Ya los trombones estallaban con un estrépito inaudito, con una fuerza de tal manera sobrenatural, que sujetó en el aire la batuta del director de la orquesta. El buscó vana é inútilmente en la partitura esta superabundancia de notas improvisadas por los instrumentos, y que marchaban sin embargo con la armonía de las notas escritas; poco despues, el

terror paralizó los dedos, los labios de los músicos: el acompañamiento cesó. Bertran parecía acompañarse él mismo cantando la evocación: dos sonidos bien distintos salian de su garganta. El canto, ¡qué horrible y espantoso canto!.... corroia los nervios, como pudiera hacerlo la continuidad de golpes monótonos y estridentes; y con el canto, un infernal y tenebroso eco de su pecho, un hervidero de sus pulmones, que se engrandecia con las palabras, y que llegaba á nuestros oidos, como la repercusión del martillo sobre la campana, ó sobre el balancin subterráneo de monederos falsos. Cuando las monjas se agruparon al rededor de Bertran, estaban pálidas como su sudario: se creyeron muertas verdaderamente por espacio de una hora. La superiora cayó desmayada el rostro contra la tierra, y se hirió en el pecho con la cruz que llevaba suspendida del cuello. La colocaron moribunda sobre las tumbas, en tanto que ella representaba el

juego de la muerte. Estas débiles mugeres se horrorizaron de verse cubiertas de sudarios; la epidemia del terror las embargó á todas en un instante... Todo el teatro fué invadido por una recrudescencia de loco espanto. Estas tinieblas que surcaban reflejos fosfóricos; esta voz monstruosa de doble entonación, con la cual Bertran asesinaba á los oyentes; el duplicado tizon de sus ojos, los gritos de las monjas, el silencio incomprensible de la orquesta, esta doble fila de tumbas, este aspesto de desolación, y, en fin, una impresión misteriosa de espanto que corria por todo el ámbito del teatro como un pestilente perfume; todo esto hizo que el auditorio se disolviese. Se veia huir á las señoras por las puertas de los palcos; otras las sacaban desvanecidas, los niños nos abrazaban lanzando gritos agudísimos, algunas mugeres decian con voz lúgubre. ¡Ay! ¡Dios mio! ¡esto es una pesadilla ¡nosotras soñamos! ¡ah! despertadme, despertadme en el nombre

de Dios!... En medio de este agonizante tumulto, la cortina cayó con el ruido de una inmensa encina sobre veinte tambores, y todo el teatro se conmovió y pareció deslumbrarse. Entónces todos se precipitan por las salidas, con la desesperaciòn que se siente en un grande edificio con numerosa concurrencia á la voz de fuego.... ¡Aire! ¡Aire! ¡dadnos aire! gritaban en coro. Algunas voces en cambio, de espíritus valerosos y fuertes, esclamaban á su vez:—Quedaos, quedaos que aún faltan dos actos. La multitud en masa respondìa huyendo:—Acabado, acabado; ¡al diablo *Roberto el diablo*! nos han asesinado.

En dos minutos quedó el teatro vacío. Mi jóven parisien, intrépido é impasible, siguiò á su pesar el encadenamiento irresistible de la multitud.

—Una idea, me dijo: voy á invitar á este Florival ó Florval à beber con nosotros un vaso de ponche. El perillán ha ganado mucho desde su debut en Feydeau. Estos alemanes están lo-

cos. Kant y Goethe les han perdido. No ven por todas partes más que Mephistòpheles y perros negros. Vamos á invitar á Florival ò Florval.

Nosotros penetramos en la escena. Todo estaba desierto. Mi jóven aturdido gritó: —¡Florival! ¡Florval! Venid que quiero cumplimentaros. Quizà se esté desnudando en su habitación: vamos á su cuarto. ¿Dónde está su cuarto? Decidnos, señor príncipe de Granada.

El príncipe de Granada nos miró fijamente y nos dijo:

—¿Quereis ver al actor que ha egecutado á Bertran?

—Sí, príncipe.

—Acabado el acto ha desaparecido.

—¡Cómo desaparecido!... ¿Vestido de diablo?

—Sí, señor; le hemos buscado y ha sido imposible hallarle. ¡Gracias à que ya se ha acabado! ¡Oh! ¡qué noche!....

Y el príncipe se retirò levantando las manos al cielo.

Ved aquí una estraña aventura, me dijo el parisien; vamos á acostarnos.

A la mañana siguiente estábamos en el castillo del barón de Halstein, situado á unas dos millas de Mansfeld, sobre la carretera de Erfurt. Esta es una residencia feudal que llena todas las condiciones de su clase: selvas de abetos, lagos cubiertos de hojas muertas, kioscos abandonados, granjas sin rebaños, estanques sin pescados, fuentes sin agua, matorrales sin caza, melancolía sobre todo.

Yo había presentado al barón de Halstein á mi jóven amigo de la noche anterior Vilfrid de V.... El barón tiene una hija encantadora; Goethe ha sido su padrino en Wismars, porque la baronesa yendo de viage fué allí sorprendida por los dolores del parto. Goethe ha dado el nombre de Margarita á su ahijada, según su costumbre. La hija del barón tiene diez y siete años y es rubia, transparente y deslumbradora, y le causan infinito terror los sueños y los libros de su padrino.

Antes de la cena Vilfrid me hizo seña de seguirle. Entramos en el bosque de abetos, y me dijo:

—Aquí se llama à la muerte en este nido de fantasmas. La rubita es bastante bella sin duda, pero nunca me han gustado las rubias; y además tiene el aire de una heroina de Augusto Lafontaine. Sus miradas expresan una virtud inquebrantable... ¿espero yo algo de eso?... me vuelvo á Mansfeld, y abandono la Alemania. Aquí se muere de fastidio todo el que no es filósofo... ¿teneis algún encargo que darme para París?

—Sí, le dije, señalándole el camino, quejaos de la soledad, mirad dos caballeros que vienen por la carretera; sin duda se dirigen al castillo.

—¡Oh! sí, los veo; son dos viageros extraviados, ò dos fenómenos ecuestres. ¿Pero por qué se harán caminos en este país, cuando es preciso hacer antes viageros?... Y son caballeros.... avancemos un poco; tengo necesidad de ver rostros humanos... ¡Ah! Dios

mio!... no, no me engaño... es él, él, Florival, y con un groom ¡qué rareza!

Seguidamente me condujo hácia la carretera. Los dos ginetes se detuvieron á poco conociendo nuestra intención de hablarles.

Aquel á quien Vilfrid llamaba Floriva!, demostró una rara y estraña sonrisa.

Vilfrid continuó y dijo señalándome, el caballero, mi amigo, que se encuentra en el castillo de Halstein, un hermoso castillo que vereis allá abajo entre las árboles, os invita á nombre del baron á deteneros en esta posesión unos breves instantes; es preciso que hablemos un poco de la representación de ayer.

—Con mucho gusto, replicó Florival, si así os agrada.

—¡Oh! sí, encantador amable hasta el esceso. Seguidnos; vamos á indicaros el camino; vamos á desterrar el fastidio: ved aquí una noche magnífica! Yo deliro por los artistas.

Florival, el Bertran de la noche

anterior, era un jóven de treinta años. Tenía una fisonomía de una fealdad graciosamente bella, cabello con un negro de ébano y ojos de un azul tormentoso, y un bigote delgado y sutil como un trazo tipográfico. Hé aquí su traje. Casaca azul con botones de metal fosforescente, chaleco blanco cruzado, pantalon gris cobre, guantes de escudero húngaro, y el todo tan brillante como las pasamanerías de Staub. Solamente el pantalon se encontraba agugereado en la rodilla izquierda. Vilfrid no podía dejar de mirar esta rodilla.

Estaban para ponerse á la mesa en el castillo cuando entramos allí con el estrangero. Vilfrid, con esa atrevida política del gran mundo presentó á Florival á la sociedad. Habíamos creido, dijo, hacer una cosa agradable para la señora baronesa rogando á Mr. Florival pasara algunas horas en el castillo de Halstein. Como el singular espectáculo de ayer ha sido para las señoras objeto de un entretenimiento

inagotable, habíamos pensado que Mr. Florival nos daría esplicaciones, que...

—¿Esplicaciones de qué? interrumpió Florival con un órgano de timbre de metal; lo sucedido en el teatro es bien natural. Aquí tienen todos imaginaciones exaltadas; los nervios de las damas son como cabellos; tienen cuerdas de violin en las fibras, y mi voz rodó como un arco por encima; esto es todo.

—Es bien estraño lo que dijo allí el señor; murmuraban entre dientes las señoras.

Margarita palideció.

—¿Por qué os salistes bruscamente despues del tercer acto? preguntó Vilfrid.

La sala me causaba horror, respondió Florival friamente.

—¡Ah! ¡esto es singular! ¿Habeis visto á Levasseur en el Bertran, Mr. Florival?

—¿Levasseur?... sí, lo he visto; me irrita muchísimo; es mi plagiario.

—Y bien, pues; ¿por qué no debutais en la calle Lepelletier?

—Porque en la calle de Laffite se ha fabricado una iglesia.

—¡Ah!

Un instante despues se anunció que la baronesa estaba complacida.

La mesa estaba puesta en una vasta sala tapizada de pinturas á la aguada. En los cuatro ángulos se veian cuatro retratos de pié, de los ascendientes del baron de Halstein. Una araña de cinco ramas estaba suspendida sobre la mesa. Un piano colosal se extendía sobre el espacio intermedio de dos ventanas. Florival se sentó en frente de Margarita, y miró uno de los retratos de la familia con singular atención.

—Este es mi bisabuelo, le dijo el baron.

—Creo haberle conocido, respondió Florival.

—Es bien difícil de creer, porque mi abuelo fué muerto en 1743; se le ha dado en toda la campiña un singular sobrenombre.

—¿Cuál?

—Halstein el condenado.

—No digais eso, padre mio, esclamó Margarita, me causa mucho miedo.

Sobrevino el silencio. Los convidados comían, pero Margarita no probaba un bocado. Ella estaba solivantada con el cuerpo inclinado hácia adelante, y mezclaba sus miradas con las miradas fijas de Florival, como si hubiese cedido á un atractivo irresistible de fascinación: sus bellos ojos se empequeñecían y destilaban aljoforadas lágrimas; su seno palpitaba como el de una casada al dar la media noche en la fiesta de sus bodas: llevaba á sus lábios la copa de cristal para distraerse, y por retirar alguna impresión aún todavía no sentida, y la colocaba sobre la mesa sin haber bebido, y hacía rechinar sobre los relieves del cristal sus pequeñas uñas blancas, puras y delicadas. ¡Oh!... había en ella alguna cosa de estraño, alguna misteriosa sensación, que las mujeres no

confesan nunca, á pesar de que lo dican todo. Yo ensayé distraerla con una pregunta ociosa, y ella se sublevó contra mi indiscreción con una especie de murmullo sordo, un suspiro prolongado y musical que no articuló nada... después una palidéz brillante cubrió su rostro como una máscara de cera: sus largas cejas se erizaron; sus ojos se abrieron con una dimensión sobrenatural; extendió sus brazos sobre la mesa haciendo contorsiones, sus músculos se atirantaron y su cabeza quedó colgando por detrás; hirió violentamente el pavimento con sus talones, y se desmayó gritando: Halstein el condenado!...

En este momento una ráfaga de viento hizo mugir la orquesta de los abetos, y rompió sus armoniosas entonaciones sobre las troneras del castillo; Florival se sepultó entre las pesadas cortinas de la sala, dándolas formas de fantasmas espantosos; se puso á reir tras de la suelta tapicería, detrás del colgante lienzo de Halstein

el condenado; hizo centellear las luces de la araña como las cabelleras de las Eumenides, conmovió las teclas del colosal piano que esparció una melodía corta y fúnebre como el acompañamiento de un oficio de difuntos... Todos los asistentes estaban embargados de un estupor tal que nadie pensaba en socorrer á la pobre Margarita. El intrépido Vilfrid solamente le hablaba con una voz tiernísima, y tomaba sus manos con una delicadeza enternecedora. De tiempo en tiempo Vilfrid esclamaba aparte: —Vamos, ya teneis aquí que las escenas de ayer comienzan.—Esto no es nada, absolutamente nada, replicó friamente Floriva!; miradla como vuelve en sí.—¡Oh! esclamò el barón á seguida, la lectura de los libros de su padrino le matan! Mañana los quemo todos; le pondré en su lugar los idilios de Gesner.

Un barón vecino convidado se levantó haciendo seña á su mujer de seguirle.—¿Os marchais, vecino? le dijo

el de Halsteio. —Sí, la velada se anuncia mal, replicó el vecino moviendo la cabeza con tristeza.

Margarita había vuelto en sí.—¿Cómo dijo ella con una voz conmovida, soy yo quien os pone en huida? Ah! yo os lo ruego, quedaos, que mi accidente no os inquiete. Hace mucho calor aquí; que se abran las ventanas, el aire me aliviará.

—Abrid las ventanas, dijo Vilfrid. El viento estaba muerto; el aire en calma.

Por las ventanas abiertas se descubría un paisage de fatal aspecto. La campiña estaba como cortada por las tintas de una luna artificial. Se distinguía á la orilla del estanque un grupo de abetos altos y helados que parecían espectros vengadores. La selva se destacaba sobre la colina con formas descompuestas; se escuchaban en el aire gritos de muchos pájaros y relinchos desesperados de caballos.

—Cramr hará de las suyas en la cuadra, dijo Florival.

—¿Cómo llamais á vuestro caballo? preguntó Vilfrid riéndose.

—Cramrr.

—Bonito nombre, yo quiero ponérselo á mi caballo árabe. ¡Cramrr!.. ¿cómo escribis voz este nombre?..

—Yo no lo escribo jamàs.

Los relinchos de los caballos redoblaron en la cuadra del baron.

Vilfrid se levantó diciendo: voy á poner en razon á Cramrr; creo que muerde á vuestros caballos, señor baron, quedaos, dijo Florival, con un tono inesplicable é inaudito. Y Vilfrid se sentó pesadamente como si una mano de hierro lo hubiese hundido en su sillon. Pero él no era hombre que se impresionaba por mucho tiempo. Vilfrid se exaltó de repente con aquella embriaguéz bulliciosa que causan los vinos: vamos, dijo, cantemos á la alegría, cantemos á la alegria, ¡en París se canta, cantemos! sí, sí, cantemos, digeron las damas con un rostro triste é impresionado.

Vilfrid continuó: cantemos el gran terceto de *Roberto*; yo sé mi parte.

Tened piedad de mí. Ves el cielo.

¡Ah! nos falta una Alicia. Y bien, es preciso ir á buscar á Mlle. Zoè Briton que trabaja en el teatro de Mansfeld... este es negocio de una hora á lo más en berlina... ¡Ah! señor baron, vos teneis los escrúpulos de la aristocracia alemana; ¡oh! ¡qué horror! ¡una actriz en vuestro castillo!.,. ¡bah! todos estos perjuicios no son nada. Yo soy de tan buena casa como vos, y cuando recibo en mi palacio, convido á Dorrus, Damoreau y Grissi .. vamos, ¿alguno de vuestros lacayos está desocupado?

—Esperad, dijo Florival, yo voy á enviar á mi criado... Furger, escucha; monta á caballo, vé á Mansfeld, y conduces en la grupa á Zoé Briton: vive calle de *Quelle heure est il*, número 13.

Furger partió.

—¿Quién tocará el piano? preguntó Vilfrid.

—Furger, respondió Florival.

—¡Ah! conque vuestro doméstico es pianista.

—Ha dado lecciones á Fiel y á Thalberg.

—¡Diablo! ¡qué criado!

—Señores, dijo Margarita con una voz encantadora; mi piano no está encordado; es un mueble de familia, y además le faltan tres octavas.

—Yo voy á encordarlo, señorita, replicó Florival.

Florival se levantó, é hizo correr sus largos dedos sobre el teclado con una agilidad maravillosa. Mientras èl concluia, daba fin la comida. Dieron las once.

—¡Las once! esclamó Florival; ya es bastante tarde... ¡Ah! hoy es viernes; yo creo, sí, tengo una cita á...

—¿A dónde?... preguntó Viifrid.

—A nada... replicó Florival. Ved aquí á Furger y á Zoé.

En efecto, ellos entraban en el salon. La actriz expressba una desvergüenza que aterrorizò al baron. Hizo saludos estraños y desordenados, como un autómata de Vaucanson. En seguida recorrió medio saltando todos

los rincones de la sala, y rió como una loca delante del lienzo de Halstein el condenado.

Forger se puso en el piano. Florival, Vilfrid y Zoé se agruparon á su rededor en el fondo de la sala, cada uno con su papel en la mano.

No eran dos hombres y una muger los que cantaban el terceto; era un terceto del infierno, del cielo y de la tierra: el infierno, que cantaba con sus rechinamientos, sus ayes y sus mugidos: el cielo con todas sus melodías de amor, de alegrías, de deleite sin fin: la tierra con sus angustias de dolor, sus blasfemias de ateismo, sus gritos salvajes de desesperación; y todas estas armonías giraban unísonas con una facilidad monstruosa; y el poder infernal ó divino que hacía penetrar en nuestros oidos esta triple catarata de sonidos devorantes, nos daba, sin embargo, una fuerza maravillosa de nervios, para no sucumbir á nuestra emoción, cuando el mismo castillo parecía conmoverse sobre sus ocho torres.

Abismados en nuestros sillones, cerramos los ojos, temiendo que una leve distracción nos ocultase una sola nota de esta música gigantesca... Los abrimos al final del terceto.

Vilfrid estaba tendido sobre el sofá, como rendido, anonadado por los prodigiosos esfuerzos que un poder sobrehumano le había comunicado. Furger y Zoé habían desaparecido. El piano, abandonado, gemía todavía, como la mar después de una tempestad...

—¿Dónde está Florival? pregunté yo á Vilfrid.

Vilfrid me contestó señalándome el paño de ensambladura donde estaba pintada la grande figura de Halstein el condenado. En su lugar reia sardónicamente otra figura pintada é improvisada; la figura de Florival.

Entónces gritó una voz de mujer. Pero, ¿quién era este hombre?.. Y el piano respondió, con el preludio lúgubre de una balada de Raimbant

....*Era un demonio!...*

Esta historia fué contada á Meyerbeer en un baile de Mlle. Taglione. En seguida el ilustre maestro me dijo sonriendo: Es un cuento bien difícil de creer; más sin embargo, todo es creible en un baile á media noche.

LA CAZA DE UN JABALÍ.

—Ola, tio Ambrosio, dijo una tarde Gregorio entrando en la casa del viejo cazador, esto no puede durar así mucho tiempo.

El tio Ambrosio, que acababa de ser interpelado de esta manera y que se encontraba sentado en el rincón de la chimenea, concluyó de cargar su pipa, y tomando las tenazas escogió entre las brasas del hogar un carbón bien encendido y lo colocò metódicamente sobre la boquilla apretándola un poco para que el tabaco no se desparramase.

Apenas esta operación concluyera y

empezara el humo á salir de su boca en grandes torbellinos, se volvió hácia Gregorio.

—Y bien, ¿qué cosa es esa que no puede durar mucho tiempo?

Gregorio dudó un instante como un hombre que toma una grande resolución.

—A fé mia, respondió, lo que no puede durar es la conducta de vuestra hija, tio Ambrosio: hace un año que os la pedí en matrimonio, y aún no me habeis dicho nada. Ella ha querido un poco de tiempo para reflexionar y yo no he murmurado; pero todo tiene fin en este mundo, y usted, tio Ambrosio, debiera usar un poco de su autoridad para decidirla, porque ella segúa parece no se cuida mucho de este negocio.

Contigo no, hijo mio, es una verdad.

No se haria tanto de rogar si se tratase de Bernardo.

—Verdad, repuso el anciano: cuando mi sobrino se vino á establecer

aquí despues de la muerte de sus padres, comprendí enseguida que los chicos se entendían. Yo he hecho, sin embargo, todo lo que por tí he podido, asegurando á la chica que no admitiría un yerno que no me pudiese suceder dignamente en el oficio. Siempre en tí he pensado para ello, pues el pobre Bernardo no sabe distinguir una liebre de una zorra, y una piel de una fiera de la de una mona. Esta idea mia tambien la ha comprendido Bernardo, que se ha marchado de aquí enseguida, y tú, en lugar de aprovecharte de su ausencia, no has hecho otra cosa que mirarle de lejos. Bernardo, entretanto, ha sabido hacer su aprendizage tan bien, que el primer picador del rey le ha querido dar una plaza en palacio; pero él ha rehusado para venirse por estos lugares.

—Que vá á volver, repuso Gregorio asombrado.

—Lo espero esta noche.

—¡Paciencia! ya debia haberlo imaginado, pues Luisa está más contenta

desde esta mañana. De suerte que me rechazais definitivamente.

El viejo cazador movió la cabeza, sacudió su pipa con la uña del dedo pulgar para que cayese la ceniza, la colocó cuidadosamente en el estuche, y levantándose y dando grandes paseos se puso á entonar una cancioncilla del pais con la entonación de hallarse su espíritu en la más viva contrariedad.

El pobre perro Sultán, que vino á hacerle caricias á su amo, fué el que llevó todo el peso del mal humor del tio Ambrosio.

—Al pajar, gritó el tio Ambrosio sacudiéndole un fuerte puntapié.

El animal se retiró ahullando, y el viejo, lastimándose de su tiranía, se acercó á Gregorio.

—No, no, hijo mio, yo no te rehuso nunca. Siempre he soñado con llamarte mi hijo y mi sucesor, porque eres un verdadero cazador y no tienes igual en perseguir un ciervo y un jabalí. Tú sabes que á Luisa, que es una guapa chica, no le faltan galanteado-

res, y entre ellos algunos ricos, y que todos los he rehusado por tí; pero con todo yo no puedo forzar su voluntad y hacer que ella te encuentre de su gusto; porque á la verdad, haciéndote justicia, no eres muy bello que digamos.

—Será preciso que busqueis un Adonis más bien que un cazador para yerno, porque no creo que pueda ser lo uno y lo otro.

—Creo que te engañas en esto, hijo mio, pues si en lugar de desperdiciar mucho tiempo, lo hubieras dedicado á las buenas maneras y al cultivo de la ciencia, que siempre hacen muy buen efecto entre las mugeres, tú sabrias que el nombrado Adonis era un cazador á toda prueba en la antigüedad, hasta el punto de que su muerte fué causada por un jabalí, cuando él estaba de picador en casa de Vénus, una gran señora de los tiempos pasados. Pero no importa; yo no quiero que puedas dirigirme reprochas, y te voy á decir lo que tienes que hacer para no

dejarle cojer la plaza. Luisa ha contado sus cuitas á la señora condesa, que ya sabes la quiere mucho, y ella es la que ha hecho entrar á Bernardo en la montería real para hacer su aprendizage, y ella es tambien quien le hace venir para en la cacería de mañana presentárselo al conde. Te hablo con franqueza y te lo digo todo. Trata mañana de distinguirte y de confundir á tu rival, y habrás ganado mucho.

Estas palabras infundieron alguna confianza á Gregorio. Creía fácilmente hacer cometer á su rival alguna torpeza y desprestigiarlo con el conde, pues por la permanencia de veinte años en aquel terreno, conocía perfectamente todos sus lugares y revueltas de veinte leguas á la redonda, cuando por su parte Bernardo por mucho que supiese era novicio en aquel terreno para él desconocido.

Así, pues, y en esta seguridad, no demostró á la llegada de Bernardo ningún encono y aceptó la acmida que le brindó el tio Ambrosio, no pa-

reciendo fijarse en las atenciones y cuidados con que la bella Luisa distinguía al recien venido. Gregorio trató de hacer hablar á su rival sobre monterías, y lo consiguió espresándose Bernardo atrevidamente sobre todos los diversos géneros de caza en sublimes teorías como admirable conocedor de su oficio.

La ventaja de esta primera escaramuza, quedó por Bernardo, porque Gregorio, habiendo dejado escapar algunas palabras viciosas, quiso sostenerlas; pero el tio Ambrosio, que en punto á cacerías no conocía ni respetaba á nadie, declarò que en la contienda entablada entre Gregorio y Bernardo, Bernardo tenía razón.

Gregorio añadió entonces bruscamente:

—Dejemos, pues, las palabras, puesto que esto es propio solamente de las mujeres, y guardemos para nosotros los hechos.

—Para esto, replicó el tio Ambrosio, mañana lo probaremos en *Cabeza dura*.

Este era el nombre que habían puesto los serranos á un jabalí que moraba hacía mucho tiempo por aquellos contornos, sin que hubiesen podido conseguir su muerte.

Así concluyó la comida, retirándose después todos á descansar y citándose para el siguiente día.

A la mañana siguiente, muy temprano, cada uno se hallaba en su punto. El tiempo estaba hermoso, aunque un poco frio, á causa del abundante rocío de la noche anterior.

El conde era el jefe natural de la partida, y el punto primero á donde se dirigieron fué al habitual albergue de *Cabeza dura*, y Gregorio, abandonando todo escrúpulo, hizo todos los trabajos preparatorios para la caza.

Al llegar al lugar donde moraba *Cabeza dura*, Gregorio se convenció que aún todavía no había abandonado su guarida; y en esto y en todo Gregorio se iba distinguiendo sobre Bernardo.

Veinte perros se soltaron para el

ataque, pero el jabalí, retirado en su fuerte y protegido por la maleza, que impedía á la trahilla aproximarse, permanecía tranquilo. Ni los gritos de los cazadores, ni el ruido de las bocinas, ni el ladrido de los perros parecían conmoverle.

Entretanto los cazadores se habían aproximado, y al cabo de media hora de esfuerzos infructuosos, ya empezaban á impacientarse.

—Desatad todos los perros, gritó el conde, y esto decidirá.

En efecto, cinco minutos después, *Cabeza dura*, comprendiendo que el ataque ya era más sério, tomó decididamente su partido. Las ramas de la selva se abrieron de repente y una masa terrible y pardusca, abriéndose paso á través de hombres, de caballos y de perros atravesó como una flecha, siendo seguida por los cazadores y los perros en confuso tropel de gritos y de aullidos, hasta que se perdieron á lo lejos.

Gregorio solamente había resistido

este impulso y encadenamiento general, quedándose cerca del recinto donde el animal no tardaría en volver.

—Id, corred, amigos mios, decía Gregorio, y después que os hayais cansado con vuestros caballos y perros volvereis á este lugar donde yo estaré el primero.

Una hora pasara desde que marchó la comitiva y Gregorio se decidió á buscarla para ver lo que sucedía.

El jabalí, en lugar de dar la vuelta natural, habìa partido de frente, atravesando el bosque y la llanura; y después de cruzar el rio á las inmediaciones de un puente rústico, se había vuelto á introducir en otra selva más espesa, pero siempre seguido por la trabilla que tras de él se había arrojado al agua.

Los hombres y los caballos pasaron por el puente, y la res, después de haber atravesado el pequeño bosque seguìa por la orilla izquierda del rio.

Gregorio, siguiendo pues la dirección de la comitiva, se encontrò el rio

á una distancia muy grande del puente, y se desesperaba de no poder juntarse al punto con la partida, puesto que el rio era muy profundo.

De repente oye el sonido de las bocinas cada vez aproximándose más, y y ve el jabalí por el lado opuesto donde estaba, dirigirse al rio, y despues un perro, dos, tres, veinte y dos cazadores que le seguian.

El jabalí biende las aguas, y los perros y tres ginetes se deciden á seguirlo, consiguiendo dos de ellos vadear la corriente peligrosa, pero á una respetable distancia.

Estos eran el conde y Bernardo, que al tocar la orilla opuesta habian puesto al galope sus caballos, dirigiéndose á un bosquecillo donde la fiera se detuvo para hacer frente á los perros, y á cuyo lugar ya habia llegado Gregorio.

Apoyado el animal en una roca en un claro del bosque, lanzando fuego sus ojos y con las cerdas erizadas, no tenía más que el movimiento de su

cabeza á derecha è izquierda, despachando un perro en cada uno de estos movimientos incesantes.

Mas de veinte habian muerto cuando llegaron el conde y Bernardo, los cuales yacian sangrientos á su alrededor. Los demás perros formaban círculo alrededor de la fiera, que esperaba atenta un enemigo más digno.

—Es preciso acabar, gritó el conde, si esperamos á que lleguen los otros con sus carabinas no tendremos ni un perro vivo.

Y desenvainando su cuchillo de caza se dirigió con su caballo hácia el animal.

El conde era un escelente ginete. Veinte veces en iguales circunstancias habia matado otras tantas fieras, introduciéndoles su cuchillo en la espalda al pasar al galope cerca de ellas; pero sea que esta vez hubiese tomado mal sus medidas, sea que el caballo fuese mas cobarde, al pasar junto al jabalí, se encabritó, dando un recorte que impidió al conde realizar la herida

calculada, y en cuyo salto montura y caballero fueron arrojados á diez pasos sobre la yerba. Sin embargo, el conde tuvo suerte en esta caida, pues no se hizo más que una pequeña herida en el puño izquierdo, y se levantó enseguida.

—Ahora te toca á tí, dijo el conde dirigiéndose á Bernardo.

—Perdon, señor interrumpió Gregorio, pero despues de vos á mí solo es á quien me toca tal honor.

—Es justo, repuso el conde.

Y Gregorio, ansioso de distinguirse avanzó directamente hácia el jabalí, escitando á los perros, y desdeñando el medio natural de sorprenderle por detrás.

Arrojada é impremeditada determinación fué ésta, porque apenas avanzó Gregorio quince pasos, la fiera de repente sale á su encuentro, y cae sobre él como una bala de plomo aplastándole en tierra con su peso. Los colmillos del animal lo hubieran destrozado sin duda alguna, si Bernardo

con la rapidéz del rayo no se hubiese precipitado sobre el animal clavando su puñal hasta el puño en la espalda de la fiera.

La bestia furiosa volviose hácia el nuevo enemigo, pero Bernardo saltando ligeramente á un lado, dejó pasar á *Cabeza dura* que fué á refugiarse en un foso á unos cien metros de distancia.

—Y vamos á dejarlo así, añadió el conde, ¡acude pronto y concluiremos con él!

—Mi cuchillo se ha quedado en su cuerpo, dijo Bernardo, Gregorio me dará el suyo.

—Yo me serviré de él, respondió Gregorio, que no podía perdonar á Bernardo casi el haberle salvado la vida é intentándose levantar, lo que no pudo conseguir.

—Toma, añadió con más dulzura, decididamente para tí es el triunfo.

Y le alargó su puñal.

El conde, cojeando todavía un poco, y Bernardo, se acercaron muy despa-

cio hácia el foso donde el animal se habia refugiado; y lo apercibieron defendiéndose de los perros que ahullaban á su alrededor con insistencia.

Silenciosamente se deslizaron los dos por detrás del animal, consiguiendo no llamar su atención absorbida por los perros, y llegados junto á él oportunamente al mismo tiempo los dos y cada uno por su lado consiguieron sepultar sus puñales hasta el corazon de *Cabeza dura*.

La fiera habia dejado de existir. El golpe de Bernardo solamente habia bastado para conseguirlo.

En esto llegaron los demás cazadores que habían tenido que pasar el rio en barquilla, únicamente á tiempo de ver las últimas agonías de *Cabeza dura*.

En seguida se ocuparon de los heridos. El pobre Gregorio tenía aplastados los costados y en uno de ellos una ancha herida, y además le faltaban tres dedos de la mano izquierda que parecían haber sido cortados con un hacha.

Inmediatamente hicieron una camilla de ramas para llevarlo á su casa.

Seis semanas estuvo Gregorio en el lecho, y no se levantó sino para asistir al matrimonio de Bernardo y de Luisa, porque decía entre mohino y sonriente, que debía hacer este sacrificio por el rival que habís llevado su delicadeza hasta el punto de salvarle la vida.

Después solo ha encontrado consuelo en las botellas, y cuando llega á la cuarta ó la quinta, cuenta por lo regular la historia de la muerte de *Cabeza dura*, y concluye diciendo:

—En esta muerte fué donde yo perdí al mismo tiempo mis tres dedos y mi futura, pero sin embargo la cacería del jabalí es la que más me entusiasma.

LA VENGANZA DE UNA ABUELA.

POR

Mme JULIETTE LAMBERT.

Cuando á Pedro llegó su vez, se quitó el sombrero, y dijo:

—Esta historia debe ser contada con las mismas palabras que empleaban nuestras abuelas de otros tiempos para entretener á sus nietecillos, como hoy también acontece.

El hecho que voy á referir pertenece á los tiempos primitivos del mundo.

No vivían en el Tanneron más que unas cuantas familias, y aunque dis-

persas, más unidas que las de la llanura, cuyas casas están cubiertas por un mismo techo.

El parentesco de tales familias se perdía en la noche de los tiempos. Todos eran hermanos y aún sabían el nombre de los primeros que entre ellos habían vivido en el Esterel.

El Tanneron pertenecía entónces al señor de Maudelieu, que lo hacía guardar cuidadosamente.

Los guardas del señor de Maudelieu estaban armados hasta los dientes, y cuando no se obedecían sus órdenes mataban.

Para obedecer las órdenes de los criados del señor de Maudelieu, decían los antíguos, era preciso ser esclavo. Las tríbus árabes son libres porque jamás han jurado fidelidad á nadie; además un hombre libre antes se deja matar que escuchar con calma las órdenes y la tiranía de los esclavos. Si tiene armas se defiende. Si algún árabe al cumplir los doce años no ha recibido un puñal de manos de

su padre, que se presente á pedirlo al jefe de la tríbu.

. . . . . .

Una noche, Zoé, la encantadora hija de Constanza, entró en casa de su abuela más pálida que los rayos de la luna que se filtraban á través de los negros pinos; y mas vacilante que una delgada mimbre sacudida por el viento de Este.

La abuela era anciana y casi ciega. Zoè se aproximó á ella y se asió de su brazo.

—Madre de mi padre, le dijo, ¿dónde está mi hermano?

— En casa de su novia, hija mia; ¿para qué le quieres?

—Abuela, es preciso que lo espere. El lleva á su cintura el puñal de nuestro padre, y con él, madre mia, quiero darme muerte.

—¡Ah! dijo Constanza, derramando abundantes lágrimas: ¿será tan duro mi destino que tenga yo que ver morir tambien á la hija de mi hija? ¿Qué horrible desesperación, hija mia, pone

en tu boca tan crue[illegible]imas palabras? O bien...

Zoé interrumpió á su abuela.

—Cuando yo haya muerto, dijo sollozando, impedireis, madre mia, que mis compañeras deshojen sobre mi tumba sus ramilletes de rosas blancas.

--¡Desgraciada! gritó Constanza con voz terrible, y te atreves á entrar en la casa de tu padre.

La niña iba á sentarse en el dintel de la puerta.

—Mis ojos, antes de cerrarse, han visto la vergüenza sobre la frente de uno de mis hijos. Mis oidos han escuchado el relato de un crímen salir de la boca deshonrada de mi alma. Cuando sus padres me la confiaron en la cuna, debiera haber dejado entrar los lobos en mi casa y decirles: Buscad y apresad todo cuanto aquí haya de impuro!» Y ellos se hubiesen llevado en sus dientes aquella niña de que yo estaba tan orgullosa. Entonces no hubiera llegado este dia; ella, esa jóven

no se me hubiera presentado hoy, pálida y vacilante y gritando: «Es preciso que yo muera, que á mi muerte no deshojen mis compañeras sobre mi tumba sus ramilletes de rosas blancas.»

En el momento en que Constanza acababa de hablar, entró en la cabaña el hermano de Zoé.

—Que la alegría reine en tu pecho, hermana mia, dijo, así como reina en mi alma; y que seas amada por tu amor, como yo idolatro á mi prometida!

Zoé se aproximó en silencio á su hermano y puso la mano sobre el puñal que el llevaba en su cintura.

Creyendo que ella quisiese jugar ó cortar el pastel que se sirviera en la comida, ayudó á su hermana á desnudar el puñal de su padre.

—Es morir demasiado pronto, gritó Zoé, despues de haber hundido dos veces el puñal en su corazon, y cayendo á los piés de su hermano.

Este creyó soñar y recogió á su hermana en sus brazos.

—Su nombre, su nombre, dijo la abuela inclinándose sobre la boca de su nieta.

—El guarda bosque, murmuró Zoé.

Y fueron sus últimas palabras.

—¡El guarda!... lo mataré, esclamó el hermano, que todo lo habia comprendido.

—Las armas de los hombres no son bastante para hacer su fin, replicó Constanza. A las mujeres nos toca vengar tal ultraje. Que nadie de los mios se atreva á tocar al culpable, si es que no quiere ser maldito.

Tres meses eran pasados y el guarda vivía aún. Los ancianos, los habitantes de Tanneron, esperaban que llegase la venganza de la abuela.

Una noche, y á la misma hora en que Zoé habia muerto, la novia de su hermano salia de casa de Constanza recatadamente, y penetraba en el bosque. Todas las apariencias determinaban que iba á una cita, ¿pero quién la esperaba?

Cuando llegó á la ronda de los pastores, un hombre se le acercó:

Veis, le dijo, he venido sin armas; espero, pues, que no tengais miedo.

—¡Ah! temo de haber sido seguida por mi amante, pues desde esta mañana no se ha separado de mí un instante.

—Has hecho muy mal en impedirme que traiga mis armas. Me parece que oigo detrás de nosotros el crugido de las hojarascas.

—Será el ruido del viento. Marchemos.

—¿Por qué alejarnos de la orilla del bosque? la luna está oculta y nos podemos perder.

—Pronto saldrá de detrás de esa negra nube para alumbrarnos al instante.

—¿Dónde, pues, nos detendremos, amada mia?

—En los fondrieres.

—No, no, repuso el hombre con acento turbado: aquí podremos hablar de nuestro amor; la tormenta amenaza y estamos ya bastante lejos de la villa.

—¿Pero no oyes crugir la hojarasca? repuso la niña.

—¡Ah! no es nada, amada mia; es el ruido del viento, replicóle estrechándola en sus brazos.

De repente la luna traspasó la negra nube que la envolvía, y se deslizó resplandeciente sobre el límpido cielo.

El guarda-bosque lanzó un grito de terror y dijo:

—¿Eres tú la muerta Zoé? ¿llevas los mismos vestidos que cuando yo la conociera?... y esa sangre cerca de tu corazón, en el mismo, en el mismo lugar por donde se diera la muerte... Sí, sí, gigantes pasos escucho pisando la hojarasca... pasos y voces que en tropel murmuran y se acercan... ¡oh! negros fantasmas nos siguen y nos cercan. ¡Escucha! ¡mira!...

—No hagas caso, y serena tu espíritu. Avancemos aún un poco, añadió la jóven tomándole la mano.

—Vednos aquí que ya estamos cerca de la encina grande, continuó, ar-

rastrándole tras de sí; vamos á sentarnos debajo de sus ramas.

—La tormenta rueda terrible en el valle, murmuró el guarda desvanecido, y los relámpagos queman mis ojos. La luna se ha vuelto otra vez á ocultar y el espacio está oscurísimo; más no tiembles, amada mia, no veas ni oigas nada, y sentémonos debajo de la grande encina para hablarnos de nuestro amor.

Entre tanto, y brotando de la noche, de las tinieblas y los árboles, escuchaban voces terribles y numerosas, llamando.

—¡Zoé, Zoé, Zoé!

El terror del guarda desde este instante, fué inmenso; completamente desvanecido, quiso huir de aquel lugar horrible, pero una mano seca y fria le detuvo... mil antorchas iluminan instantáneamente la escena, y aparecen doce jóvenes blancas y pálidas rodeando al culpable, y entre ellas la mano seca y fria que lo aprisionaba, á su parecer, como una tenaza de

hierro; era la mano de Constanza que se encontraba allí para vengar á su nieta.

—La hora ha sonado, dijo Constanza.

—¡Socorro, socorro! repuso el guarda al verse asir con sólidas ligaduras.

Anonadado y moribundo, ni ensayó siquiera defenderse.

—¿Qué me queréis? ¿qué me queréis? murmuró el miserable en su agonía.

—Matarte, respondieron todas á una voz.

—Gracia! Gracia! repuso desesperado.

—Que su agonía sea lenta y larga y terrible, repuso la abuela..... velemos. . . . . .

. . . . . .

A la mañana siguiente Constanza se presentó delante de la autoridad y de los ancianos del pueblo.

—Quereis ver, le dijo, cómo he sabido vengar á la bija de mi bija?

Todos la siguieron entonces hasta

el piè de la encina grande del bosque, y allí apercibieron el cadáver del guarda-bosque, espantoso y medio achicharrado.

—Anciana, dijo entonces el alcalde, cuando venga el tiempo de las rosas blancas, puedes deshojar un ramillete sobre la tumba de tu nieta. Está bien vengada.

—Llega, pues, ¡oh tiempo de las blancas rosas; que una vez al menos pueda verlas florecer!

Nuestro guia se calló y nos miró sonriendo.

—Oh que horrorosa historia! esclamamos.

—Sin embargo, es la menos terrible de las que contamos á los provenzales que se detienen en la posada de los Adrets, respondió Pedro.

Arte de hacerse mimar

un soltero viejo.

Hace unos seis meses fuí á hacer una visita á un antiguo amigo de mi padre, llamado don Emeterio de Urbina.

Con sorpresa y dolor me lo encontré enfermo, arrellanado en un sillon y en un estado de exasperación impropio de su carácter, y muy poco á propósito para conseguir el restablecimiento de su salud.

Apenas habia acabado de estrecharle la mano cariñosamente, cuando, unas veces con tono quejoso y otras con furibunda cólera, me contó sus desventuras, interrumpiéndose á cada momento para lanzar mil maldiciones, á manera de letanía.

¿De qué tenía que quejarse?, ¿A quién era tanta maldición?

Pero ante todo debo daros, oh benévolos lectores mios, una noticia ligera de quien era don Emeterio de Urbina.

De unos sesenta años de edad y con una renta de cinco mil duros, que disfrutaba él solo y holgadamente, pues no podía dividirla con nadie en atención á ser su estado el del soltero.

Sin familia alguna, solo le quedaba un sobrino de unos veinte y cinco años, llamado Estèfano.

Esta era precisamente la causa y el orígen del avieso humor que atormentaba á mi amigo don Emeterio de Urbina.

—Tú ves, me dijo, mostrándome su pierna izquierda estendida sobre unos almohadones, á qué estado me ha traido esta pícara gota. Me es imposible removerme sin ayuda de alguien, pues el menor movimiento me arranca gritos que me desgarran el

pecho; y en este doloroso estado tengo necesidad de distracción. La vista de una figura humana, una conversación aunque fuese la más insignificante, una partida de Ajedrez ó de dominó me ayudarian al menos, si no á vencer, á soportar este crudo dolor. Y á todo esto qué crees tú que haga mi descastado sobrino? pues apenas se digna venir cada dia á informarse de mi salud; y este deber, al cual el respeto humano no le permite distraerse, tiene muy buen cuidado para llenarle en la última hora del dia, pues á otra tendria que dedicarme al menos un par de horas que necesita para sus devaneos. Tened parientes, continuó declamando, y hacedles bien, y este será todo el reconocimiento que les debais.

—Yo creo, le dije interrumpiéndole, que V. ha adoptado el principio de negar á Estéfano toda clase de subvención, y esto á fin de preservarle de ese tropel de tentaciones y peligros á los que están espuestos los jóvenes que tienen la bolsa llena.

—Sin duda, me contestó, que otra cosa mejor debía hacer.

—Sin duda alguna usted puede tener la convicción, de que así puede hacer bien à su sobrino; pero no me estrañaría que él por su parte fuese de contraria opinión.

—La juventud es hoy tan poco inteligente, que lo que dices pudiera ser verdad; pero no es este el solo bien que yo tengo hecho á Estéfano, pues el perillán sabe perfectamente que le he instituido mi heredero universal.

—Y ha cometido usted la torpeza de decírselo.

—Pues es claro; sin esto, Dios sabe si aún vendría á preguntar por mi salud.

Mi amigo don Emeterio se detuvo un momento y después añadió con amargura.

—Y quizá, después de todo, á este ingrato tal vez no le desagrade mi mal estado de salud; pues á mi muerte no solo sería inmensamente rico, sino que tendría entónces libertad pa-

ra consumar el acto màs grande de locura; el casarse. Aunque á la verdad no estoy seguro todavía de verlo llevar á efecto lo que tanto me desagrada. Sobre este asunto, en una de mis polémicas con Estéfano no ha tenido inconveniente en decirme, que él quizá estará jugando un torpe papel, sacrificando lo que él llama su dicha á una herencia de que un codicilo impulsado por el capricho podría frustarle en el último momento. ¿Has visto que cálculo tan odioso?

En este momento uno de los cojines sobre que descansaba la pierna izquierda de don Emeterio se inclinó un poco, y este acudió en seguida á una mesa que al lado tenía y tocó una campanilla.

La llamada fué inútil, pues aunque pasaron algunos instantes, nadie se presentó.

Don Emeterio volvió á tocar la campanilla más fuertemente que la primera vez, y dió sin embargo el mismo resultado de no presentarse viviente alguno.

La mano de don Emeterio crispada volvió otra vez á agitar la campanilla con incesante redoble.

Esta vez la puerta de la estancia se abrió de par en par, dando cabida á un portentoso mastodonte hembra, llamada la señorita Felicitas, á quien reconocí al momento, recordando algunos buenos platos compuestos de su mano que había saboreado otras veces.

Lenta y torpemente se acercó Felicitas á don Emeterio, ocultas sus manos tras del delantal blanco que llevaba decorado con gigantescos bolsillos.

—No es á usted á quien llamo: ¿dónde está Juan?

—Lo sé yo por ventura? contestó Felicitas gruñendo. Ni el padre ni la madre del señor Juan soy yo, para que él me dé cuenta de sus actos.

—Apuesto cualquier cosa, dijo mi amigo sin inquietarse, á que el pillo, sin cuidarse de si tengo ó no necesidad de él, se está como un papamos-

cas en cualquier parte fumàndose uno de mis cigarros.

—Aunque se tome un momento de distracción el pobre, murmuró Felicitas; no se puede decir que os robe el tiempo, pues hay momentos en que el servir al señor es bien pesado y duro.

—Lo que es muy duro, replicóle mi amigo, es la chuleta que veis ahí sobre la mesa, y que yo no he podido comer porque la habeis dejado quemar en el fuego. ¡La primera chuleta que se me ha permitido por el Doctor!

Felicitas se exaltó y se puso casi furiosa.

—Si los gritos del señor no me hubiesen sacado de la cocina temiendo una catástrofe, la chuleta del señor hubiera estado á punto, y ahora el señor no se daría el placer de mortificar delante de todo el mundo á una pobre mujer, que no tiene otros bienes que su reputaciòn.

—Callad y aproximaos; levantad mi

pierna con cuidado y colocad bien el cogin que se ha caido.

La vieja obedeció rechinando los dientes, y ya fuese por natural torpeza, ó con mala intención, cuando hubo colocado el almohadon levantó con tan poco cuidado la pierna de don Emeterio, que le hizo dar á este un grito.

—Ahí teneis, dijo está, el querer obligarnos á entender de todo: alguna cosa se ha de hacer mal. A la vez no se puede ser cocinera y enfermera.

Terminando estas palabras salié de la habitación Felícitas, de la misma manera que habia entrado; es decir, lenta y perezosamente como una tortuga.

—¿Has visto? ¿has oido? me dijo entónces don Emeterio, volviéndose á mí con melancólica tristeza.

Yo no pude dejar de sentir una profunda conmiseración por este pobre señor enfermo y abandonado.

—Pues bien, continuó aquel buen señor; la escena que acabas de ver, se renueva todos los dias: los criados son

lo mismo que los parientes, todos están fundidos en el mismo molde de la ingratitud.

—¿Ha incluido V. tambien, le dije, entre sus herederos á Juan y á Felicitas, como á su sobrino?

—Sin duda alguna, me respondió, y además así se lo he dicho con la esperanza de que así estimularía su reconocimiento; pero yo creo, perdóneme Dios, que desde este instante me sirven mucho peor que antes. Se diría que toman á empeño con su mal proceder el abreviar mi existencia.

—Y es una verdad, le contesté. Mientras menos viva V., más pronto entrarán ellos en posesión de sus legados.

Esta reflexión sorprendióè hizo meditar profundamente á don Emeterio.

Con todo, replicóme don Emeterio, yo siempre estoy á tiempo de deshacer cuanto he hecho.

—¿Y estaría V. mejor? le repliqué. Si hasta hoy ha sido la avidez y ambición el móvil de su conducta, se tro-

naría por el contrario en venganza. En vuestro lugar yo, pondría de patitas en la calle á Juan y Felicitas.

—Para encontrar otros peores.

—Difícil me parece.

—Ay, amigo mio, diez veces lo he esperimentado, y jamás ha faltado. Te pudiera decir como el otro, que los criados todos son peores.

—En este caso, mi querido señor, os confieso mi impotencia para encontrar el remedio.

—Sin embargo, es preciso que yo encuentre una resolución al problema, y me prometo que sí.

II.

Mis negocios me alejaron despues por espacio de algunos meses de la córte.

Al tornar á ella, una de mis primeras visitas fuè para mi amigo don Emeterio, á quien me sorprendió encontrar bastante mejorado.

Estaba jugando una partida de dominó; pero de seguro no adivinareis con quién, como yo no os lo diga.

Jugaba con su sobrino Estéfano.

A mi llegada trataron de suspender su juego, pero yo exigí terminantemente lo concluyeran.

D. Emeterio fué el que ganó la partida; así es que se encontraba con el mejor humor del mundo.

Sobre esto puedo asegurarou que la victoria de D. Emeterio fué mas bien debida á la complacencia de su sobrino que á su manera de jugar.

Don Emeterio sacó entonces de su bolsillo una caja de concha y la abrió. Estaba vacía.

—Ni una sola pastilla de malvabisco! ¡Habérseme olvidado!

—Voy á comprarlas, mi buen tio, dijo Estéfano, levantándose precipitadamente y cogiendo su sombrero.

—Ya irás mas tarde; ahora no es preciso.

Pero Estéfano ya habia salido.

—Observo, con placer, dije yo en-

tonces á mi amigo, que hoy no os dé motivo alguno de queja vuestro sobrino, pues veo se ha tornado solícito y afectuoso.

—Y qué me dirías, respondió don Emeterio sonriendo, si supieses que Estéfano, á fin de consagrarme todos sus instantes, ha renunciado al matrimonio que tenía proyectado, y me tiene jurado que durante mi vida me dará una prueba de su completa indiferencia para todas las mujeres.

—Pues os aseguro que todo el oro del Perú será una débil recompensa para tanta afección, si es que no se desmiente nunca.

—Te aseguro que no se desmentirá nunca.

Don Emeterio llamó.

Instantáneamente se abrió la puerta, y apareció Juan. Un momento después se presentó Felicitas, jadeando y sudando.

—¿Qué desea el señor? preguntó el ayuda de cámara, con la más viva solicitud.

—¡Es que el señor está indispuesto! añadió la cocinera con el rostro descompuesto.

—Cerrad esa ventana, añadió tranquilamente mi amigo; me parece que el aire empieza á hacerse frio.

En un salto se acercó Juan y cerró la ventana.

Felicitas, menos lista, se contentó con mirar el termómetro.

—Doce grados, y abierta la ventana con tal tiempo; esto no es razonable, y mucho más cuando el señor todavía conserva sus dolores.

—Juan, no me habeis dicho que vuestro hermano ha venido á Madrid; es preciso que lo acompañeis para que vea la córte; teneis mi licencia.

—El señor es demasiado bueno; mi hermano ya la verá solo: bien sabe el señor que el médico ha encargado no pase un día siquiera sin darle fricciones, y es preciso quedarme.

—No habrá necesidad de vuestros servicios, dijo Felicitas dirigiéndose á Juan con un tono algo irónico. Acom-

pañad á vuestro hermano y divertíos, pues yo os aseguro que el señor y el médico quedarán satisfechos.

—Bien cuidado quedará el señor con usted; meteos en vuestra cocina, Felicitas, y así lo hareis mejor.

El altercado que esto produjo entre la cocinera y el ayuda de cámara no queremos reproducirlo y solo diremos que ambos se miraban como dos perros que se disputan una presa.

Los dos criados desaparecieron después de esta reyerta.

—¿Y bien, me dijo entonces don Emeterio al mirar mi asombro; qué te parece?

—Después de lo que pasó delante de mí en la última visita, os digo, le respondí, que me cuesta algún trabajo el comprender cuanto acabo de ver.

—Pues sin embargo, has visto una pequeña cosa para lo que sucede diariamente. No puedes figurarte hasta que punto me encuentro asistido, cuidado y mimado, por mi sobrino y mis dos criados: vá tan lejos su celo, que

si yo les dejase hacer, vendrían contínuamente á las manos para disputarse el derecho de servirme.

—Pues solo deseo, le respondí á mi amigo, que dure mucho tiempo.

—Puedes estar tranquilo de que esto durará tanto como yo viva, y que si de ellos dependiese, mi vida sería eterna.

—Según eso tendríais un talismán.

—Mi talismán, amigo mio, ha sido un momento de reflexión. Tú me dejaste pendiente la resolución de un problema, y ya lo he resuelto.

III.

Hé aquí, lector amigo, la resolución del problema encontrado por mi amigo don Emeterio:

Hizo quemar delante de su sobrino y sus criados el testamento que tenía otorgado, y en el que los instituía por

herederos; colocó toda su fortuna en renta vitalicia, lo que le producía unos cinco mil duros, y señaló por último una pensión de tres mil duros á su sobrino, y otra de mil para cada uno de los criados Juan y Felícitas, con la condición de reservarse el derecho de suprimirlas al primer motivo de descontento que le diesen.

Estéfano, Juan y Felícitas se encuentran ahora tan interesados en la vida de don Emeterio, puesto que á la muerte de éste nada les quedaría; y ved aquí perfectamente esplicada la metamórfosis.

Yo te aconsejo, pues, caro lector, que hagas uso de esta receta, si por casualidad eres rico y soltero.

BOCETOS SOCIALES

La prensa

EL DIRECTOR

Ha estudiado la carrera del Notariado, en su principio, á raiz de ser creada por el Marqués de Gerona; y no porque se hallase con disposiciones para desempeñar tal cargo, demasiado sèrio para sus imaginaciones, ni por la más remotísima afición que para la fé pública tuviese, el que casi no la tenía en nada; sino porque era entónces la mas corta, y por lo tanto la que su familia podía costearle.

Todo su empeño al seguir una ca-

rrera era el exclusivo de salir de su país natal, la renombrada villa de Talavera, recientemente puesta en moda por su antigua cerámica. Salir de su régia villa para nuestro hèroe, significaba la posibilidad de tratar gentes; literatos, periodistas, políticos, embajadores y Ministros. Codearse en el Ateneo y en las Academias, cuando entrase, con eminencias dramáticas y físicas, y sobre todo dar pasto á su comezon de publicista, en todos, en todos los ramos del saber humano, principalmente en la gaya ciencia, acedía eterna de su cerebelo.

Publicar versos en Madrid era su felicidad suprema, y esta felicidad la tuvo á todo escape, empleando su primera mensualidad de estudiante en la empresa de la publicación de un periódico callejero *La Garrapiña*, donde en su primero y único impreso publicó versos á Santa Fandila, por ser este el nombre de su novia.

Desde este momento ya no tuvo sosiego ni un punto, y para cada cien

sacrificios que hacía, de brevas, de cafés, de copas, de chocolates con medias—tostadas, se entiende,—publicaba un escrito superabundante de belleza y erudición en cada uno de los ramos que tocaba, y que al cojerlo ávido en letras de molde, era tan inmensa su satisfacción, que sus nervios saltaban, y se atirantaban, terminando para descansar con embriagadoras pandiculaciones.

Así pues, su vida siempre agitadísima, no le daba reposo para nada, y con tantas, y tantas necesidades como tenía, pasó y repasó mil amarguras, aun más que las de Esopo, de quien era devotísimo, sosteniéndose en el primer momento con créditos de sus jóvenes amigos, y despues con empeños de sus haciendas, capa, gaban etc., y por último llevando la pluma á un viejo corrector, redactor de *La Fanfamia*, periódico político, científico, literario, y demás zarandajas, con lo que ponía de cuando en cuando algun articulillo; es decir po-

nía de cuando en cuando alguna pica en Flandes.

Pica y no en Flandes debía ser la que puso á un diputado cunero por el distrito del Tomilloso, cuando esta pica le hubo de picar más de lo justo en el pecho, teniéndolo en cama entre la vida y la muerte veinte y tantos días y otros duplicados en la convalecencia de su curación.

Fué el caso que en un artículo que se escapó á la vigilancia del corrector, á quien llevaba la pluma, soltó con su pimentado escrito una série tal de denuestos contra el dicho diputado del Tomilloso, que éste, rompiendo en una furia de cólera se presentó en la redacción de la *Fanfamia*, y quiso tomárselas de prueba con todos y con todo, ansiando devorar hasta los tinteros.

La nobleza de nuestro héroe, puso paz y solución á tanta acometida, declarándose bizarramente el autor del artículo.

Asombro y grande contentamiento,

no disimulado, causó á todos los personages de la redacción este viril arranque, concertándose en su consecuencia el duelo, que se efectuó inmediatamente, dando por resultado su herida.

Desde que se alivió, no se dudó ya de su importancia y valía, y sobre todo talento, pues forzosamente en nuestra sociedad, todo esto se le concede, aunque no lo tenga, al más valiente.

Camino abierto desde entonces tuvo para cansar las máquinas de Gutemberg, y tras de un articulejo desconcertado de crematística, como dice Valera, escribía otros y otros de políticas aspiraciones, y de demoledora política, á gusto y contento de unos cuantos, aún de más agujereado calabre, que le habían ido formando *claque*, inspirándose en sus actos y aplaudiendo sus desaciertos atrevidísimos.

Todo esto que hemos relatado, como nuestros lectores comprenderán,

tuvo lugar parte por parte en unos cuantos años; y à la fin una patrona de huéspedes con que topara en sus bacanales correrías por los Madriles, tanto bacanales cuanto dolorosas y llenadas de ilusiones; fué la que lo elevara definitivamente à la cumbre de sus ensueños, que era la de fundar una publicación, y ser Director de ella.

Que la fundó y en grande, nos lo cuentan las crónicas periodísticas, con los dineros de su patrona, según la crónica privada; y ya desde este día nada fué vedado á su superioridad incommensurable.

Sin embargo tuvo un lunar, y este lunar fué constantemente su afición por Esopo, cuya vida y fábulas se sabía de memoria. En todas las ocasiones, sus sentencias, sus comparaciones, sus consejos, sus pareceres, reflejaban siempre sus conocimientos esopales; y estos eran verdadera verdad; y siempre se creia en Amenia con Aristes, resolviendo el problema de

los higos, que achacaron á Esopo se comiera; ó con su posterior amo el filósofo Xantus, resolviendo todos sus problemas, ó Neptanabo, rey de Egipto, ó con Liguro de Babilonia, que le mandara hacer una estátua de oro en su honor; olvidando el pasar más adelante, por no llegar á la condenación y muerte, á que le entregaron los de Delfos.

Que pudo hacer fortuna nadie lo puede dudar en este nuestro país, donde solo la hacen los entremetidos, los mete-muertos, los *Azzecagarbugli*, los deslenguados, los ignorantes; pero nuestro héroe jamàs se percató, jamás soñó el imitar ni copiar á esa falange de vividores hambrientos, que huelen, olfatean, buscan, rebuscan más que toda importancia moral, la verdadera, la positiva importancia materialísima de buena vida, tan contraria á las sentencias y coplas de Jorge Manrique.

Fausto, grandeza, triunfos; nada de oficial de dirección, ni de Negociado;

ni de Secretario ni de gobernador de provincia: solo, solamente Ministro de la Corona, solamente embajador ó cosa parecida, era lo que flameaba y rebullia en su caletre, haciéndole pasar ilusionada y agitada vida.

Más todo pasa; todo: y hasta pasaron las murallas de Babilonia que ya no existen, y la Torre de Babel y el puente de Xerxes sobre el mar y las pirámides y el Coloso; y naturalmente tenían que pasar las grandezas ficticias de nuestro Director, no apoyándose como no se apoyaba en ningun partido, si no por el contrario haciéndoles á todos la contra.

Los dineros de la patrona se acabaron, y en su consecuencia la publicación tambien. Icaro derretidas sus alas descendió de sopeton á la tierra, donde lo vemos de gefe de estación de tercera clase, único recurso con que cuenta para vivir.

Este tipo no supo nadar, y se lo llevó la corriente, cuando en cambio otros muchos y menos aptos se engrandecen.

El Redactor.

No se sabe quién es, ni como se lla-
ma ni si conoce el castellano, ni si
ha salido de la pubertad, y con todo
se presenta ligerete, descocado, suel-
to, parlanchin y universal conocedor
de todas las prácticas científicas lite-
rias y financieras.

No se sabe quién es, porque es de
otros paises, ni tampoco su nombre,
porque lo mismo pudiera ser caballero
de apellido que Juan Crisóstomo de
nombre: no conoce el castellano por-
que se ha amamantado, ó sea en las
montañas con el Eúskaro ó valen-
ciano, ó en el Rosellon, ó Barcelona
Valencia con el provenzal, ó en el
Marchel ó las Canarias, con el caló ó
en el Bohemio; ni si ha salido de la
pubertad, porque es feble, delicado,
débil, nervioso; y bien pudiera tener
quince años, ó peinar más allá de los

treinta; pero nada más, absolutamente nada más.

Es esbelto, y elegante y con quevedos; llevando siempre las pupilas encendidas y casi lagrimosas, prueba que le molestan, le dañan, le asesinan los cristales de Flin Glas.

Redactor en gefe se titula de una publicación periódistica, y acude al Ateneo para estractar las sesiones literarias y científicas, diciendo que las burguesías son las sociedades literarias de más empuge, y más resonancia. Acude al Senado y al tomar nota de los discursos, dice gallarda y maestramente, que don Fulano en su oratoria tenía la frase acerada de Eschilo, y que don Zutano le contestó con la propia forma que pudiera emplear Tycho-Brake en sus anacreónticas.

Es de más robustéz y empuge su palabra, y se levanta más sobre la punta de los piés, mientras es más grande, más respetado, más anciano su contrincante;—á todo el mundo

toma por tal, por más que de todo el mundo no se aperciba de ello.—Si llega alguno de estos casos, que él siempre provoca, no escucha los denuestos, si la intemperancia de su contrario se los escupe; ni se percata de su desprecio, si con él lo cobija y anonada.

Gallardo,—á pesar de ser chiquitin, —magestuoso, severo, no deja pasar grupo, ni sociedad, ni centro, ni reunión de ninguna clase á donde no deje de asistir; y habla, y que quieras que no quieras, de música, diciendo que Livingtone, es el que mejor fragea el contrapunto; de matemáticas, manifestando que Milon el de Oretona resolvió la cuadratura del círculo; de política, que no fué Lutero el diplomático más sublime de la Rusia, sino Hernan Cortés cuando quemara sus naves, puesto que estas sublimes frases deberian entenderse siempre por el triunfo del catolicismo en toda la línea, en contraposición de las idolatrías de los Hovas.

Si habla de civilizaciones antíguas dice marsvillas de todo género, y que la Atlántida de Platon pudiera ser Cuba, y en esto quizá se aproxime algo. Que la religión Bracmínica se sostuvo y aquilatò en la antígua China, con sus bravos legisladores Brahma, Visnou y Siva, en su congreso que llamaban Trimurti; y por último, que los cleptas fueron los constructores del Partenon bajo las órdenes del gran arquitecto Ephestion, el maestro de obras de Alejandro el Grande.

¡Qué conocimientos tan asombrosos demuestra en su facundía inagotable! ¡Qué citas, qué sentencias! Por ejemplo la de Plabon, *To be or not to be*. Qué versos tan magistrales recita, en todas las lenguas que conoce. En el ruso.

E nunqua vi rosa
de suaves molhos
que pera meus ollos
fosse mais formosa.

En el italiano.

«Quadrupedante pedem quatavit ungula campum.»

En el francés, y del poema de Cárlo Magno, escrito por Siffer, no el del folleto libelo contra Zorrilla, sino Siffer el Presidente de la república en 1848.

«In tanto Herminia infra l'ombrose piante.»

Cuestión de nunca acabar, si seguimos relatando.

La ventaja de este redactor en gefe, es que egerce este oficio solo un día en Madrid, dos apenas en capital de provincia, y una semana entera en los pueblos, pasando después á la posteridad como los héroes.

EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

Traducción.

Voy á contaros una historia, que me narraba Hassan-ben Mahmoud Dje-louli, aunque no creo poder llegar á contarla como él y como me la iba traduciendo Rouman, mi intérprete.

Dicen que nació un día en Túnez un príncipe tan feo, tan feo, que al ver su fealdad se le llamó de común acuerdo *Bou-Ezzin*, esto es, el príncipe Encantador.

Por una precaución bien entendida, y para que el pobre príncipe, engañado por un nombre, no pudiera saber la verdad acerca de sí mismo, el bey reinante prohibió, bajo pena de muer-

te, que se facilitase un espejo al príncipe su hijo, ó que, ni aún inadvertidamente, se dejase alguno á su alcance.

Creció el príncipe alegre y contento de sí mismo, y llegó á la edad de veinte años, creyéndose de buena fé el más hermoso y galán de todos los jóvenes de la regencia; verdad es, que los cortesanos se guardaban cuidadosamente de desengañarle.

Pero sucedió desgraciadamente que el bey reinante murió dejando el *beylick* á su hijo el príncipe Encantador, y como este adoraba á su padre, quiso afeitarse toda la barba, y dejar crecer el cabello en señal de luto y sentimiento.

Se hizo, pues, venir un barbero, y quiso la malhadada casualidad, que el que á mano se pudo hallar fuese un recien llegado de Susa, que ignoraba completamente el famoso decreto del difunto bey. Como era de esperar, la primera cosa que hizo fué tomar un espejo; la segunda ponerle en manos del príncipe.

Tan lejos estaban todos de prever semejante infraccion de una ley respetada durante veinte y un años, que el *bach mameluck*, es decir, el primer ministro, ni siquiera tuvo tiempo de abalanzarse al barbero y arrancarle el espejo de las manos.

El príncipe Encantador acercó el espejo á su rostro; pero no bien lo hubo hecho, cuando dió un grito tal, que se oyó desde el palacio hasta la puerta de Argel, rompiendo luego á llorar amargamente, y mesándose la barba con estremada desesperacion.

Y era que el desdichado príncipe no se hacia ilusion alguna; veia que era, no solo feo, sino horrible.

Por de contado, que en el momento mismo en que el príncipe Encantador descubrió la triste realidad, arrojó á sus piés el inocente y malhadado espejo, rompiéndole en mil pedazos.

El *bach mameluck*, que, como hemos dicho, se hallaba presente, rompió á llorar cuando vió al príncipe llorando, y al ver mesarse la barba empezó tambien á arrancarse la suya.

Pero despues de haber llorado á su sabor durante toda la mañana, y haberse mesado á su placer la barba al paso que lloraba, el príncipe, que en el fondo era hombre de talento, reflexionó, que si era feo, las lágrimas en nada contribuirian á embellecerle, y que una vez arrancada la barba, quedarian aun más patentes las imperfecciones de su rostro. Así fué que al caer la tarde, suspendió el príncipe su llanto y cesó de arrancarse la barba.

Al dia siguiente aún estaba muy triste; pero como era un príncipe filósofo, ya no hacía más que suspirar; verdad es que sus suspiros eran aún sobrado amargos.

De bien distinto modo obraba el *bach-mameluck* cuyo dolor habia notado el príncipe, y á quien habia enviado á llamar para darle gracias por la parte que en su dolor tomaba.

Lejos de haber empezado á consolarse, lloraba aun más que la víspera, y se habia ya arrancado la tercera parte de la barba. Cuando mas inten-

taba el príncipe consolar á el *bach-mameluck* más lloraba este; sus ojos eran dos arroyos.

El príncipe Encantador le hizó retirarse á su casa invitándole á llamar en su auxilio toda su razon; pero cuando al dia siguiente el príncipe ya consolado le hizo otra vez venir á su presencia, el dolor del fiel servidor habia hecho más progresos. El *bach-mameluck* se hallaba entregado á la mayor desolación; las dos terceras partes de su barba habian desaparecido y sus ojos se habian convertido en dos rios de lágrimas.

Por más que conociese la adhesión de su primer ministro, no acababa el príncipe Encantador de comprender tan exagerado dolor; abrazó al *back* al despedirse de él; pero no por eso suspendió este su continuado llanto.

Al dia siguiente el príncipe estaba completamente consolado, y esperaba que su primer ministro hubiese hecho lo mismo. ¿Cuál no sería su sorpresa al ver que sus esperanzas no se ha-

bien realizado? La desolación del *bach mameluck* era aun más intensa que el dia anterior; sus ojos eran dos verdaderas cataratas, y se habia arrancado la barba por completo.

—Pero veamos, bach-mameluck, dijo ya impaciente el príncipe: ¿cómo es que yo no he llorado más que una mañana, aunque la desgracia me toca más de cerca, y que por la tarde ya estaba tranquilo y resignado, mientras que tú. . . . . .

—Oh, príncipe mio, interrumpió el *bach-mameluck*: si por haberos visto vos un solo instante, habeis llorado todo un dia, ¿cuánto no tendré yo que llorar, yo que os estoy viendo desde vuestro nacimiento, y que tendré que veros hasta mi muerte?

EL COLABORADOR

Enrique Rodríguez de Bustamante, alumno en la Universidad de Valencia, en el primer año de leyes, pasaba á la presente su vida asistiendo de contínuo á los teatros, y á toda clase de espectáculos públicos, y sobre todo á todas las redacciones de periódicos, donde contaba con buenos amigos, y en cuyas publicaciones insertaba de vez en cuando, ya un madrigal, ya un epígrama, ya una elegía ó una epístola, cansando y fatigando las nueve hermanas con multitud de elucubraciones de todo género, que harían las delicias de la juventud y de las bellas, y cuyos versos se comenta-

ban y referían con cierta fruición y goce, no solamente por estar empapados de unción amorosa, sino porque nuestro Enrique, era simpático y bello como Antinoo.

En estos trabajos è ilusiones pasaba nuestro héroe, y siguió el curso de sus estudios, hasta que terminados, marchóse á la córte con la esperanza de meterse en una redacción, y ahorrar dinero bastante para recibir el título de licenciado en jurisprudencia.

Vicisitudes sin cuento pasara sin poder conseguir su objetivo de redactor; pero no por eso dejaba de brindar su colaboración gratuitamente à todos los periódicos habidos y por haber.

Su tenáz insistencia tuvo por fin recompensa en principio, pues presentados algunos artículos políticos en varias publicaciones, tuvieron salida.

Efectivamente llegó por fin á colaborar en *Las Novedades* y *El Clamor*, y por último en *La Esperanza*, y al

poco tiempo eran buscados con afàn dichos periòdicos, que se los disputaban de una manera, que parecìa que los artículos de un mismo día lo adivinaban en su espíritu emponzoñador, puesto que al encontrarse cada uno de ellos,—los artículos—se herían mortalmente, y parecían venir preparados de antemano para tundirse sin piedad y á toda fúria.

Verdad es que en las columnas de *Las Novedades*, el artículo político en cuestión, era más noble, más considerado, pero no por eso dejaba de ser fuerte y verdad; y en *La Esperanza* eran dichos artículos vivs ponzoña de reptiles, que destilaban más que ideas, palabras sangrientas, y descocados insultos, que no se comprendía pudiese soportar el contrincante de *Las Novedades*, á no carecer completamente de vergüenza, sún en contra de las ideas dominantes en nuestra época moderna.

De este tiroteo, de estos ataques en el periódico *Las Novedades*, estaba

interesado un ministro de quien esperaba nuestro Bustamante un Gobierno de provincia; y en estos artículos hubo que tocar la personalidad y actos del Ministro, en términos que al ser contestados por *La Esperanza*, extralimitóse de tal manera, que no solamente se mandaron recojer los ejemplares, sino que se dictó auto de prisión contra el articulista.

Enrique Rodríguez de Bustamante fué, pues, sorprendido por los agentes de la autoridad en p'ena redacción de *La Esperanza* y con la envidia de todos sus compañeros, inmediatamente fué conducido á una prisión.

¿Quién le habia de decir al ministro, que el protegido suyo, el apuntado en cartera para un gobierno de provincia por sus ideas liberales, el sostenedor furibundo de su política, era el que hubiesen llevado preso los agentes de la autoridad, por inferirle gravísimas ofensas al mismísimo ministro en el eco de los carlistas.

Que esto era indudable se lo repi-

tieron por diversos conductos, y en todos los tonos, y principalmente los redactores de la *Esperanza*, abogando por el autor del escrito condenado, guardando en su mente para despues, las apotéosis ruidosas que se realizarian para encumbrar hasta las nubes al heroe defensor de los intereses de los tradicionalistas.

Por otra parte el personal y redaccion de Las Novedades, que esperaba cuando leyó el artículo difamatorio que su colaborador Bustamante produciría en su respuesta otro nuevo, y otros, y hasta que llamase á sus contrarios al terreno de las armas, no cesaban de asombrarse de tal resultado, creyéndolo una equivocación y suponiéndolo todo, menos el que aquellos contrarios polemistas fuesen una sola persona.

Tan clara evidencia, tardó algo en hacerse comprender por los que le conocían; pero al fin se vió que el chico Bustamente no era nada, y que buscaba *El Dorado* por todos los caminos

de la vida, ya fuesen torcidos ó derechos.

Pero pasó este chubasco, y el resultado fué el desprecio del Ministro, y quedarse sin ambas colaboraciones.

Siempre siguió despues coloborando en varias capitales de provincia, y en algunas con la firma de un diputado natural, que efecto de estos atrevimientos de pavo comun de la fábula, pudo el dicho diputado llegar á ser ministro, recompensando despues estos servicios de Bustamente.

La fama llegó por último á citar á Bustamente como corresponsal en algunas capitales de provincia, muy conocedor de los misterios de la política, y hubo quien creia ver en dicho corresponsal las manifestaciones del Ministro.

Con la protección del que llegó á ser ministro, Bustamente en varias empresas llegó á rico.

No sabemos de todo punto cierto si el coloborador corresponsal de provincias denominado de varias mane-

ras, fuese en realidad Bustamante, pero si que llegó á ser Gobernador, y por último Ministro; y aun más, por último, respetable individuo y compañero de los Orsos y Rostchilds.

El Gacetillero.

Carlitos, hijo de un procurador de Mairena, de apellido Blanco y Leon, era un muchacho modesto, aplicado, trabajador en el interior de su casa; ya intentando poner un garrobillo á una silla, ya pegando con cola y cuñas una mesa desvencijada, ya ayudando á su madre á remover la tierra de las macetas y tiestos para las plantaciones de entrada de estación, ya formando marcos ó láminas con estampas de periódicos si caian en sus manos, y siempre aplicado, y siempre trabajando, no olvidaba sus estudios, sino que

por el contrario aventajadísimo en ellos, llevaba la delantera en las escuelas á sus demás compañeros, que por esta causa y alternar poco en sus juegos desbordados y escandalosos, era generalmente malquisto; tratándose con frecuencia esta malquerencia en serios disgustos y algunos golpes, que no llegaron á muchos porque su prudencia los evitaba innumerables veces.

Sus progresos principales fueron en el latin, y lo mismo conocia á Salustio y Livio, que las oraciones de Ciceron y el panegírico de Plinio, y los epígramas de Marcial y sátiras de Juvenal, que las odas de Horacio y las eglogas de Virgilio, y hasta las tristes y las metamórfosis de Ovidio.

Bueno era verdaderamente y nada lerdo, pero taimado, *subdolus*, como él interiormente se decia; y muerto su padre, á quien habia servido de amanuense, marchose á la villa y corte de Madrid, con el único caudal que tenía, que era una pequeña colección

filotélica, y otra más numerosa *iconográfica furfúrica*, calificación que puso á las estampas de las cegillas de fósforos, las que tuvo la fortuna de vender á uno de los redactores del *Heraldo* en muy bajo precio, pero con el aditamento de admitirlo de amanuense en la redacción, y de corre ve y dile constante y sempiterno, refregándose con el engrudo para pegar las fajas después de cortadas y escribir por último su dirección.

Al principio solo se le dió una pequeña gratificación por estos numerosos servicios que prestaba, pero al fin, á los seis meses, pudo obtener el diario de dos pesetas, que al año tuvieron la munificencia de convertirlas en dos escudos, cuando se intentó que que esta fuese la unidad de la moneda.

Siempre que salía á la calle, se paraba en todas partes; husmeaba, olfateaba, indagaba, preguntaba y conseguía siempre el saber algo de lo que ocurría en la villa y córte, y al llegar

á la redacción lo escribía en un pedazillo de papel, presentándolo al personal de la misma, que siempre tuvo la fortuna de que se los admitiesen, aunque con algunas correcciones, que en verdad no merecía el escrito, y que solo se fundaban en la natural petulancia de los que, redactores, enseñan sobre él á la altura del ciprés sobre la débil mimbre.

«Quantum lenta solent inter viburna cupressi»,

versos de Virgilio, que él sabía de memoria.

Un día se descolgó nuestro héroe con la gacetilla siguiente. «Ayer, cuando todavía faltaba para la hora de apertura del Congreso unos cuantos minutos, tuvimos la satisfacción de contemplar en la galería de entrada á los salones, paseando solo, y manoseando, á un egregio militar, que gesticulaba y hablaba solo y tan preocupado, que le oimos estas palabras. «*Sed ego, á studio ad rempublicam latus sum*». Indudablemente había leído

á Salustio, é indudablemente por estas palabras, se propone alcanzar las honras de la república. Abandonamos al *viator* sobre el espanto y lamentamos su *stultitia*.

La verdad es que esta gacetilla no decia nada; ni aún escrita medianamente estaba; y aún el latín era especialmente macarrónico á escepción de lo de Salustio; pero fué de tal y tal modo su triunfo y su grandeza, que aplaudido por la redaccion fué elevado á gacetillero. Si grande satisfacción esto le causara, fué la tal muy corta; pues los periódicos progresistas, señalaban dicho suelto como una grosera difamación al general aludido, y hasta llegó á los oidos del pobre Carlitos, que algunos militarotes andaban en su busca para hacerle un mal encuentro.

Por fin pasaron estos apuros, vino el ametrallamientode las córtes del 56, y nuestro Carlitos, por supresión del cargo, quedó cesante.

Sus amarguras y cesantías las pasó

en los primeros meses traduciendo La Aulalaria de Plauto, y algunos epígramas de Marcial, sin percatarse de que los shorrillos que tenía se iban acabando, y que llegaría un día en que le faltase el preciso sustento.

Prisa dióse y rápida para ofrecer á todos los editores habidos y por haber su Aulalaria, y su ex-Mercemis, y el Persa, y el Rudente de Plauto; y ni porque estaban admirablemente traducidos, ni porque era la primera vez que se traía á la luz pública este contingente bellísimo de letras, ninguno, absolutamente ninguno quiso admitírselas, ni aún publicárselas de valde en ninguna de las publicaciones periodísticas.

Mengnada fué desde entonces su existencia, y en el desengaño cierto de sus ilusiones muertas, se le pusieron los ojos como á Lesbia llorando la muerte de su pajarito.

Tua nunc opera mal puell
Flendo turgiduli rubent ocelli

epígrama de Catulo que por su terna-

ra y belleza no podía borrar de su memoria.

Nueva publicación encontró buscando y rebuscando para egercer su oficio de gacetillero, y al fin de sus años, pasó á ser secretario particular de un exministro, que si por haberlo sido nadie se acordaba de èl, levantó su reputación á una altura inconmensurable en la república de las letras, cuando publicò las obras enteras de Plauto y Terencio, que se encontró inéditas entre los preciosos papeles de su secretario difunto.

El Administrador.

Apenas abandonada la escuela, donde siempre estuvo haciendo novillos hasta la edad de once años, fué dedicado por su padre á corredor de líquidos y granos, en una ciudad riquísima é importante, de la Andalucía; pero esto solo aparentemente, puesto que

todo lo más, una ó dos veces cada mes pudo vérsele en la calle conduciendo la fanega bajo el brazo, ó la arroba, vasija de cobre, pues aun para esto buscaba un chiquelo que se las condugese; que á sus aspiraciones más altas, mucho más que las de su posición y carrera no le eran favorables estas exhibiciones depreciativas. Una ó dos veces al mes hemos dicho, era cuando hacia este trabajo, y á toda presión paternal, y sacudida autoritaria, que le quebrantaba y hacía arrojar las muelas, puesto que compañero en años y aficiones del hijo de un notario, dos de labradores ricos, y otros herederos de baronía y de condado, de cortijo en cortijo, y de pueblo en pueblo, todos caballistas y toreros de inclinación, desgarretaban, torcaban, picaban y perniquebraban todas las reses, vacas y toros de aquellos afortunados contornos.

Cantaor por lo flamenco, era también una de sus notorias y relevantes cualidades, y sin embargo de que era

y picaba de alto, manifestaba condicion acomodaticia y respetuosa, y sobre todo, no percibía nada, no veía jamás aquello que le fuese depresivo, y le ocasionasen sus amigos sinsóbrasas: y hábil, más que habilísimo, remarcaba y señalaba las pruebas de deferencia y cariño de sus nobles amigos, elevándose casi insensiblemente hasta su altura, y descendiendo rapidísimamente, si esta elevación pudiera ser notada por los interesados.

Con estas condiciones morales y las de guardador y económico, con lo que que obtenía grandísimas ventajas, proporcionándole el medio de prestar á sus compañeros cantidades que le devolvian centuplicadas, y cuyas cantidades á la verdad no las hubiera podido tener sino las ahorrase de las migajas del festin de sus amigos.

Llegó pues el caso de irse Gaspar de Trelles y Mohedano á Madrid para recibir la educación y trato social propio de su clase, como único heredero del Condado de Sotoyermo, y llevose

á nuestro héroe como ayuda de cámara, mayordomo, compañero; y ya en la corte Gaspar, que adolecía de la enfermedad femenil de versear á todo y por todo, aunque nunca habia publicado nada, porque sus amores numerosos en el pueblo, y sus mas numerosas becerradas y huelgas no le habian dado tiempo para nada, quiso ampliar algo de su actividad en el cultivo de la gaya ciencia, cuya inclinación no dejó de aspirar su adlatere, por lo que pudiera convenirle para sus pensamientos.

Los primeros momentos de Madrid no hay que decir que fueron aprovechados por el amo y por el amigo; y de teatro en teatro, de café en café, y de derroche en derroche, parecía que querian gastar en brevísimo tiempo todos los tesoros de su juventud; sobre todo en la escala de los triunfos amorosos, que tan fáciles son, y en tanta abundancia se encuentran en la renombrada villa y corte.

Era de verlos á ambos muchas ve-

ces juntos en los cafés cantantes, rodeados de hœ'eras golosas, triunfar y gastar alegremente, y después de casi y sin casi semi embriagados salir á dar paseos filosóficos del brazo de cualquiera Mesalina, tornando después y por último cerca del día, y hacer parada en cualquier Colmado, ó puesto de buñuelos de la calle de Toledo ó plazuela de la Cebada, encontrándose nuevamente con otras Aspasias de brazo en jarra, y armando una huelga poderosa, en que nuestro Timoteo, que este era el nombre de nuestro biografiado, se llevaba las verdaderas simpatías, aunque más se hiciesen ostensibles para el jóven Gaspar, que era, y muy natural, el pagador sempiterno.

Más para esta vida que no querían abandonar, no encontraban en sus gastados cuerpos todas las fuerzas necesarias, y era preciso empezar á agitarse algo en las regiones del espíritu, que tanto y tan elevado era el de Gaspar de Trelles, según afirmación

constante de su verdadero amigo Timoteo.

Un día después de almorzar en un café, y tomando como postre azucaradas copas espirituosas, nuestro Timoteo le dijo siguiendo la conversación que tenían.

—Usted debe por su posición, y por su cuna, elevarse grado á grado, y por sí propio, á los más altos puestos del Estado, y en estos altos puestos no deberá serle difícil la subida, porque sus talentos se harán camino despejado y brillante en las escalas de la representación nacional. ¿Qué es un conde si no está cortado á la moderna y empapado en el espíritu de las ideas democráticas, único porvenir del mundo? Primero publicista: nada de versos: todo economía política. Segundo, fundador de un periódico, órgano imparcial de los sentimientos liberales del país; en seguida y como natural resultado de la pubicación periodística, diputado á Córtes, y en la primera ocasión en que se ha-

ga valer el grupo ó fracción que le dirija, Ministro.

Esto fué lo que Timoteo dijo á su amo y amigo; y su amo y amigo no necesitó más para la fundación de un periódico, órgano imparcial de los sentimientos liberales del país.

El ayuda de cámara, mayordomo, amigo y administrador, de todo lo que correspondía al heredero del conde de Sotoyermo, fué en seguida nombrado Administrador de *El Clamoreo*, y tal y tal maña diera á sus gestiones y oficios, que á los dos ó tres años de su publicación, había adquirido la propiedad de dicho periódico, retirándose su amo de agregado de embajada á San Petersburgo, donde no sabemos qué pudiera hacer en las gestiones diplomáticas, ni en la ilustraciòn y ayuda de tal cargo.

Miradlo. El Administrador de *El Clamoreo*, no es el de los novillos de su pueblo, ni el corredor de granos y lìquidos, ni el toreador de becerradas, ni el cantaor de flamenco en las huel-

gar; sino un administrador completo de sus intereses, pues sin embargo de tener la propiedad de *El Clamoreo*, no ha querido titularse propietario, y sí continuar con el modesto título de administrador, espiotando á la par que la empresa, al Director ganga que él encontrara y buscara, tanto más ganga que su antiguo amo Gaspar el conde de Sotoyermo.

Hé aquí, pues, en pocas palabras el retrato del administrador, y al mismo tiempo el más verdadero de propietario, puesto que en realidad lo fué nuestro biografiado don Timoteo, al que pudiéramos agregarle, como propietario se entiende, la de enfatuado y encariñado con la posición financiera que representaba tal carácter, abarcando en este sentido otras empresas y negocios, y principalmente algo de tenedor de papel del Estado, intentando y haciendo en pequeña escala primero, y en más alta después, algunas jugadas de bolsa.

EL MÉDICO DE BAÑOS.

Conoceis, lectores mios, al mèdico de baño?

Pues es tan curioso este tipo, que me dareis las gracias despues que os lo haya retratado. Y pues llega la estación oportuna de que se pongan en cura las tres cuartas partes del género humano de las enfermedades que no padecen, allá va mi relato.

Te presento, pues, al señor X., médico de los baños de Z, ó lo que es lo mismo, si quereis al señor Z médico de los baños de X; y no dudamos que llegarás á conocer o perfectamente como si le nombráramos con todas sus letras.

El señor Z, pues, se encuentra sentado en un sillon esperando las consultas.

La tarea va à empuzar.

Un caballero llega, y le dice:

—Estoy aquí desde ayer, señor doctor, y he querido venir á consultaros antes de tomar los baños.

Es muy prudente, le repuso el doctor. ¿Què mal padeceis?

El caballero esplica su enfermedad:

—Perfectamente añade el doctor.

—¿No es verdad que estas aguas me harán un gran bien?

—Sin duda alguna.

—Tomaré un baño todas las mañanas.

—Eso es.

—Y si producen alguna fatiga, solamente los tomarè de dos en dos dias, segun me informó mi médico.

—Teneis mucha razon.

—Por la mañana me beberé tres vasos de agua y cuatro por la tarde.

—Por supuesto.

—Y podré doblar la cantidad si mi estómago lo puede soportar.

—Será muy bueno para vos.

—Permaneceré aquí veinte y un dias.

—Si, ciertamente, es lo que nosotros los médicos llamamos técnicamente una estación.

—Deberé hacer ejercicio.

—Si señor, pero nunca de noche.

—Y comeré cuanto quiera.

—¡Ah! ni, es preciso que sostengais vuestras fuerzas.

—Entonces, podré empezar, desde mañana.

—Ciertamente.

—¿Cuánto os debo doctor?

—Veinte francos.

—Vedlos aquí.

—Venid á verme cinco ó seis veces durante la temporada, es preciso asegurarme de si os prueban bien.

—¡Ah! si, ya cuidaré de importunaros.

—Nunca me molestareis.

—Hasta la vista.

Una señora llega á su vez.

—Señor doctor, dijo mostrándole

una carta, mi médico me ha encargado entregaros esta carta de recomendación.

—No habia necesidad de ello, señora mia; pues yo igualmente me interesa por cuantos enfermos vienen á estas aguas admirables en busca de su salud.

—Sin embargo, me ha parecido conveniente.

—¿Es D. Jeremias quien os asiste?

—S', doctor.

—Es uno de mis mejores amigos. Hemos permanecido juntos mucho tiempo en el mismo hospital. ¿Y cómo se encuentra?

—Perfectamente.

—¿Y se ha casado?

—Celebró su boda hace dos meses.

—Si, en efecto, ahora recuerdo yo he recibido una carta suya dándome parte, pero no pude ir porque me encontraba de viaje.

—Yo tambien fui invitada á la misa y á la comida.

—¿Y qué tal es su mujer.

—Es bastante regular.

—¿Y le ha llevado alguna fortuna?

—Cuarenta mil duros.

—Con esto ya podrán vivir.

—Es un buen hombre, y merece ser dichoso.

El doctor se levantó entonces con el semblante de querer terminar la consulta, y dijo á la señora:

—Ah, en volviendo á Madrid, si lo veis, decidle mis más espresivos recuerdos.

—Así lo haré, doctor, pero yo venía á consultaros.

—Y también á su mujer á quien tengo ganas de ofrecerle mis respetos.

—Os decía, doctor, que yo venía á consultaros sobre los baños.

—Aquí están cerca. á la derecha; se pueden ver desde aquí. ¿Habeis ya tomado el baño?

—Todavía, no.

—Pues id, id pronto.

—La dama puso dos duros sobre la mesa.

—Dispensadme, señora, pero son cuatro.

—¿Qué, no está bien eso?

—No trato de contrariaros, pero justamente por esto quiero haceros una observaciòn. El precio es cuatro duros para todo el mundo. Como cliente y amiga que es usted de don Jeremías, sería muy gustoso de llevaros menos, pero no quiero destruir las costumbres y sentar un mal precedente, puesto que todos los bañistas lo sabrían, y esto produciría muy mal efecto. Mejor no os tomaría nada.

—¡Ah! no, no. Tomad vuestros cuatro duros.

—Gracias, señora: pero usted bien comprenderá que esto no es por mì.

—¿Pues á quien dais vuestro dinero?

—Es solo por los principios.

La dama se retiró entonces arrojando una triste mirada sobre los cuatro duros que había dejado sobre la mesa.

Un caballero aguardaba su turno y penetrò.

—Aquí teneis un enfermo, dijo al doctor algo disgustado.

—Explicadme, pues, lo que teneis.

—Estoy aquí ya hace ocho días y sigo exactamente el tratamiento de la enfermedad.

—Haceis muy bien.

—Cuando se viene á los baños para curarse es preciso cuidarse. Ayer precisamente he encontrado un médico de mi conocimiento, que me ha dicho que si yo permanecía cuatro días más aquí, no podría estar seguro del resultado.

—¿Y cómo se llama tal estúpido?

—¡Ah! es un hombre muy instruido y no visita á nadie como no le paguen dos duros por cada visita.

—Su nombre.

—No lo recuerdo, porque tengo muy mala memoria; pero es el médico de los baños termales próximos aquí.

—Y os diría por lo tanto que aquellas aguas serían las que os aprovechasen.

—Y me ha afirmado que si seguía este consejo, curaría inmediatamente.

—¡Miserables, murmuró el doctor entre dientes! venir con supercherías á llevarse mis enfermos.—Si tomais tales aguas, añadió en voz alta, de seguro sois hombre perdido.

— Esto es precisamente lo que me ha asegurado me sucederá si aquí me quedo; así es que estoy disgustado.

—Pero os encontrais mal con el tratamiento que aquí....

—No.

—Lo veis.

—Pero permitidme, doctor, desde hace algunos días esperimento alguna mejoría; pero la verdad es que desde que encontré al otro médico, no me siento muy bien del todo. ¿Qué hacer, pues?

—Quedaos.

—¿Y el otro doctor?

—Es un idiota.

—Pues para luchar y vacilar como me sucede entre estas dos opiniones, lo mejor es irme á Madrid, y lo más pronto posible.

En Madrid se curó, efectivamente.

La salida de este último dió lugar á la aparición en la cámara del doctor de una familia entera.

El marido fuè el primero que tomó la palabra.

—Señor doctor, le dijo, venimos á los baños, porque mi esposa, que sufre bastante, se los han recomendado.

E doctor nada le contestó á esto, sino con un movimiento de aprobación, y el marido entonces, despues de esplicarle la enfermedad de su mujer, continuó:

—¿Y creeis, pues, señor doctor, que sienten bien estas aguas á mi esposa?

— Lo mismo que esta señorita, respondió el doctor dirigiéndose á una jóven de 16 años. ¿Es hija vuestra?

—Sí señor, contestò la señora adelantándose.

—Pues entonces tambien deberá tomar estas aguas por el mismo motivo.

—Pero si yo estoy perfectamente, añadió la jóven.

—No importa; tengais ya los primeros síntomas de la enfermedad de vuestra madre, y conozco bien estas enfermedades.

En esto el doctor, dirigiéndose á un jovencillo abotargado de unos catorce años, continuó:

—¿Es tambien hijo vuestro este chico?

—Sí doctor, repuso la señora casi interrumpiendo á su marido que iba á hablar.

—Pues tambien está atacado del mismo mal.

El marido entonces con un gesto de triste reproche, dirigióse á su mujer.

—Puedes envanecerte, amiga mia, de haberme dado tales hijos.

—¿Y con esto que yo tengo no iré al colegio?

—Al contrario, hijo mio, contestóle el doctor.

—De modo que segun eso, añadió el esposo, nadie hay aquí fuerte, sino yo.

—Siento deciros que estais en el error más craso. Estais malo sin apercibiros de ello, y estos casos son mucho más graves, por no fijar en ellos la atención.

—¿Quereis burlaros?

—Un médico en el ejercicio de sus funciones no se permite jamás ninguna burla.

—¿Qué tengo yo, pues?

—La enfermedad de vuestra mujer.

—Pero si yo no soy de su familia.

—Eso no importa; es una singular coincidencia, y hélo ahí todo.

—¿Qué es preciso, pues, hacer?

—¡Toma! bañaros con toda la familia.

—Cuán contento estoy de haberos venido á ver. Vaya, cuánto os debo.

—Os he dado una consulta de familia; así es que habeis tenido una enorme economía, pues en lugar de 20 duros, solo os costará diez.

—Me alegro, pues, de la ventaja de estar todos enfermos.

—Ciertamente, dijo para sí el médico, porque pudiérais estar peores si estuviérais en la cama.

Ya conoceis á bañistas y al médico de baños: con que id mis lectores á curaros del calor.

EL CASTILLO DEL TENARE.

Traducción.

—¡Loth! Lieuw-Saint-Pierre, gritó el conductor al detenerse el tren de Bruselas á Queevraín, delante de una estaciòn.

Un jóven y un antíguo criado descendieron de un coche de primera clase. En seguida, dirigiéndose por el terraplén del embarcadero, el criado entregó los billetes y el talón de sus equipajes al jefe de la estación, buscando con los ojos un faetón.

Un mocetòn se aproximó á los viajeros, haciendo girar en sus manos una gorra de piel, y en la que en una

plancha de metal se ostentaba una locomotora corriendo á todo correr.

—¿Quereis que lleve los equipajes? les dijo.

—Sí, replicóle el criado... vamos á casa de monsieur Mestens; á un cuarto de hora de aquí... ¿Conoceis el camino?...

—Hago todos los encargos de la casa, respondióle el mozo principiando á cargarse los equipajes.

—Eloin, dijo entonces el jóven, tomad mi caja de colores: estos estúpidos la han destrozado casi y temo que los siembren por el camino.

En seguida atravesaron el puente cerrado del canal de Charlerroi, el camino de Bruselas á Vaill, y por último una estrecha senda que ondeaba á través de los campos.

El jóven Pedro Wouters rayaria en los veinte años; jamás habia conocido á su madre, porque habia muerto al darlo á luz; su hermano mayor se habia ahogado en el Escalda, estando bañándose en la punta de Anstruwel,

y José Wouters, su padre, hacía ya quince meses moraba debajo de los sauces del cementerio de Stavelot.

Poderosas razones, pues, para estar pálido y triste tenía el pobre niño, y para llevar siempre inclinada su cabeza hácia la tierra, que encerraba todas sus afecciones.

Un día que José Wouters, su padre, había salido de caza, los perros tornaron solos, lanzando lastimeros ahullidos, y haciendo vivos esfuerzos por conducir al campo al jóven Pedro.

Este los siguió temblando. El cazador yacía cadáver, el rostro contra la tierra: en un cenagal, á treinta pasos de la orilla del bosque, había recibido enmedio del pecho la descarga de su escopeta. Cómo era taciturno, y huía del mundo desde la muerte de su mujer y de su hijo, se creyó por un momento si aquel accidente era un suicidio, pero una rama rota que se encontró enganchada en la llave del arma, no dejó ninguna duda sobre

el orígen de esta desgracia: había sido una fatalidad. Al ver el purpúreo y negro agujero rodeado de fuego que todavía quemaba los vestidos de su padre, Pedro lanzó un grito desgarrador, y abriendo los brazos se desplomó en el suelo, como herido del rayo.

Cuando volvió en sí, después de pasadas cuatro horas, no derramó ni una lágrima, ni se le escuchó queja alguna, pero todos se horrorizaron al ver la lívida palidéz de su semblante, y la fijeza vidriosa de su mirada.

Los médicos llamados por Eloin declararon que el jóven Pedro perdería probablemente la razón. Esto no llegó á suceder, más en cambio una terrible enfermedad lo tuvo postrado en el lecho por espacio de seis meses.

Cuando, algo restablecido, pudo bajar al jardín, ayudado de su ayo Eloin, admiraba los vivificantes rayos del sol de mayo, y cada uno le decía que siendo como era jóven, rico y bueno, podría aún ser dichoso.

Pedro estendió entonces sus manos

blancas y temblorosas á la servidumbre que le rodeaba, y sollozó como un niño. Durante mucho tiempo, lágrimas de dolorosa ternura brotaban de sus ojos, cada vez que una flor, un sol hermoso, y los ladridos alegres de sus perros, venían á recordarle la pálida imágen de su madre, la triste escena de las aguas de Austruwel, y aquel fuego que la sangre de su padre no pudo apagar.

Este contínuo y sombrío dolor marchitó su juventud, y rompió todas las fibras de su alma: este cuerpo, débil y delicado, envuelto entre vestiduras negras y sencillas; este ser enfermo del alma, causaba al mirarle una dolorosísima impresión.

Para los nobles y generosos corazones, el huérfano millonario era un desgraciado, digno de interés y de piedad... para otros, el mayor número por desgracia, el rico no es lo que, incapaz de gastar, y sobre todo de prodigar su oro, aparecía como un ser de los más inútiles para la sociedad.

A los veinte minutos de su salida de la estación, el jóven Pedro y su criado Elcin, vueltos los ojos hácia los techos de tejas encarnadas de la aldea, el último se detuvo cerca de un grupo espeso de árbolas.

—Mirad, señor, dijo estendiendo la mano hácia una cortina de álamos... esa alta torre cuadrada de agudo cima, que se levanta enmedio de los árboles y cuyas ventanas oblícuas miran á la campiña, es el castilo de M. Mestens.

—La creía más lejos de la estación, respondió el jóven volviéndose para medir con los ojos la distancia que acababan de recorrer.

—Apretemos el paso, replicó el viejo criado, que yo deseo veros pars caminar bajo estos umbrosos álamos que forman la entrada natural del castillo.

—Este sol me reanima el corazon, dijo Pedro Wouters, respirando con fruición.

No tengas cuidado... este viaje es

un alivio para mí, como tambien le cumplimiento de un deber de reconocimiento. Yo no conozco á M. Mesteus, pero se que él es el mejor amigo de mi familia: hace ocho dias he encontrado la prueba en la correspondencia de mi padre.

—¡Ah! dijo Eloin, ¿sabeis?

—Sé qué en una crisis financiera de esas que destruyen en un momento las fortunas más grandes, mi padre, deudor de una suma importante que no podía pagar, exigió á M. Mesteus cien mil francos, que inmediatamente le prestó sin otra garantía que su palabra. Gracias á esto, José Wouters, atravesando por las pruebas y trabajos más rudos, pudo realizar en algunos años una gran fortuna despues de haber satisfecho su préstamo cumplídamente á su amigo.

—Si no hubiese encontrado tal socorro, mi digno señor hubiese perdido la consideración, y la vida, porque él no hubiera podido sobrevivir á su desdoura. Ha muerto, es verdad, de

una manera bien cruel, pero al menos ha tenido el consuelo de legaros con su fortuna la estimación de todos.

—Yo trataré de probar al amigo confiado y generoso, que el hijo no ha olvidado el gran servicio prestado á su padre.

En esto habian llegado delante de un puentecillo de ladrillos de un solo arco, al fin del cual se abria una linda reja de hierro. El castillo se levantaba enmedio de un islote formado por un brazo del rio.

A pesar de que el sol despedía rayos abrasadores, reinaba en este lugar una muy agradable frescura. La tierra era muy oscura, y las hojas de los árboles de un verde subido.

Parecía que la lluvia hacía poco tiempo había huido ante la aparición del sol, porque se señalaban sobre la tierra húmeda las huellas de nuestros viajeros.

M. Mesteus había ido á Loth, á comprar caballos para la labranza, y no debía tardar en volver.

Pedro Wouters no quiso se avisase su llegada á la señora del castillo.

Para matar el tiempo, principió á recorrer el jardín y el huerto, sentándose en fin bajo un dosel de madreselva, sacando entonces de su bolsillo un pequeño manuscrito envuelto en cuero, y leyó en la primera hoja, escrito como todo lo demás por la mano de su padre, este título estraño:

Libro de deudas y vencimientos de plazo.

CACHET D'ÉCHÉANCES DE UN HOMBRE HONRADO.

A mi hijo Pedro.

«He pagado todas cuantas sumas debía, y espero también poder pagar de otra manera los servicios que he recibido: si yo muero antes de haber podido cumplir con tan sagrado objeto, á tí, hijo mio, te lego y recomiendo el cuidado de hacerlo.... etc.»

Pedro volvió algunas hojas más, y en la décima encontró esta nota:

»Mesteus—su mujer, su castillo.

»Mesteus tiene quince años menos que yo; su padre le ha dejado una mediana fortuna que basta á sus necesidades y á sus modestos gustos. Alto, vigoroso y subido de color, bebe bien, come mejor todavía, y fuma siempre. Es de noble rectitud y franqueza, pero le falta absolutamente la finura. Hace el bien por instinto, y vé las cosas que saltan á los ojos, sin jamás poder prever ni adivinar nada. En su juventud recibía lecciones en Bruselas de un anciano profesor de gran mérito, pero pobre como Job. Este sábio tenía una hija que Mesteus veia diariamente.

»Terminados sus estudios, Cárlos continuó pagando una pensión á su profesor, y cuando lo vió en su última hora, derramando una mirada sobre su hija, de una dolorosa y sublime elocuencia, Cárlos dijo á Genoveva:—Jamás nos apartaremos; vos seréis mi mujer.

»Genoveva recogió, como otras tan-

tas reliquias, los libros y los instrumentos de astronomía, que tanto había amado el anciano durante su vida, y los hizo trasportar á la torrecilla del castillo de Mesteus, que ha bautizado con el nombre de Observatorio.

»Un año después de su matrimonio con M. Mestens, Genoveva dió á luz un niño. No queriendo confiar este inocente y querido ser á manos mercenarias, lo cuidaba y criaba madama Mesteus, con la más apasionada y delirante solicitud; pero su maternal ternura no ha sido bastante para salvar á la pobre criatura. A los cuatro años murió el niño de una enfermedad de languidéz, bastante mal interpretada por los médicos.

»Jamás se ha podido consolar Genoveva de esta terrible desgracia. Desde entonces no vive; solo vegeta. Un mal misterioso destruye su vida sordamente. Mesteus, por el contrario, más fuerte y menos impresionable, ha olvidado más pronto su desgracia. La naturaleza solo para él es pródiga.

Es preciso consolar á la pobre madre; es preciso intentar el devolverle la esperanza y la salud; es preciso amar y querer á todos aquellos que nos quieren y nos aman.»

II.

Una campana se oyó entonces.

Pedro cerró su manuscrito y se dirigió al encuentro de su huésped, que llegaba al mismo tiempo hácia él con la sonrisa en los lábios.

El retrato que José Wouters había descrito en su manuscrito era de una verdadera semejanza.

Después de un mútuo apretón de manos, Pedro se escusó de haber tardado tanto tiempo en venir al castillo de Mesteus, y en seguida le suplicó le concediera una parte de su amistad, que tan preciosa habís sido para su padre.

—¿Para esto tantos cumplimientos? replicó Mesteus soltando una carcajada. Ya os consta que vos sois el hijo de la casa... un hijo pródigo, es verdad, pues se olvida de sus amigos, y al que no podré yo perdonar su ingratitud, ó casi su esquivez, sino despues de tenerlo cautivo durante unos meses en esta terrible torre de los Cuatro-vientos, como dicen las gentes de Lieuw Saint-Pierre.

—Ahora, pues, mi querido señor, respondió Pedro, dadme buenas noticias de mi Alto Borgoña, habladme de las legumbres sabrosas de mi huerto, y de los apetitosos y esquisitos platos de susigos que compone tambien la señora Florkin, mi cocinera.

Pasando entonces Mesteus su brazo por el del jóven, añadió:

—Vamos á empezar por visitar mi morada.

El interior del castillo estaba muy lejos de ser confortable, y de ninguna manera correspondía al carácter histórico ni á la elegancia de su fábrica.

Construido sobre estacas, la alta torre de piedra parduzca, que se levantaba enmedio de la fachada, ostentaba en su cima la fecha de 1610 en caracteres de hierro.

Visto á alguna distancia este castillejo, podía pasar por la casa de ayuntamiento de la aldea, ó el campanario de una ciudad de tercer órden.

—¿Què decir? preguntó Cárlos Mesteus cuando subieron al campanario, desde donde se descubrian todos los monumentos de Bruselas.

—Digo, respondiò Pedro, siguiendo con la mirada las sinuosidades del rio que formaba al rededor de las propiedades una ancha cinta de color sombrío (moiré de desconfervas), digo que esta morada es muy pintoresca. Tal expresión, que á la verdad era muy exacta, no era, sin embargo, nada comprometida.

—Castillo histórico, amigo mio, repuso Cárlos Mesteus golpeando la muralla con el puño... que fuè construido en 1610 por Juan de Keyser,

escudero del archiduque Alberto. ¡Hacia tanto tiempo que yo ambicionaba esta propiedad!

—¿Y la pagariais cara sin duda?

—Veinte mil francos, es decir, un pedazo de pan.

Hace diez años que vivo en este pequeño paraiso terrenal, y cada dia que pasa me envanezco mas de mi adquisición: cuando vine aquí, el notario del pueblo me decía riendo: No permaneceréis mucho tiempo en el castillo del gran escudero mi querido señor Mostens. Vos sois el propietario número 16 que yo he visto instalarse en él desde que yo ejerzo en Lieuw-Saint-Pierre. Pero ahora el bueno del castellano va desconfiando de su profecía. Mis predecesores eran arrogantes señores de Bruselas, que no sabian distinguir un plantío de Casperges de un Cramis de hancots.

Penetraron en el salon, y Mostens presentó su muger á Wouters. Este quedó sorprendido ante la lívida palidéz y el estado de debilidad de Genoveva.

Se sentía al ver sus inciertos y vagos movimientos y al escuchar su voz débil y dulce, que solo un resto de energía que brotaba de su mirada, era lo que únicamente sostenía su débil naturaleza.

Un momento despues pasaron al comedor, donde la comida estaba servida. Mestus sostuvo la conversación, y comió como pudiera hacerlo un individuo de la sociedad nominada *Diente de oro.*

Pedro no se había repuesto aun de sus diez meses de abstinencia, y Genoveva permanecía silenciosa, con la mirada fija en los árboles del jardin.

El comedor era estenso, bien situado, y al mismo piso que el jardin: la frescura que allí reinaba pareció desde el principio agradable á Pedro, pero al cabo de una hora, miró á su alrededor con cierta inquietud como para buscar una prenda de abrigo.

Genoveva estaba sentada frente por frente de las ventanas del jardin, al que Pedro daba la espalda. Despues

de una hora en que el jóven había pasado en conversación con el marido, había ido observando en el rostro de la mujer un singular fenómeno; de afable y sonriente, como al principio aparecía madama Mesteus, se había tornado gradualmente triste y reflexiva, y miraba hácia fuera con una notable ansiedad. El día era sombrío y nebuloso.

Una ligera niebla blanca en pequeños copos rodaba en este momento sobre la menuda y espesa yerba y sobre el rio, y subía lentamente como un velo rizado por delante de las ventanas. Un estremecimiento de frio recorrió todo el cuerpo del jóven desde la cabeza á los piés.

—Un vaso de Alicante, dijo entonces Mesteus llenando el de Genoveva y el de su huésped. Madama de Mesteus apenas llevó el vaso á sus lábios, levantándose de la mesa, y retirándose en seguida del comedor.

Pedro apuró su vaso hasta la última gota para calentarse un poco:

Masters sacó de un armario un cajón de cigarros de la Habana, y continuaron hablando en buena compañía, de bellas artes y política, delante de la chimenea, que la señora Florkin acababa de encender.

III.

A las diez se retiró Pedro á su cuarto y buscó, apurando la punta de su cigarro, la causa probable de la tristeza de Genoveva.

—¿Será realmente desgraciada? se decía. Desgraciada, por ser como yo huérfana. Hace ya mucho tiempo que este dolor debía haber desaparecido. ¿Será por la pérdida de su hijo? También debía estar ya templado. En la soledad á que ella está condenada, la pobre madre no habrá podido encontrar estos consuelos, ó por mejor decir estas reflexiones que moderan el dolor y lo hacen más soportable.

Mesteus, con su semblante rosado y su apetito devorador, ¿no habría también maltratado frecuentemente esta alma herida? No, no; el semblante de Mesteus respira franqueza y bondad; él ama á Genoveva, y no puede causarle daño. Amémosles como mi padre les amaba; yo no tengo el derecho de poder hacer otra cosa. Y se durmió el jóven desvanecido con los vapores del líquido que su huésped le había prodigado á manos llenas.

Bien temprano á la mañana siguiente, Pedro se puso á la ventana, y vió que tal vez había llovido durante la noche, porque los aleros de los tejados estaban humedecidos, y las hojas de los árboles cargadas de perlas que reverberaban á los rayos del sol. Pedro concluyó de vestirse y bajó á saludar á sus amigos. Después del almuerzo, Cárlos Mesteus pasó á su sala de armas y volvió con dos escopetas de caza.

—¡Voto va! dijo Mesteus, dejando

caer la llave, iremos ahora á cazar algunos patos silvestres al pantano.

Pedro palideció y retrocedió dos pasos, rechazando el arma con un gesto de disgusto.

—¡Bah! si no están cargadas aún, añadió Mesteus sonriendo.

—Gracias, amigo mio, dijo Pedro; yo no cazo nunca.

—¡Ah! ¿y por qué?

—No insistais, repuso sencillamente el jóven.

—¡Oh! perdón, perdón, querido mio, repuso vivamente Mesteus, soy un torpe con haber olvidado... y dejó las escopetas en un rincón.

Mesteus estaba en este momento más pálido que el hijo de José Wouters.

El día se pasó como el anterior: las mismas comidas homéricas, la misma tristeza de Genoveva y las mismas nieblas heladas al ocultarse el sol.

Al tercer día y muy de mañana, Mesteus partió para Anvers, donde le llamaba un negocio de importancia.

—Recordad, amigo mio, dijo viniendo á despedirse de Pedro, que en vuestras acciones aquí, sois completamente libre... *libertas, libertatis*; nada de ceremonias: fumad, leed, dibujad ó dormir, si así os parece, sin cuidaros de mi muger, que por otra parte casi siempre está trabajando encerrada en su *observatorio*: estaré de vuelta dentro de dos horas: hasta la vista. Yo os propondría me acompañaseis pero los asuntos judiciales no son nada divertidos.

Apenas quedó solo, Pedro Wouters tomó un libro de la biblioteca de su huésped y se perdió bajo las sombrías arboledas del jardin. En algunos lugares distinguió árboles que careciendo completamente de aire y de sol, tenían una ávida necesidad de existencia, y arrojaban gigantescos vástagos que penetrando la masa de verdura, recibian en la espesura los rayos del sol.

Despues de haber leido algunas páginas, Pedro cerró el libro, y se volvió lentamente por el mismo camino.

—Madama Mesteus, se dijo, debe tenerme en muy mal concepto. Vaya al diablo mi necia timidéz. Mi padre ciertamente no hubiera tratado así á la muger de su hospéd.

En seguida subiendo la escalera de la torre, llamó ligeramente á la puerta del cuarto observatorio.

La jóven vino á abrirle, sonriéndole agradablemente y haciéndole entrar.

—Perdonadme, señora, dijo Pedro, sí interrumpo así vuestros trabajos; pero he pensado que tal vez os sería agradable dar un paseo por el campo, y vengo á ponerme á vuestras órdenes.

—Yo os doy gracias por tan buena idea, amigo mío, respondió Genoveva ofreciéndole una silla... pero yo jamás paseo; estoy de tal manera débil, que el egercicio, tan saludable para otro cualquiera, es para mí una grande fatiga y un inmenso sufrimiento.

—Os gusta mucho el estudio de las ciencias, repuso Pedro dirigiendo la

vista á una mesa cargada de libros, instrumentos astronómicos y mapas; es una grande distraccion.

—Y un grande consuelo, añadió Genoveva con una triste sonrisa.

—Sin embargo, muy pocas mugeres tienen el valor y paciencia necesarios para entregarse á este clase de estudios.

—¡Oh! Yo no soy mas que una aprendiz ignorante; pero si algun dia llego á ser sábia, será para penetrar en el cielo de los misterios que nunca alcanzan los mejores telescopios.

—Estos mundos que ruedan á nuestro alrededor, están á millares de leguas de distancia. ¿Es alguno de estos soles lo que buscais?

—Busco, replicó lentamente Genoveva, al hijo que Dios se me ha llevado.

—¡Ah, señora! si yo hubiese podido adivinar! esclamó Pedro bajando la frente... pero las lágrimas son hermanas, y el recuerdo doloroso que yo os he proporcionado, ha abierto tambien mi

herida... Como vos, señora, puedo tambien buscar en el cielo séres queridos.

Y Pedro se puso á llorar.

—Pero vos al menos no sois culpable, añadió Genoveva, tomando la mano de Pedro, y conduciéndolo delante de un retrato de un niño colgado de la pared.

A cierta distancia, la imágen del hijo de Genoveva, parecía completa en todo su conjunto, pero cuando Pedro se aproximó, notó que estaba en parte borrada, los contornos guarnecidos, los colores de las mejillas y los lábios habian pasado del color de la rosa á lo pardo; mas, algunas partículas de moho, jaspeaban la cabellera de un rubio pálido.

—Mirad, dijo la pobre madre, ese era mi hijo... la humedad de esta casa no quiere respetar ni aun su imàgen: de este retrato que yo habia dibujado con tanta felicidad, no quedarà bien pronto más que polvo, como de su cuerpo querido no me queda ya más que el recuerdo.

Genoveva continuó en seguida detallándole minuciosamente la enfermedad y la muerte de su querido hijo Alberto.

—¡Ah! si yo hubiese sabido entonces lo que he sabido más tarde, esclamó ella sollozando, mi hijo viviría todavía; pero no, no, yo nada he visto, ni nada he adivinado; solamente puedo creer, Dios mio, que os lo habeis querido llevar á vuestro lado, ¡y yo que de aquí no lo apartaba! ¡Oh! ciega y desgraciada madre, que no veia que este aire húmedo, que estos muros helados mataban lentamente hora por hora á tu hijo!...

—Ahora comprendo, dijo Pedro Wouters, vuestra palidéz y vuestra tristeza. Mesteus, que no sospecha el peligro, al cual os espone, sabrá en fin la causa de este mal que os destroza.

—Yo quiero morir donde ha muerto mi hijo, respondió Genoveva.

—Pero esta casa os matará ciertamente.

—No, no, interrumpió Genoveva esforzándose por aparentar tranquilidad; si dolor moral solo altera mi semblante, y aniquila mis fuerzas... os exijo.... os suplico que guardeis el secreto de esta conversación... Cárlos me ama tiernamente... Dejadle en su tranquila quietud... le debo tanto... la madre que no ha podido ver el enemigo que amenazaba á su hijo, no tiene derecho para reprochar á los otros su imprevisión; el mal, amigo mio, ya no tiene remedio.

—Callaré, dijo Pedro, pero sabré encontrar el medio de salvaros á vuestro pesar.

Genoveva sún continuó refiriéndole sus temores cuando cada tarde veia levantarse esta niebla mortal de los *polders*; del piso bajo, ella había subido uno á uno todos los objetos que le eran queridos, para sustraerlos á los efectos de la humedad.

El retrato del niño se había conservado un poco, gracias á esta mudanza.

Aquella pobre mujer fingía una ciencia que no poseía, para permanecer días enteros en su observatorio, rodeada de estas reliquias.

IV.

Esta misma tarde, cuando la niebla penetraba hasta el salón, Pedro y Genoveva cambiaron una mirada triste y dulce.

Por la primera vez de su vida la jóven sentía que un corazón amigo compartía su pena.

Ocho días se pasaron en medio de las distracciones que Mesteus se esforzó en prodigar á su jóven amigo: una transformación repentina se había operado en el carácter de Pedro Wouters...

Cantaba y reia como un estudiante en vacaciones, y el vaso en la mano y el cigarro en la boca, rivalizaba con Cárlos Mesteus, el más fuerte compañero de mesa de toda la provincia

Eloin no comprendía absolutamente nada de este cámbio, pero del cual se alegraba con todas las veras de su corazón.

En cuanto á Mesteus, ya no podía pasarse sin su jóven amigo, á quien apenas dejaba una hora al día en libertad para escribir su correspondencia. Genoveva, ocupada por la mañana en los cuidados domésticos, había permitido la entrada en su observatorio á Pedro con toda libertad. Allí era donde Pedro, lejos del ruido y de importunos, se encerraba para escribir su correspondencia.

Al cabo de un mes de haber permanecido Pedro en el castillo de Mesteus, hizo sus preparativos de marcha.

—Nada de cumplimientos, me decíais, mi querido señor Mesteus, el día en que yo os apreté por primera vez la mano, dijo Pedro acercándose á tomar la de sus amigos. Veamos, hablad me francamente, ¿no me he vuelto yo buen compañero vuestro?

—Vos sois, replicó Mesteus, el jóven más encantador que yo conozco.

—De suerte, repuso Pedro, que no querreis causarme un disgusto.

—Me sería muy desagradable.

—Pues bien, añadió Pedro, no me rehuseis lo que os voy á pedir.

Genoveva le dirigió una mirada suplicante.

—¿De qué se trata? dijo Mesteus.

—Se trata de venir con madama Mesteus á pasar un mes en mi quinta de Bilvolde. Se trata de gastar mis provisiones, de beber mi vino y de que deis escelentes consejos en algunos negocios de sucesión y en cuentas que tengo por liquidar.

—Yo os doy gracias, señor Woutera, respondió Genoveva con embarazo mal disimulado, pero ya os he dicho que salgo muy poco de mi casa, y no conozco más mundo que el que conocí á los tres años. La castellana de Lieuw Saint-Pierre no será un embarazo para vos. Cárlos irá solo.

—No, no, querida mia, repuso

prontamente Mesteus, tú me acompañarás, porque estoy cierto, de seguro, que este viaje te sentará bien. ¿Cuándo quereis recibirnos, mi querido Pedro?

—Lo más pronto que os sea posible.

—Pues bien, entonces ¿dentro de ocho dias?

—Dentro de ocho dias, respondió Pedro apretándole la mano. Señora, añadió dirigiéndose á Genoveva, la muger debe obediencia al marido. ¿No es verdad que vendreis á Bilvolde?

—Iré, respondió ella.

La casa de campo de Pedro Woufera era en un todo el contraste de la de Cárlos Mesteus.

Situada sobre una colina, dominaba todo el paisaje de su alrededor; y era preciso ir á buscar el agua á dos kilómetros de distancia.

En vez de sauces, alisos y álamos blancos, se veian fuertes castaños, encinas y robles. Al estremo del jardin y ondeando y brillando con los rayos

de un sol magnífico, espesas y doradas espigas de trigo. Por todas partes la sequedad, por todas partes la luz.

Pedro habia hecho preparar en el piso principal de la casa una preciosa habitacion para Genoveva. Desde su balcon se dominaba toda la campiña y se veian pasar á un cuarto de legua los trenes de la línea del Norte.

Cuando Genoveva entró en esta morada encantadora, un grito de alegría se escapó de sus lábios, y cayò de rodillas estendidos los brazos hácia un retrato colgado de la pared.

Este retrato era el de su hijo Alberto; de su hijo querido, blondo y rubio como la espléndida naturaleza que le rodeaba.

Este era el secreto de las pretendidas correspondencias de Pedro y de sus visitas de mañana á la pequeña cámara de la torre.

El habia copiado fielmente el pobre retrato, casi desconocido, y le habia dado con el instinto de su corazon la frescura de la juventud.

Despues de esta esplosión de alegría maternal, Genoveva tendió la mano á su huèsped, que en pié detrás de ella esperaba el efecto de su sorpresa.

—¿Veis bien, le dijo, como aún os restan algunos dias felices?

A fuerza de combinaciones, diversiones y pretestos, Pedro Wouters logró detener dos meses en Bilvolde á sus queridos amigos.

Genoveva se fué restableciendo paulatinamente, como una flor bañada por el rocío, y Mesteus, maravillado de lo que él llamaba el régimen del amigo Wouter, le decía riendo:

—Mi querido doctor: ¿con que vuestro placer es traeros y restablecer á los enfermos en vuestra casa de sanidad?

Al fin del tiempo ya dicho de los dos meses, una mañana vino una mala noticia á entristecer por unos momentos á los huéspedes de Bilvolde. Cárlos Mesteus perdia en unos negocios que tenía en Anvers una buena cantidad.

—Veamos, dijo Pedro á Cárlos Mesteus cuando pasaron dos días de estos, ¿quereis que yo os haga ganar de un solo golpe el dinero que habeis perdido?

—Sin duda me alegraría mucho.

—Pues bien; uno de mis amigos tiene mucha gana de adquirir vuestro castillo de Lieuw-Saint-Pierre, y os pagará al contado el doble de su verdadero valor.

—¡Diablo! es que yo tengo cariño á esta finca.

—Pues, amigo, valdría ciertamente hasta unos setenta mil francos... y puesto que vos no teneis caza por allí...

—¡Caza de agua! replicó Mesteus arrojando un suspiro.

El contrato de venta se firmó el día del aniversario del matrimonio de Genoveva.

En este día después abrió Pedro el manuscrito de su padre é hizo una raya al párrafo relativo á Mesteus y escribió al márgen:

«Hoy 15 de agosto he pagado una deuda sagrada. Comprando el castillo de M. Mesteus, he salvado á Genoveva.»

Un año más tarde, Pedro recibió la visita de sus amigos.

—Mi querido Pedro—la dijo el cazador—¿quereis ser el padrino de mi hijo? Espero que este vivirá.

—Le llamaremos Pedro, añadió Genoveva, porque este nombre lleva la felicidad.

—Acepto con alegría, respondió Pedro besando á Genoveva en la frente.

—A propósito, añadió Mesteus; ¿no sabeis que vuestro amigo es un escéntrico perilán? ¿Pues no ha mandado arrasar mi castillo y ha sembrado en toda la estension de la isla legumbres de todas clases para los hospicios de Bruselas? Hay gentes que no respetan nada. Un castillo del año 1610, donde Juan de Reisen rindió su alma á Dios....

Un suspiro levantó el pecho de Ge-

noveva, que murmurò silenciosamente un nombre.

—Por fin, repuso Pedro con una sonrisa cariñosa, ya no morirá allí nadie.

BOCETOS SOCIALES.

La prensa.

El reporter.

Figuraos uno de esos muchachos que desde los extremos más apartados de España, se descuelgan en el centro de Madrid, ó ya lanzados por sus padres, para que busquen la vida, ó ya ellos escapados del hogar paterno para huir de sus estrecheces y miserias, y también tras de las emociones de lo desconocido, de las aspiraciones á lo mejor, soñando la vida feliz en todas sus manifestaciones.

A unos los habreis visto llegar y pagar el pato, como vulgarmente se

dice, y estos son los más, poniéndose de servidores de los últimos sirvientes de Madrid; de conductores de equipajes de las estaciones; de aguadores, llevando sin poder las cubas de otros aguadores más experimentados; de mozos de cordel, sirviendo y ayudando á los verdaderos mozos; ó en tiendas de especerías, de jabon, de ultramarinos. Pues bien, uno de estos chicuelos, que no se pudo colocar en ninguna parte de estas, se lo trepezó un estudiante de leyes en la calle de la Montera, y creyéndolo un granujilla merodeando por aquellos lugares, lo llamó y le dijo.

—Cinco perros chicos, si entregas esta carta á aquella señorita que está comprando con su mamá.

—Corriendo; contestole el muchacho.

—Aguarda, aguarda; pero no entiende que he de ser, sin que lo vea su dicha mamá cancerbero, que es aquella señora delgada y alta que la acompaña.

—Aceptado. Venga el papel,

El estudiante se lo largó, y el muchacho se deslizó entre la multitud de vagos en exibición, que siempre pululan en aquellos centros, siguiéndolo ávidamente con la vista para conocer el resultado de su empresa.

Llegar el muchacho corriendo, penetrar en la tienda, como quien huye, tropezar en la vieja delgada mamá de la niña, y en el susto y sorpresa de la pobre señora, entregar la carta á la señorita su hija, fué todo uno.

Apenas se produjo el natural embrollo con este accidente, y aún todavía con las esclamaciones de susto de la vieja, el muchacho ya estaba al lado del estudiante dando noticia de su comisión.

El estudiante que lo habia visto todo, no le dejó casi que lo contara, y le entregó en vez de cinco perros chicos prometidos una porción de ellos que se aproximaba á una peseta.

El muchacho en vez de tomarlos salió corriendo escapándose de las miradas del estudiante.

Como el pensamiento de este era la jóven, tras de ella siguió olvidándose del chicuelo; pero este ocultándose, seguía tambien paso á paso al estudiante.

Despues de recorrer calles y cafés y haber conocido donde moraba la jóven á quien siguieron, el estudiante á una hora ya bien avanzada de la noche fué á penetrar en su casa. El muchacho se le presentó entonces.

—¿Porqué no tomaste el dinero.?

—Porque quiero estar con V. de criado.

—Bueno. Vuelve mañana.

—Eso no puede ser, pues no me voy. No tengo ni casa, ni familia, ni nada. Aquí guardaré.

—Entra.

El muchacho quedó alojado por aquella noche; y á la mañana siguiente, con beneplácito de los demás pupilos, y de la dueña, quedó instalado de ayuda de cámara universal, y de corre-ve-y díle de aquella juventud alegre y de aspiraciones.

Servía á todos con una solicitud y acierto admirable, y principalmente habia que oirle despues de volver de cualquier recado, la multitud de noticias que traia. En el tiempo que tardaba, que era el preciso de hacer su comisión, parecía que habia recorrido Madrid entero, pues contaba la noticia de que una jóven que se habia arrojado desde un terrado en la Costanilla de la Veterinaria, no le habia sucedido nada: que habia sucedido un robo con fractura y escalamiento, en una casa de la bajada de San Vicente; que habia aparecido un recibo del Cardenal Cisneros en un tabique de la calle de Cervantes; que se habia hundido la casa fronteriza del teatro de Variedades, y otras mil y mil noticias que aun todavía no las habian dado los periódicos, y que despues se veian aparecer en ellos.

Reporter le llamaron por unanimidad, poniendo en moda por primera vez esta palabra en nuestro idioma; y efectivamente, andando los tiempos,

en reporter se convirtió, siendo uno, quizá el primero en su género en nuestra España.

Además de las ocupaciones con los estudiantes, que no le daban un punto de descanso, quitándose las horas precisas del sueño, logró aprender por sí solo, con los libros de sus protectores, multitud de conocimientos, siendo aficionadísimo á los poetas algo libres, Spencer, Lafontaine, Bocaccio, y el Aretino, de los cuales se sabía muchos versos de memoria, que mezclaba con muchos cuentos de Voltaire.

Sus conocimientos y su ilustración llegaron á ser notabilísimos, alcanzando, entre otros, hablar correctamente el francés, el italiano, el inglés y el alemán.

Toda aquella pléyade de sus jóvenes amigos y protectores, fué elevándose gradualmente á los altos puestos del Estado, y todos ellos conservaron siempre su amistad para nuestro jóven.

Con dichos sus jóvenes amigos, que llevaron á efecto la empresa de una publicación política, fué donde ya oficialmente sentó plaza de reporter.

Después en otra y otra empresa nunca quiso dejar de ocupar este puesto, hasta que el año pasado, encontrándose ya cansado y viejo y con una buena renta, se retiró del servicio de su profesión para dedicarse á su placer favorito de estudiar.

Como este cargo, esta profesión, la ha ejercido de incógnito, á lo menos sin popularizar su nombre, no sabemos, es decir, no lo podemos asegurar, si él fué ó no quien habiera con Bismarck y Cárlos VII; Napoleón III y el Mahdí, y otros muchos célebres personages de nuestra época, en sus diversas escursiones.

Lo que sí verdaderamente sabemos, es que hoy es una eminencia de ilustración y de riqueza.

El corresponsal.

En este género tenemos dos tipos: los corresponsales estacionarios que dan noticias á las publicaciones periódicas de la corte; ó los que de la córte las envían á los de las capitales de provincia y pueblos principales; y el pagado por las mismas empresas periodísticas que corre como una exhalación tras de los acontecimientos notables de viages régios, de exposiciones, de inundaciones, de terremotos, de avalanchas, de incendios, de trombas y de ciclones, y demás del género, de interés para la curiosidad general.

El primero, primero, está descrito en brevísimas palabras.

Este es un escritorzuelo, un mal poeta, ó una pesadilla del invento de Gutemberg, que no encontrando medio de satisfacer su comezón de publicista, buscando, y buscando, le der

para alguna que otra vez la fortuna, de un accidente más ó menos importante acaecido en su localidad, y escribiéndolo diez veces á diez distintos periódicos de Madrid, encuentra por fin uno que le publique la noticia, y desde ese día acepte las que con igual motivo le remita.

El primero, segundo, es un empleado de cualquier ministerio de cualquier categoría; pero de influencia bastante proporcionada, con sus relaciones, para tener la obligación de no hacer nada en su cargo, sino el de cobrar la nómina á fin de mes; y que sin embargo asiste diariamente á todas las oficinas de todos los Ministerios, y además á las sesiones de córtes y del Senado con targeta de periodista, y ya en este centro ò en otros, escribe sus correspondencias á provincia, logrando alcanzar gran número de ellas, y echa sus cartas en el buzón oficial, y grátis, de aquellos centros.

No hace pues màs que el gasto de actividad y diligencia, ahorrándose el

papel y tinta y sobres y sellos de correos, con lo cual junta y junta, llegando un dia en que teniendo lo bastante, abandona este cargo, reduciéndose sola y únicamente á sostener su empleo, que llega á ser eterno.

El segundo, ya es otra cosa más importante, y vamos á fotografiarlo como mejor podamos concluir el cuadro de nuestros bocetos de la prensa.

En la redacciòn de un periòdico se encuentran varios jóvenes de carrera, de porvenir, y sobre todo de aspiraciones, y no solamente ellos cacarean los pingües sueldos que disfrutan, sino que ni la empresa ni el propietario se cuidan de desmentirlo, sin embargo de que no les abona un céntimo. En esta misma redacción, puesto que la publicación que sostiene se ha elevado á gran de altura de rendimientos metálicos, por la sencilla razon de que no sostiene ningunos ideales políticos, y si solo su objetivo es criticarlos y pulverizarlos todos, ha creido su propietario y director, conveniente el pa-

gar un corresponsal viajante, para que persiguiendo los accidentes y acontecimientos, dé cuenta de todos sus más minuciosos detalles.

Todos los redactores en aquella publicación, se encuentran con iguales merecimientos, y todos tienen sobrada influencia para ser nombrados en tal cargo; pero el Director y propietario, echando sus cuentas, entiende no convenirle desprenderse del Redactor hacendista y economista, ni del traductor de los periódicos extrangeros, ni de otros que llevan el trabajo de los artículos de fondo; y entonces fija su cálculo en un gacetillero, en el revistero de Toros, y en el de salones y teatros.

Entre estos tres duda, pues no tiene mucho de Sèneca, y á estos tres llama á su despacho para deliberar con acierto.

El gacetillero no tiene más delicia, que los garitos y las Aspasias. El de los Toros, los cafetines de mala muerte, las mesas de villar del café de Pa-

ria, y las huergas de cantaores y toreros, cosa muy natural; y al tercero, los teatros y los salones en que por su pulcritud, su noble nacimiento, y buenas relaciones, á pesar de estar casado, siempre sostiene pretensiones de Tenorio, y esto no con poca razon, pues es un mozo gallardo, lo cual le hace huir de su casa más de lo regular, y tener en bastante abandono su muger y su familia.

Larga conversacion sostuvieron los tres ya anunciados y el Director, y por último, no sabiendo de qué manera resolverlo, se buscó y se acordó por unanimidad, que el primero que pasase por la calle lo resolvería haciéndole solo una pregunta: la cual fué, que, qué era en la vida lo más terrible para un hombre.

El Director llamó y se presentó el portero.

—Al primero que pase ruéguele V. tenga la bondad de entrar.

El portero salió y á los pocos minutos apareció con un hombre de vi-

vacidad sin límites, y con movimientos nerviosos, y de grande sobreexcitación.

—¿Qué se os ocurre? preguntó al Director, despues de haber saludado atentamente.

—Haceros una pregunta para la resolución de una apuesta.

—Si puedo, la satisfarè. Indícadmela.

—Que, què es lo más temible para un hombre en la vida.

—Toma! Su suegra.

—Mil gracias.

—¿Necesitais mas?

—No. Espero que nos dispenseis.

—Estoy á sus órdenes.

Y saludando nuevamente, se retiró el caballero nervioso.

Entonces el director, manifestò.

—Creo que nuestra cuestión está sobradamente resuelta. ¿Cuál es vuestra opinión?

Todos unánimemente estuvieron conformes con que el que debiera ser nombrado de corresponsal, era el jó-

ven pulcro y aristócrata, pretencioso de Tenorio, revistero de teatros y salones, que tenía abandonada á su mujer por huir de su suegra.

Y efectivamente, á este se le expidió el nombramiento, que llena en la actualidad cumplidamente con tan incansable celo, que muchas veces tiene que desandar lo andado, por quererse anticipar á los hechos que preves, y otras muchas por esta causa de celo y de precipitación, tal vez viajando en globo, ó más bien en proyectil de ocasión como el viage á la luna de Julio Verne, pues de otra manera no sería posible; con el intérvalo de 48 horas, escribe desde Berlín un estreno de ópera, y el debut de una nueva cantante, y posteriormente una gran parada llevada á efecto por el Bey de Tunez, en la que revistó quinientos mil hombres, y ocho mil camellos, en los llanos fértiles y magníficos del Sahara; noticias, *lapsus*, indudablemente.

En expediciones difíciles para dar

cabida á personas extrañas que no fueran de la comitiva, se cuenta que para introducirse se ha disfrazado de ayuda de cámara, y de otros modos más desfavorables.

Ultimamente en una ocasión tomó el trage de mozo de cordel, solamente para entrar en la estación, viajando después hasta la primera parada en el wagón de los equipajes.

Que es un notable corresponsal, lo dice la avidéz de los lectores por leer sus correspondencias, que en lo de detalles, no tienen igual, ni quizá lo tengan andando los tiempos.

Un ejemplo.

Habla de la vía Apia en Roma; solamente que pasa por ella.

«Cruzaba, tendido en la berlina, fumando, mirando, oyendo todo el movimiento, todo el ruido, de todos los hombres, las mujeres, los niños, los perros, los pájaros, de las ventanas y del aire, de los animales, de los coches; de los insectos, del viento; y con todo, casi nada veia ni sentía, pues

su pensamiento y sus ojos solo contemplaban dicha *strada*, ó calle, cuando estuvo poblada en lejanísimos tiempos, de un inmenso huerto de apios.»

A qué seguir.

La reputación de este corresponsal es inconmensable, y como no suceda otra cosa, creemos que seguirá siéndolo hasta que acabe.

Cuando termine su carrera ó la deje, será porque habrá fallecido su suegra.

Debemos advertir, por último, que los errores apuntados en la redacción de sus correspondencias, no fueron nunca por ignorancia, sino solo por precipitación é irreflexión.

EL PRECIO DE LOS PICHONES.

Traducción.

Era el 15 de Setiembre de 1837, y á la hora en punto de las ocho de su mañana, cuando mi cartero subió en una casa de la calle de Mealay, una de las calles más silenciosas de París, á pesar de que atraviesa uno de los barrios más ruidosos del mundo; y dejando una carta sobre la mesa del portero, dijo á este, tendiéndole la mano para recibir su precio:

—Mr. Lebrun, tres cuartos.

—Ahí los teneis, le contestó el portero recogiendo la carta y colocándola en la casilla del inquilino á quien iba dirigida.

Ahora, pues, ¿habeis meditado alguna vez sobre el contenido de una carta que no podeis abrir; sobre esa esfinge de papel doblado en cuadro, que va á llevar de un punto á otro de la tierra la alegría, la tristeza, la esperanza de alguno, quedando silenciosa para aquellos por cuyas manos pasa antes de llegar á su destino?

¿Habeis apreciado y calculado sus beneficios?.. Tal vez os habreis dicho: la carta es la aproximación de las distancias, un apreton de manos por encima de las montañas; es la cadena invisible que une los pueblos entre sí. La carta tiene dos caras, como Jano; es habladora y muda; lo encierra todo, y no dice nada; está llena de interés, sentimiento ó ingenio para aquel ó aquella á quien va dirigida; es absurda é ininteligible para un tercero que la lea por casualidad.

Tomad veinte cartas y leedlas al acaso: la una será una carta de negocios, la otra una provocación, aquella un convite, y sin embargo; antes de

ser abiertas, todas tenian la misma fisonomía, todas estaban cerradas de la misma manera, y llevaban el mismo sello, es decir, la misma máscara. ¿No es esta la imágen de la vida? ¡Qué de diferentes emociones bajo esta forma humana que se llama hombre y que nunca varía! Arrojad un dia al fuego la carta que más impresión os haya causado al recibirla, y despues de unos instantes en que veis torcerse y rechinar sus caractéres al contacto destructor de las llamas, todo habrá concluido, y no os quedarán ni aun las cenizas de ese pasado destruido por el fuego. Así el libro de vuestro corazon, si lo habeis abierto por curiosidad, habreis encontrado dentro de él un nombre y habreis sido dichosos; despues este nombre habrá desaparecido, y os habreis vuelto indiferentes; pero para la destruccion de este nombre, no habreis tenido necesidad de quemar el libro de vuestro corazon como hicísteis con la carta. El nombre se ha borrado él solo, y la página

escrita se ha vuelto una página en blanco, pero que se desvanecería quizá como el polvo si quisiéseis despues escribir alguna cosa.

Sigamos nuestro relato.

Hemos dicho que el dia 15 de Setiembre de 1837 trajo el cartero una carta para Mr. Lebrun, habitante en la calle de Mesiay.

Quién era este Mr. Lebrun, y què contenia esta carta, es lo que vamos á referir.

Mr. Lebrun era bastante grueso y de cerca de unos cuarenta y cinco años, que habia hecho una fortuna regular comerciando en telas, y el cual se encontraba solo con su hija desde el fallecimiento de su esposa.

Veamos el orígen de la carta. Mr. Lebrun era feo, pero su hija encantadora; Mr. Lebrun era estúpido, y su hija tenía talento; Mr. Lebrun era grueso, pero su hija esbelta y elegante: en fin, Mr. Lebrun era egoista, pero su hija era generosa; y sin embargo, á pesar de los defectos que

adornaban á su padre, la señorita Lebrun manejaba como quería al autor de su existencia, y lo llevaba de la punta de la nariz, como vulgarmente suele decirse.

Cuando aquella mañana la criada de Mr. Lebrun bajaba para ir á la compra, la portera le entregó la carta que acababa de recibir su marido, y de vuelta de su compra la entregó á su amo, el cual estaba sentado delante de su bufete y ocupado en su correspondencia, envuelto en una bata rameada de colores chillones, semejando cachemira.

Ya hemos dicho que Mr. Lebrun habia sido comerciante durante muchos años, y desde entonces no habia perdido la costumbre de despachar sus corresponsales y escribir sus correspondencias del reino y del estranjero; verdad es que Mr. Lebrun hacia ya unos cinco años que no tenia negocios algunos, pero esto no obstaba para que él estuviese en la creencia de que los tenia, y no hubie-

se dejado ni un día solo de escribir cuatro ó seis cartas lo ménos, y á las ocho de la mañana en punto. Lo que escribía en sus cartas, y á quiénes las escribía, tal vez ni él mismo lo hubiera podido decir; pero lo cierto es que él escribía y escribía, y se daba el aire y el tono de un hombre de grandes ocupaciones, cuando precisamente esto era lo que hacía falta á monsieur Lebrun. A propósito de esto, monsieur Lebrun había encontrado en sus meditaciones una frase de que estaba muy satisfecho, y que repetía á menudo acompañándola con su música habitual de hombre de negocios: —Yo estoy seguro, decía, del día en que me ha de morir.—¿Cuándo morireis? le preguntaban; y contestaba satisfecho: —La víspera del día en que no escriba mis correspondencias.

Mr. Lebrun se encontraba, pues, en su bufete, y por ver mejor lo que escribía, se había levantado los anteojos sobre la frente; pues como habreis notado sin duda, cuando un

hombre que lleva anteojos quiere ver bien una cosa, los levanta hasta la mitad de su frente, ó los baja hasta la punta de su nariz, á fin de ver por encima ó por debajo. He notado esto tantas veces, que he llegado á creer que no hay más que gentes perseguidas por la justicia, que quieren ocultar sus facciones llevando contínuamente gafas, ocultando sus ojos y haciendo esfuerzos por ver al través de un cristal.

Por una gran casualidad, Julia, este era el nombre de la señorita Lebrun, se encontraba al lado de su padre, cuando la criada, al volver de la compra, le entregó la carta que le había dado la portera. Decimos por casualidad, porque Julia no se levantaba generalmente antes de las diez y media, para desayunarse á las once. Un ligero rubor que coloreó sus mejillas al ver la letra de la carta que su padre iba á abrir, á cualquier observador que allí se hubiese encontrado le hubiera dicho que esta carta mati-

nal no era inesperada para ella, ni casualidad la levantada de Julia tan temprano, ni tampoco la de encontrarse al lado de su padre.

Hemos dicho que Julia era encantadora, y solo falta demostrarlo. Era de mediana estatura, y con cabellos negros y espesos, ojos azules, tez de rosa, dientes blancos, hombros turgentes, cuerpo delgado, pierna redonda, brazos torneados, manos delicadas y suaves, y pié pequeño. ¡Oh misterios bienhechores de la naturaleza ó de la civilización, que dais hijas bellísimas á padres horribles; sed benditos sin discusión, y aceptados sin exámen!

—¡Diablo! dijo Mr. Lebrun, mirando y remirando el sobre de la carta; en verdad, yo no conozco esta letra. Y en esto, revolviéndose sobre el asiento de su sillón, forrado de tafilete, se mordía la punta del dedo índice, queriéndose entregar á sérias meditaciones de quién sería tal letra; y volvía á mirar y remirar y estudiar el sobre de la carta.

—Abrela, papá, y verás de quien es; dijo Julia poniendo sus brazos sobre el respaldo del sillón, é inclinándose á su padre encendida y temblorosa.

—Tienes razón, dijo el padre, y despegó el sello cuidadosamente.

Nos apoyamos en estas palabras, porque Mr. Lebrun era uno de esos hombres que conociendo que todas las palabras de una carta son de la más alta importancia, no rompen, sino no despegan el sello, para no llevarse por demasiada precipitación una palabra, que pudiera hacer perder con su ausencia á la carta toda, ó al menos á la frase de donde fuese arrebatada una parte de su sentido, ó su sentido entero.

—¡Ah! es de Mr. León, dijo Mr. Lebrun después de haber leido apresuradamente la firma.

—Verdaderamente, contestó Julia.

—¿Qué puede tener que decirme este jóven? repitió Mr. Lebrun principiando á leer... veamos.

Para ello Mr. Lebrun procurò tomar una postura perfectamente cómoda.

II.

Despues de pasados unos momentos, en que se ocupó en colocarse bien y arreglarse las gafas, Mr. Lebrun leyó en alta voz lo que sigue:

«Amigo y señor mio: Vais á encontrar esta carta muy estraña y mi petición muy atrevida.»

—¡Qué linda letra tiene el pícarillo! se interrumpió Mr. Lebrun; ¡qué mano para un tenedor de libros! Desgraciadamente para él, no lo es; continuemos:

«Y mi petición muy atrevida, repitió Mr. Lebrun apoyándose en estas palabras; pero yo no puedo resistir por más tiempo los deseos de mi corazon, y si debo morir, quiero morir por vuestra respuesta.»

—¡Qué quiere decir todo esto! volvió á interrumpirse admirado Mr. Lebrun.

—Continuad, papà, le repuso Julia.

El ex-mercader de telas continuó así.

«Yo amo á vuestra hija, y creo que ella me ama también.»

Como un gato, si esto fuese posible en su volúmen, saltó Mr. Lebrun de su asiento al leer estas frases.

—El te ama y tú le amas, dijo Mr. Lebrun dirigiéndose á su hija. ¿He leido yo bien?

—Sí, padre mio.

—¿Y lo confiesas?

—¿Qué tiene de estraño? Mi madre os amaba mucho, y yo puedo tambien amar á Mr. Leon.

—Es verdad, sí, pero yo era comerciante.

—Si es eso, pues, por lo que mi madre os amaba, respondió Julia con la mayor sangre fria precisamente por lo contrario es por lo que yo amo á Mr. Leon.

—¿Pero qué es lo que quiere?

—¡Toma! quiere mi mano.

—Demasiado atrevida es tal petición: ¿pero cómo sabes tú que lo que pide Mr. Leon es tu mano?

—Porque me dijo ayer que iba á escribiros para pedíroslo.

—¿Con que segun eso hablais á hurtadillas?

—Sí, papá.

—¿Muy á menudo?

—A menudo.

—¿Y qué te dice cuando hablais?

—Me dice que me amará siempre.

—Y tú le respondes?

—Que le amaría hasta el fin de mi vida.

—¿Y cuándo os hablábais así?

—Cuando yo os servía el té.

—¿Con que á mi vista pasaba todo esto?

—Sí señor; siempre.

—Y yo, con todo, sin ver nunca nada.

—Es que ver, papá mio, no podeis ver nunca nada, pues siempre teneis puestos los antojos.

—Está bien, dijo Mr. Lebrun levantándose algo amoscado y doblando la carta; muy bien, señorita. Os volveries al colegio.

—¿Y què haré yo allí? le respondió Julia, con un tono que probaba bien claro que no temia en nada las amenazas de su padre, pues estaba siempre segura de hacer su voluntad.

—Os aguardareis hasta que yo os encuentre un buen marido.

—¿Escogido por vos, papá?

—Sí, sí, escogido por mí.

—¡Ah! pues entonces no me casaré con él.

—¿Que no os casareis con él?

—No, papá, como no sea otro que Mr. Leòn.

—¿Con que Mr. Leon es el hombre predestinado para vos?

—Sí.

—¿Y no quereis otro?

—No.

¿Y creeis tal vez que yo consentirè en tal casamiento.

—Sí, papá.

—Voy á escribir á Mr. León para que no vuelva á poner más los piés en esta casa, dijo Mr. Lebrún, haciendo esfuerzos por poner una cara más feroz.

Pero Julia, impasible, continuó:

—¡Oh! yo lo veré, sin embargo, como antes.

—¿Y por dónde?

—Por mi ventana; y además le escribiré.

—Le escribirás. ¿Y qué le escribirás?

—¡Toma! que yo le amo mucho; que vos sois un tirano, y que cuando sea mayor me casaré con él á pesar vuestro.

—¿Y de dónde, de dónde has tomado tan bellos principios?

—Los he leido.

—¿En qué libro?

—En el código.

—¿En el código has dicho? ¿Quién pudiera creer que ese tabernáculo de los derechos de los hombres y de las leyes sociales encerrara semejantes cosas?

—En el código, sí, señor; artículo

227 del capítulo que trata de los derechos de los hijos que son mayores de edad.

—¿Sabes tú la dote que tendrás cuando te cases?

—Sí, papá, sesenta mil francos.

—Yo te suprimiré la dote.

—Vos no podeis: esa es la herencia de mi madre, y á mi mayor edad tendreis que darme cuenta de ella. Artículo 86, capítulo de las tutelas.

—¿Y quién te ha dicho á tí que esas cosas están en el código?

—Bien sabeis que Mr. León lo sabe todo.

—Pero en cambio, Mr. León no tiene nada.

—Poco importa eso; él hará fortuna.

—Jamás.

—Esto vos mismo lo habeis dicho.

—¿Yo?

—Sí, vos: yo os he oido mil veces cumplimentarle por su gran instrucción, añadiendo además que en ella tenía asegurado su porvenir.

Vamos, papá mio, continuó Julia

cariñosa; volveos á sentar, y hablemos como amigos.

Así lo hizo enseguida Mr. Lebrún, y Julia se colocó sobre sus rodillas.

—Vos me quereis mucho, ¿no es así? añadió Julia con gachonería, arreglando el nudo de la corbata de su padre; —y esta sola es la causa por la cual no quereis que me case con Mr. León. Pero si yo os dijera que es preciso se haga este casamiento, ¡qué me contestaríais!

—Que no.

—¿Que no?

—Oye Julia, y sé razonable. Monsieur León no tiene sobre qué caerse muerto, como vulgarmente se dice, y tú no podrias ser dichosa casada y con tres mil libras de renta, dado caso de que se pudieran colocar tus sesenta mil francos al cinco por ciento, lo cual es difícil en los tiempos que corremos. Tú no tendrás los veinte mil francos, que son mi fortuna, más que á mi muerte, y gracias á Dios estoy saludable; por consiguiente, es menester un marido que

te traiga al menos otro tanto de lo que tú lleves.

—Mr. León los ganará.

—Bien; que los gane y entonces hablaremos.

—Si hubiérais continuado la lectura de esa carta, no estaríais tan enfadado, y nos hubiéramos entendido en seguida.

—¿Sabes tú lo que aún dice la carta?

—Ciertamente; pues tengo una copia de ella en el bolsillo.

—¡Oh! las jovencitas, las jovencitas....

Mr. Lebrún volvió á abrir la carta, y continuó su lectura.

"Ser el marido de vuestra hija; hé aquí la sola ambición, el único objeto de mi vida. Pero yo quiero hacerla dichosa, y ella no puede serlo más que á condición de no carecer de nada, y satisfacer todas sus necesidades, y hasta todos sus caprichos. Vos sabeis la instrucción que poseo, y cuán escasos recursos ofrecen las ciencias y las artes á los que las han cultivado. Aguardadme

un año, y pasado este tiempo, pues confio en el buen resultado, vendré á pediros á la señorita Julia, pues en dicho espacio, aunque pasase sin dormir, y aunque no me alimentase más que con pan y agua, habré ganado sesenta míl francos al menos, y esto será un principio. *Omnia labor vincit improbus.*„

—¿Qué es lo que querrán decir estas frases? se preguntó asimismo asombrado Mr. Lebrun.

—Que un trabajo asíduo triunfa de todo, le replicó Julia al instante.

—¿Sabes tú latin?

—Sí, papá.

—¿Tú sabes latin?

—Sí señor; porque Mr. Leon me lo ha enseñado, para poder hablar conmigo en un idioma que vos no comprendiérais. Pero seguid leyendo.

Mr. Lebrun continuó, sin haberse aún acabado de convencer que su hija supiese latin.

"Si dentro de un año no hubiese logrado mi propósito, entonces, señor, podreis disponer de la mano de la se-

ñorita Julia; y á mí no me quedará otro recurso que morir.„

—¿Y bien, qué decís, padre mio?

—Que es bastante razonable lo que pide.

—Gracias á Dios, ¿con que consentís?

—Sí, sí consiento con gusto, puesto que tú así lo quieres.

—¿Dentro de un año concedereis mi mano á Mr. Leon?

—Si dentro de un año Mr. Leon ha ganado, y me trae cincuenta mil francos.

—No lo dudeis; él los ganará: con que así, podré anunciarle esta buena noticia y decirle que suba á daros las gracias.

—¿Cómo?

—Es que espera en la calle vuestra respuesta.

—¿Lo has visto?

—No señor, pero él me dijo ayer que estaría en la calle á las nueve de la mañana, y en este momento están dando.

Julia se aproximó en esto á la ventana, y abriéndola, hizo rápidamente una seña que aquel á quien iba dirigida le hizo saltar el corazon en su pecho de alegría, y pocos instantes despues entró en la casa y en la habitación donde estaban padre é hija.

—Dad las gracias á mi padre, dijo la jóven apenas entrara Mr. Leon: mi padre acepta vuestra proposición.

—¡Tanto favor! esclamó Mr. Leon tomando las manos del padre; y este le dijo:

—¿Con que amais tanto á mi hija?

—Con toda mi alma.

—¿Y creeis conseguir vuestro objeto?

—Estoy seguro de ello.

—¿Qué poseeis?

—Nada.

—Sin embargo, teneis un destino, me lo habeis dicho muchas veces.

—Sí señor, en el ministerio de Hacienda.

—¿Cuánto ganais al mes?

—Ciento trece francos y treinta y cinco céntimos.

—Pero eso no es nada.

—Por lo mismo voy á dejar el destino.

—Tened cuidado, porque quizá no ganareis tanto con vuestra ciencia.

—Desengañaos, porque afortunadamente vivimos en un siglo en que todo trabajo encuentra su recompensa.

—Sin embargo, hasta ahora no habeis encontrado más que ciento trece francos treinta y cinco céntimos por mes.

—Hasta el presente yo no habia querido, y esta simple suma bastaba para mis gastos.

—Segun eso, vos sabeis muchas cosas, repuso Mr. Lebrun con la admiración del hombre que no ha sabido jamás más que su lengua hasta donde le podía hacer falta para vender sus telas, y algunos números, suficientes para ganar un 25 ó un 30 por 100.

—Sí señor, yo sé muchas cosas.

—¿Hablais el inglés?

—Correctamente.

—¿Y el aleman?

—Como el francés.

—¿El italiano?

—Con la punta del dedo.

—¿El español?

—A las mil maravillas.

—¿El latín, el griego?

—Tan perfectamente como el árabe.

—¡El árabe! Eso sí que es saber, papá, interrumpió Julia; si vos supiéseis el árabe, qué contento estaríais.

—¿Cómo? ¿leeis esas letras largas, torcidas y delgadas, que parecen fideos?

—De corrido.

—¿Y dibujais también?

—Pudiera hacer una buena copia de un gran cuadro. Entiendo algo de arquitectura, soy fuerte en química, conozco la historia universal y la historia natural. ¿Y creeis que con todo esto no he de ganar en un año cincuenta mil francos?

—¡Cincuenta mil francos es mucho dinero!

—Pues no me retracto de mi promesa.

—Volved el 15 de Setiembre de 1838; sin embargo, os concedería la mano de mi hija en el instante, si tuviéseis el dinero que vuestros padres se han gastado en enseñaros todo lo que sabeis, aún cuando fuéseis un ignorante.

—¿Me esperareis durante un año? dijo León dirigiéndose á la jóven.

—Sí, amigo mio, os lo juro.

—Adios, señor; hasta el 15 de Setiembre de 1838, dijo León retirándose después de haber estrechado la mano de la que amaba.

—He tenido el honor de saludaros, replicó Mr. Lebrún, en cuyos lábios, esta frase que había repetido durante veinte años cada vez que se había despedido de un cliente ó de un parroquiano, iba acompañada de una sonrisa que quería ser pretenciosa.

III.

Diez meses después de esta escena, un hombre pálido, la barba larga, las mejillas hundidas, y andrajoso, se encontraba en un cuarto bajo, sombrío y mal sano, de una mala fonda de Lòndres.

En el momento que lo contemplamos acababa de inclinar la cabeza sobre el pecho, teniendo en la mano izquierda una pistola, cuyo gatillo y pié examinaba y movía con la derecha. Este hombre, pálido, flaco, andrajoso, que no había comido hacía dos días, era Mr. León, qué iba á levantarse la tapa de los sesos.

Una carta había sobre la mesa, con las señas y el nombre de Julia, que solamente contenía estas palabras:

"He hecho todo lo posible por ganar la suma que vuestro padre me pedía, y hoy estoy más pobre que cuando os ví

por última vez; tanto, que hace dos días que no he comido. Cuando recibais esta habré dejado de existir, pensando en vos. La bala de una pistola habrá hecho lo que haría el hambre, si me atreviese aún á esperar. Sed dichosa; este será mi único pensamiento antes de morir, en 18 de Junio de 1838.— Leóu.„

Mr. León tomó la carta que acabamos de citar, y leyéndola por última vez, la cerró diciendo:

—Ahorrémonos seis semanas que aún quedan para el 15 de Setiembre inmediato.

Y esto diciendo, armó la pistola, que no había dejado de la mano, preparándose á apoyarla sobre la sien; pues como él todo lo sabía, conocía que para tener una muerte segura é instantánea era mejor este lugar que no el de la boca.

En el momento que iba á apretar el gatillo se abrió bruscamente la puerta de su cuarto, dando pasó á un hombre grueso, de fisonomía ordinaria, vestido

con una chaqueta de paño y un delantal blanco, arremangado á pabellones. Este mastodonte humano era el amo de la fonda donde Leon vivia, si su existencia se pudiera llamar vida. El primer movimiento de Leon, ese movimiento de que nunca se es dueño, fué, no el de tirar del gatillo, sino el de separar su mano de la posición en que la tenía, y ocultar el arma detrás de la espalda; todo lo que advirtió el hostelero, y aproximándose al jóven, le dijo:

—¿Qué íbais á hacer? ¿Ibais á levantaros la tapa de los sesos?

Leon le contestó afirmativamente.

—Y los cuarenta chelines que me debeis?

—No los tengo.

—Con que no solamente no me pagais, sino que además quereis mataros en mi casa; es decir que desacreditais mi establecimiento, y me traeis todas las consecuencias de la justicia. Dadme vuestra pistola.

—¿Por qué?

—Para impediros que os mateis an-

tes de haberme pagado; despues me será indiferente, pero con la condición de que os mateis fuera de este lugar.

—De modo que no tengo ni aun el derecho de morir, murmuró Leon, á quien la miseria, la desesperación, el hambre y las emociones que preceden al suicidio le habian sumido en un abatimiento completo; y sin saber lo que se hacía, entregó ó se dejó, mas bien, arrebatar por el hostelero la pistola.

—Además, continuó; despues de todo yo os debo dinero, os pertenezco por completo; haced de mí lo que querais, arrestadme si os acomoda.

—Luego sois muy desgraciado.

—Mucho.

—¿No sabeis hacer nada?

—Yo sé de todo.

—¿De todo?

—Sí, de todo; desde el árabe hasta el griego, y tambien hasta el hacer jabon; y sin embargo, me muero de hambre.

—¡Vive Dios! pues nada de eso sirve para vivir, y no sois vos el primero que se ha hallado en tal caso.

—Yo he querido dar lecciones, y me han ofrecido mil doscientos francos por año. Mil doscientos francos por pasar todos esos dias en enseñar, en instruir una porción de diablillos de ocho á doce años, á cual mas ignorante, más repugnante y mas feo.

—¿Y despues?

—Despues he hecho unas traducciones del árabe; cantos magníficos completamente desconocidos en Europa y capaces de trastornar toda la literatura del Norte.

—¿Y bien?

—El editor me pidió dos mil francos por imprimirme mi traducción.

—¿Sería menester ensayar otro medio?

—Eso hice yo, pedí trabajo al gobierno francés, una copia de algun cuadro por ejemplo.

—¿La obtuvísteis de seguida? pues se asegura que en Francia los gobiernos no se ocupan de otra cosa que de proteger las artes.

—Me ofrecieron ochocientos francos

por copiar un Velazquez, y tenía un año de trabajo.

—Esto va siendo divertido, replicó el hostelero, poniendo las manos sobre sus caderas, y pareciendo tomar el mayor interés en lo que oia.

—¿Con que esto os divierte?

—Toma, mucho.

Y en esto el dueño del fondin tomó asiento, pues se le ocurrió que así podía hallarse mejor.

—Me dirigí á un periódico, continuó Leon, para traducir noticias estranjeras y hacer artículos científicos. Al cabo de un mes habia ganado ochenta francos, y recibido órden de no escribir mas sobre la ciencias á causa de haber escrito los suscritores que esto era fastidioso.

—¡Ah! ¡Sí! dijo el mesonero soltando una fuerte carcajada, aquellos artículos eran verdaderamente insoportables.

—Entónces reuní mis últimos versos y me vine á Inglaterra.

—Habeis hecho bien.

—Hablando perfectamente el inglés, contaba con dar lecciones de francés,

pero tuve la imprudencia de pronunciar la palabra camisa delante de una lady, madre de uno de vuestros compatriotas, y el mismo día se me despidió.

—¿Y después?

—Después, no he hecho nada, he venido á vivir á vuestra casa, y os debo cuarenta chelines.

—Era menester que os hubiérais contentado con la primera colocación que encontrásteis de mil doscientos francos.

—¿Contentarme? ¡jamás! mejor morir.

—Yo estoy muy contento con lo que tengo, y hace veinte años que vivo en la cocina, dijo con orgullo el amo de la fonda.

—Quizá yo estuviese contento si no me encontrase enamorado.

—¿Estais enamorado?

—Sí, y para obtener la que amo, necesitaba ganar cincuenta mil francos en un año.

—¡Cincuenta mil francos en un año¡ le replicó el amo, cuando yo no tengo

todavía más que mil libras esterlinas, la mitad de lo que vos quereis, y eso en veinte años de trabajo! Vos estais loco, querido mio.

—Y dentro de seis semanas se cumple el año. Hé ahí por lo que me daba lo mismo morir, como esperar á que se cumpla.

El hostelero pareció como reflexionar profundamente.

—Se me ocurre una idea, esclamó de repente.

—¿A vos? dijo León asombrado.

—A mí, y os vale cincuenta mil francos.

—¿Cómo?

—¿Si yo os procurase sesenta mil francos, me daríais de ellos diez mil?

Leòn miró al fondista como se mira á un loco, y le dijo:

—¿Me podeis procurar sesenta mil francos?

—De aquí á un mes.

León se levantó convulso y saltó al cuello del hostelero para abrazarlo, el cual rechazándole familiarmente, le dijo:

—¿Teneis buen estómago?

—Escelente: ¿pero qué importa mi estómago?

—¿Habeis cometido escesos?

—Jamás.

—Entonces os casareis con la que amais.

—¿Cómo?

—Tener ánimo es cuanto se necesita

—¿Qué quereis decir?

— Vestios al punto.

—No tengo más ropa que la puesta

—Entonces yo os prestaré y mandaré llamar á un barbero para que os afeite. Vamos á ir á casa de un gran señor, á casa de un lord, á casa de un par de Inglaterra.

—¿Que me dará sesenta mil francos?

—Que os los hará ganar si teneis un buen estómago.

—No comprendo.

—No teneis nada que comprender, ¿teneis buen estómago?

—Sí: os lo repito.

—¿Os gusta el pichón?

—¿Qué tiene que ver el pichón con todo esto?

—Respondedme, ¿os gusta el pichón?

—Es mi comida favorita.

—Os habeis salvado; y yo me ganaré diez mil francos. Aguardadme; vuelvo en un instante.

Veinte minutos después de la conversación espresada, León, afeitado y vestido con una ropa demasiado ancha para su cuerpo, pero más limpia que la que llevaba hacía un mes, salió de la fonda acompañado del dueño, sin haber podido conseguir de este el que le dijese dónde le llevaba, y qué relación pudiesen tener los pichones con el amor y los cincuenta mil francos que él necesitaba.

IV.

Maese Péters condujo á León á uno de los más espléndidos palacios de Picadilly.

—¿Lord Lenisdale está visible? preguntó el primero, quedándose respetuo-

samente descubierto delante del lacayo galoneado, á quien se habia dirigido, y haciendo señas á Leon para que hiciese lo mismo.

—No, respondió el lacayo, milor no recibe.

—¿Quereis decir á su escelencia que hay aquí uno que viene para el asunto de los pichones?

—¡Ah! si es eso, replicó el lacayo, podeis entrar.

—Péters miró á Leon con aire triunfante.

—Toda va bien, le dijo.

Leon creia soñar.

El lacayo introdujo en esto á los dos visitadores en un salon adornado de oro y seda, y les dijo con una deferencia que no habia demostrado hasta entonces:

—Voy á avisar á S. E.

Al cabo de diez minutos, S. E. apareció.

Este era un hombre de cerca de sesenta años, alto y seco, con los cabellos blancos, el aire distinguido, y la mirada

de un hombre habituado á proteger á cuantos á él se acercaban.

—Milord, dijo Péters, haciendo tres ó cuatro saludos de los más humildes de su repertorio; vengo á presentar á S. E. á este jóven, que desea concurrir al premio de los pichones.

Lord Lenisdale miró á Leon como un naturalista pudiese mirar á un insecto que viera por primera vez.

—¿Sois francés? le preguntó el lord, sirviéndose de esta lengua para interrogar á Leon.

—Sí, respondióle este en inglés, para contrarestar la forma de la pregunta, lo que lisonjeó mucho al hijo de Albion.

—¿Y quereis concurrir al premio del pichon?

—Ignoro què premio es ese, milord: hace un cuarto de hora estaba á punto de levantarme la tapa de los sesos, cuando entró en mi cuarto el señor, que es mi patron, y conmovido por la relación de mis desgracias, me ha propuesto ganar sesenta mil francos en un mes;

pero todavía no he podido conseguir me diga por qué medio los he de ganar.

—Hé aquí, pues, de lo que se trata, replicó el inglés con el tono grave de un diplomático que habla de las mas importantes cuestiones de política. Aquí, en Lóndres, hay una sociedad de sabios, de los que soy el presidente, y cuya sociedad, celosa de esclarecer todos los puntos de la ciencia, ha propuesto un premio de sesenta mil francos al que se coma por espacio de un mes un pichon asado cada dia. Esto parece ser muy fácil al principio, pero nadie ha salido bien de esta empresa, sin embargo de haber hecho muchos la prueba: los unos han renunciado al décimo pichon, los otros han caido enfermos al décimoquinto, y hemos visto morir tres candidatos del vigésimosegundo al vigésimoquinto. El premio no era entonces más que de treinta mil francos; y viendo tan grandes dificultades, se ha aumentado en el doble. En este caso, pues, ¿os sentís con valor para acometer tal empresa?

El asombro de Leon fué estraordinario, y renunciamos á pintarlo.

—Sí señor, respondió Leon, sin saber bien lo que decía, y no pensando más que en los sesenta mil francos.

—¿Pero vos, señor, suministrareis los pichones? continuó Leon.

—Por supuesto.

—Porque mis medios no me permiten hacer este gasto.

—¿Y cuándo empezareis?

—Desde hoy.

—¿Quereis decirme vuestro nombre? dijo el lord, abriendo un gran registro con las armas de Inglaterra.

—Leon, contestó el jóven.

—Vuestra edad.

—Treinta años.

—Vuestra profesión.

No tengo ninguna: estaba empleado en un ministerio, y he dejado mi empleo para utilizar de otro modo lo que sabia.

—¿Sois, pues, instruido?

—Creo que he recibido una buena instrucción.

—Nosotros tenemos en nuestra sociedad un helenista distinguido, lord Burlam.

—He oido hablar de él; pero ha cometido muchas faltas en su traducción de Orfeo.

—También tenemos á lord Gastronk, orientalista.

—Que tambien ha cometido muchos errores en su traducción del poeta Sadi.

—¿Hablais, pues, el árabe?

—Sí, milord.

—Despues tenemos un gran arqueòlogo; lord Storley.

—Si yo tuviera el honor de conocerle, le demostraria que se ha engañado dos ó tres veces en los datos con que ha señalado los monumentos egipciacos.

—¿Conoceis tambien á lord Gabd.

—¿El astrónomo?

—Sí.

—Perfectamente, al menos por sus obras.

—¿Ha cometido tambien errores?

—Mas que los otros, atendido á que yo he descubierto una estrella que él jamás habia sospechado, y que le haré ver cuando quiera; estrella que tiene cuatro veces la circunferencia de la tierra.

—Pues señor, vos lo sabeis todo.

—Sobre poco más ó menos.

—¿Y ahora quereis saber si podreis comeros treinta pinchones en un mes?

—No milord; lo que quiero es el ganar por cualquier medio, con tal de que sea este un medio honrado, la suma de cincuenta mil francos de aquí á un mes, pues solo con esta condición podré casarme con la mujer que amo.

—Bien, caballero, yo haré aun más por vos; si ganais el premio; yo mismo os presentaré al rey y haré que se os admita en nuestra sociedad.

Leon se inclinó en señal de reconocimiento.

—Decíamos, pues, añadió lord Lenisdale, que no teneis profesión ninguna.

—Si, milord.

—¿Nacísteis?...

—En Paris.

—¿Vivís ahora?...

—En el hotel del León negro.

—Muy bien. Hé aquí, pues, ahora las clâusulas del tratado. Sereis libre de

comer y beber cuanto querais; pero todos los días, durante un més, á las seis de la tarde, os comereis un pichón asado. Dos de nosotros asistiremos á vuestra comida, y formaremos un espediente en que conste el modo de haberse verificado. Es necesario comerse entero el pichón, sin dejar parte alguna. Si renunciais á la prueba, no podreis concurrir de nuevo. Si caeis enfermo, por efecto de este alimento, se os señalará un socorro pecuniario de veinte libras para los gastos de la enfermedad. Si sucumbís, como ha sucedido á los tres candidatos de quien os he hablado hace poco, sereis enterrado á espensas de la sociedad, y se grabará sobre la tumba la causa de vuestra muerte.

—Gracias os doy por todo, milord; pero permitidme haceros una pregunta.

—Hablad.

—¿Vuestra sociedad no ha prometido ese premio para resolver algún problema científico, ya sea de agricultura, de historia, de astronomía ó de lenguas?

—No, caballero; todo esto nos interesa poco; nosotros tenemos en más que todas las cosas el darnos cuenta de las capacidades del cuerpo humano.

—Es que vos comprendereis, milord, que yo quisiera valerme de mi inteligencia mejor que de mi estómago.

—¿No necesitais cincuenta mil francos?

—Sí, milord.

—Pues bien; este es el solo medio de ganarlos; las posiciones á que han llegado nuestros sábios son posiciones únicamente honoríficas en las cuales solo el amor propio gana algo.

—Con que ¿què? continuó, quedamos convenidos en que os comereis treinta pichones desde el día 31 de Julio hasta el 1.° de Setiembre próximo?

—¿Dónde deberé tomar la comida?

—Donde vos querais.

—En mi casa, añadió Péters.

—Sí, dijo lord Lenisdale.

—Y milord me permitirá, replicó Péters, si el señor gana el premio, de hacer prospectos de mi establecimiento,

y poner en la muestra este hecho estraordinario.

—Consultaré á la sociedad sobre este punto.

—A vuestras órdenes, milord.

—Adios, caballero, respondió el par de Inglaterra; deseo que logreis vuestro intento, pues en ello está vuestro interés y el interés de la ciencia; y como creo habéroslo dicho, si lo lograis adquirireis el favor del rey, y se os abrirán las más principales casas de Lóndres.

Adios, dijo Leon retirándose en compañía de Péters, y añadiendo en voz baja: ¿Merecía la pena de aprender el latin, el árabe, el griego, el italiano, el español, el inglés, el aleman, la historia, la geometría, la astronomía, la agricultura, la historia natural, la física, la química y el moldo-válaco, para estar reducido á comerme treiuta pichones en un mes, si quiero casarme con la que amo, y ganar cincuenta mil francos? ¡Oh, ciencia! ¡tú no eres mas que una vana palabra!

En esto llegaron á la fonda.

Aquella misma tarde empezó Leon su primera comida del pichon asado. Ocho dias despues, lord Bourlan y lord Storley, que habian querido asistir á la comida durante el mes entero, llegaban á las siete de la noche á casa del presidente Lenisdale.

—¿Y bien? les preguntó este:

—Qué tambien se ha comido hoy su pichon.

—¿Entero?

—Entero, y con ánimos muy fuertes.

El 15 de Agosto volvió lord Lenisdale á preguntar á los testigos:

—¿Ha muerto nuestro jóven?

—No.

—¿Y come todos los dias su pichon?

—Todos.

—¿Asado?

—Asado.

—¿Pero todo entero?

—Todo entero.

—Vamos, ha podido pasar el segundo periodo.

El 25 fué lor Lenisdale en persona á ver á Leon, al que apenas pudo reconо-

cer. Nuestro jóven tenía los ojos encendidos y una fiebre tan fuerte como la de un caballo.

—¿Cómo os sentís? le dijo el presidente de la sociedad.

—Muy mal, respondió Leon.

—¿Y perseverais?

—Sí.

—Vos sereis el Wellington del pichon.

—Mil gracias.

Lord Lenisdale quiso asistir á las tres últimas comidas, que Leon no podía hacer, sino tapándose la nariz; tan infecto encontraba el olor del pichon.

¡Quién habia de creer que este animalito tan renombrado por su fidelidad, habia de ser tan malo para el estómago!

V.

—En 30 de Agosto, el pueblo de Lóndres se agrupaba á la puerta del hotel de maese Péters. León había inspirado un entusiasmo delirante.

Despues de haberse comido el último pichon, quiso Leon, conmovido por su triunfo, ocultarse; pero no pudo evitarse el salir á la ventana, para saludar al populacho del barrio de maese Pèters, á cuya gentuza arengaba este todos los dias, pues el afan general era poder contemplar al héroe de aquel grandioso triunfo. Con tal noticia habian acudido muchos sabios de Escocia para ver y admirar á Leon: pero esto no lo habian podido conseguir sino por el agujero de la cerradura, y aun para esto habia sido necesario recompensar al hostelero grandemente con unas dos ó tres libras esterlinas, por dispensarles tan inmenso favor.

Mr. León el 2 de Setiembre había ganado su apuesta.

Esto fué un manantial de ganancias para maese Pèters; pues además de cuanto ganaba con dejar ver al héroe de los pichones, vendió también á un *touriste* inglés, á quien ya había también vendido él doscientos treinta y un bastones de Voltaire, la ropa que le había dado á León y que le había servido durante el tiempo de la prueba. En cien guineas se había ajustado la tal ropa, y el *touriste*, entusiasmado con su adquisición, no la hubiera cedido ni por mil.

El 3 de Setiembre de 1838 se leia en *El Times*:

"Nuestros lectores habrán sin duda oido hablar de un jóven francés que se ha presentado y asistido un més como candidato al premio del pichón, propuesto por lord Lenisdale, como presidente de la sociedad científica de Lóndres; y nosotros podemos anunciarles que dicho premio ha sido ganado por el tal jóven, bajo cuya ventana se agru-

pa hace ocho días y aún en este momento una muchedumbre curiosa y entusiasta.

Los treinta pichones han sido comidos por entero, y los huesos se han ido conservando para ser ofrecidos y depositados en el gabinete de historia natural con un escrito que atestigüe el hecho.

Se advierte que antes de este jóven, habían renunciado á concurrir más de ciento cincuenta candidatos, después de haber luchado ocho ó quince días, y de los cuales han muerto hasta tres.

Indudablemente este jóven es un héroe, dotado como ninguno de un admirable estómago y de estraordinaria energía. Ayer mismo se decretó el premio, y dan una medalla de oro al jóven francés Mr. León. Hé aquí un problema importante resuelto ya para el porvenir. El par helenista lord Bourlam ha aprovechado esta ocasión para pronunciar un gran discurso, al que ha contestado el Presidente de la Sociedad

lord Lenisdale con una bella é inimitable teoría sobre el orígen de los idiomas.

Solo nos resta añadir para conocimiento de nuestros lectores, que el tal Mr. León no es un hombre ordinario, á quien la esperanza de la ganancia ha obligado á hacer esta esperiencia. Mr. León es hombre de letras, y un sâbio de primer órden; así es que únicamente por curiosidad ha intentado tal empresa, y una prueba de ello es el haber regalado diez mil francos al hostelero que le asaba los pichones. La misma noche fué presentado al rey. Su majestad le ha regalado una caja de oro para tabaco, guarnecida de diamantes, y le ha interrogado largo tiempo, sobre las diferentes impresiones que puede producir en la organización humana el pichón repetido á menudo. El embajador de Portugal ha escrito inmediatamente á la reina para pedirle la cruz de Cristo para Mr. León. El príncipe Rourzoff ha propuesto cincuenta mil rublos al héroe, para que renovase esta esperiencia en

Rusia; pero Mr. León, á quien su familia é intereses llaman á París, ha rehusado con pesar esta oferta, añadiendo, al fin, que una segunda prueba le sería imposible, pues ha sufrido mucho durante tal esperimento.„

VI.

El 15 de Setiembre de 1838 se presentó León en casa de Mr. Lebrún, á quien encontró con su hija en la misma habitaciòn en que se había despedido de ellos el año anterior.

—Y bien, le dijo el padre.

—Hé aqui setenta y cinco mil francos, respondió León sacando de su bolsillo setenta y cinco billetes de banco.

—Veinticinco mil francos de más, esclamó Mr. Lebrún mientras que Julia palidecía de emoción y se ruborizaba de alegría.

—Sí, dijo Leon; no solo he ganado

dinero, sino que me han hecho dos regalos que he vendido, y que representan esos veinticinco mil francos.

—Y todo esto á nosotros lo debeis, añadió Mr. Lebrun.

—Sí, dijo Leon conteniendo un suspiro, pues no quería confesar el orígen de su fortuna.

—Entonces, dijo Julia arrojándose en los brazos de su desposado, si tenemos hijos será menester darles muy buena instrucción y hacerlos sabios.

—Que el diablo me lleve, dijo para sí Leon, si les enseño siquiera á leer.

Al fin se casó con Julia, fué muy feliz y tuvo dos hijos, quienes á pesar del juramento de su padre, son hoy dos prodigios, y han entrado en el camino que conduce á la Academia de inscripciones y bellas letras.

—Ahora que Leon no necesita de su ciencia para vivir, encuentra en que utilizarla. Ha publicado ya su traducción de cantos árabes, la que le ha dado un gran nombre entre los traduc-

tores, y producídole treinta y dos francos cincuenta céntimos. El trato que hizo con el editor fué el de que partirian las ganancias, y estas han sido en limpio sesenta y cinco francos.

Vamos ahora á consecuencias. ¿Prueba esta verídica historia que se debe despreciar la ciencia? No. ¡Prueba solamente que no se le debe pedir más que lo que ella puede dar; que es el trabajo siempre; el renombre algunas veces; la oscuridad á menudo, y la fortuna, jamás! ¿Prueba que se deben despreciar las escentricidades de los ingleses? No; porque, como se ve, las escentricidades de los unos pueden servir para la dicha de los otros, y todos los caminos que se toman para llegar á la felicidad, son buenos, con tal que se llegue á ella.

—¿Qué es lo que prueba entonces esta historia?

—¿No prueba nada?

—¡Ah! sí, prueba que el pichon es una carne pesada, y que la Providencia emplea todos los medios para so-

correr á aquellos que de ella tienen necesidad, y de ella no tienen nada que temer por su irreprensible conducta y honradez.

LA FUENTE DEL GRAJO

Tradición fantástica

Es el año de 1342, y las nueve de la noche próximamente en un dia de los últimos del de Octubre.

Principiaremos por llevar á nuestros lectores al lugar de la escena.

Saliendo por la puerta de San Blas de Montilla, que mira á Oriente, y tomando la nueva carretera, que se dirige á la Sierra; dejando á mano derecha la piedra de Guta, enclavada en tierras calmas, de ancha y robusta mole, pero ya muy mermada con los materiales que de allí se han sacado para la construcciòn de dicha carretera, y á un cuarto de hora de distancia, se encuentra la

fuente del Grajo, situada á la izquierda del camino, y de cuya tradición nos vamos á ocupar.

Debemos igualmente hacer constar que nuestra referencia se relaciona también con dicha piedra de Guta, y que los hechos que narremos, son grandemente dramáticos.

II.

—Se nos vá á acabar, á desfallecer. Anda Rango, sube, sube.

—Ando y subo; pero no late, no palpita.

—Corre, vuela.

—Aflojad el peso, é ireis más rápido: yo basto solo.

—Ya llegamos. Bravos, servidores canallas; abrid, rugió roncamente Mesvardo, el caballero salvage y rudo del áspero castillo de Guta, al llegar ante sus puertas ferradas, y tocando un

cuerpo estridente, y de un solo y prolongado sonido.

Las puertas del castillo, desprendidas de su parte superior, se doblaron sobre el suelo roca, formando un ancho puente que descansó en el muro opuesto, que formaba la zanja amplísima que le circunvalaba.

Veinte servidores aparecieron con hachones de resina y esparto encendidos. Veinte servidores con todas las trazas de guerreros foragidos de atezados rostros y desgreñadas cabelleras.

Mesvardo solo penetró con su carga, y á los pocos pasos y en una ámplia habitación ochavada, de una de las dos torres que constituían el castillo, dejó caer el bulto que conducía en un lecho de pieles de osos, colocado en una tarima de madera labrada y brillante.

Aquel castillo era el de Guta, colocado todo él sobre la piedra de su nombre. Castillo sombrío y ennegrecido por el tiempo, que no presentaba en su interior sino el aspecto rudo y agreste de un castillo de armas y de guerra.

La torre de la izquierda era la morada del castellano, y la de la derecha de sus bravos servidores, quedando entre las dos un ancho pátio, plaza de armas, rodeado por el frente Norte del muro de la puerta principal y única, y por el Sur con un cuerpo de obra, á mitad de la altura de las torres, que eran las cuadras y las cocinas, y todas las demás dependencias de aquella fortaleza.

Apenas quedó la jóven tendida en el lecho de pieles del castellano Mesvardo, este se retiró en busca de algún confortable. En el mismo instante se presentó en la estancia la vieja Rodendra, única mujer que en el castillo habitaba, en medio de aquella veintena de hombres.

La fisonomía y aspecto de Rodendra no revelaba otra cosa que la absoluta carencia de todas sus facultades, y el áspero salvajismo, su falta completa de sensaciones.

Hermosa y ruda á pesar de sus años, demostraba haber sido en otro tiempo un ser completamente distinto del que hoy aparecía.

Examinando bien su fisonomía de rasgos salientes y marcados, no solo se conocía que había disfrutado de razón, sino que quizá hubiera tenido posición más ventajosa, y clase más privilegiada.

Su aspecto en el momento que la presentamos, era exactamente idéntico al de Medea, con túnica sobre la carne, flotante y luenga, ceñida con fuerte correa de la cual pendía estuche informe de piel sin curtir, encerrando puñal afilado; y escarcela también de cuero, ruda y colgante, donde indudablemente estaban depositados todos sus objetos de necesidades. Sandalias de cuero con cordeles sugetas, sobre su nervuda pierna, y la cabellera corta y rizada de abandono, semejando casi blanca pelma, y un cordón al cuello, donde en camafeo riquísimo, encerraba un mechón de cabellos.

La jóven al sentir pasos en la cámara, dirigió su mirada, parándola fijamente sobre la anciana; y sin embargo de que en el primer momento se extremeció de espanto, pronto pasó esta primera im-

presión, precediéndole un ligero sentimiento, para ella inesplicable, de commiseración.

—¿Qué quereis?, le dijo la jóven.

—Nada, nada. Tu mandarás repuso la anciana.

—A que me han traido? ¿Quién es este infame?

—Villana! Este es mi... es el Señor, y el que aquí manda á sus vasallos; por lo que puedes estar preparada á recibirlo.

—¡Nunca! ¡Jamás! Antes la muerte.

—El vendrá.

—No, no. Nunca. Amparadme.

—El vendrá. Yo te traeré magras, y vino. Adios.

—¡Ah! no! No os retireis, gritó la jóven, arrojándose del lecho y asiendo á Rodendra de la túnica cuando se retiraba.

Rodendra se desprendió ásperamente con una sacudida, dejándola caer al suelo, y cerrando tras si la puerta.

III.

Mesvardo, señor del Castillo de Guta, al morir su padre quedóse en la edad de cuatro años, y desde niño, ni conoció á su madre, ni viò en el Castillo más que una vida de dominio y bandidage, sostenida por su antecesor, y los criados numerosos que lo rodeaban, que no eran otra cosa que soldados en armas constantemente dedicados á la lucha con los otros señores de vasallos del contorno, á los que siempre con mayor fortuna vencía, acrecentando con sus despojos el abastecimiento de su morada, y aumentando sus territorios y riquezas.

Mesvardo ni supo nunca ni preguntó quién fuese su madre, ni se preocupó de que fuese Rodendra, á quien desde niño diera este nombre, en unión de Rango su hermano, su amigo; ni cual fuese la causa de la menuda locura de la prime-

ra, pues que siempre la habia visto dedicada á la confección de las comidas de sus gentes, que no se componían de otra cosa que de calderadas hervidas ó fritas de gamos y de cerdos, de javalies y cabritos, y de terneras y venados.

Eduardo Mesvardo en aquella atmósfera no reconoció más elemento que el de la lucha y el del poder, cimentado en sus triunfos; y presentarse en las inmediatas aldeas que rodeaban entonces en diversos sitios, y en bastante reducido espacio, el casco topográfico de Montilla, entonces Montulia romana ó Mondelia árabe.

En esta exuberante vitalidad, Mesvardo llevaba al Castillo robadas las doncellas de los vencidos, y satisfechos sus brutales deseos, y los de sus secuases, eran devueltas y abandonadas.

Inmediato á su castillo, había una aldeilla, única con la que conservaba buena amistad, pero no porque se comunicase con ellos, sino porque sus bravos allí tenían sus tertulias, sus descansos, y de allí venía al Castillo todo cuanto se necesitaba.

Un dia al volver á su Castillo pasó por la aldea, y creyó ver el perfil de una jóven desaparecer de una ventana.

—Quièn mora ahí,? preguntó á Rango que le acompañaba.

—El Sabidor, cuando viene á la aldea, repuso su amigo.

—¡Que ¿no vive en ella?

—No se sabe donde vive. Viene de cuando en cuando.

—Sigue, cuenta, romancea su vida, su familia.

—Viene solo; es el consejero de los habitantes todos, y á quien más respetan.

—Has dicho bellaco que viene solo, y encerrada tras celosías he visto muger admirable.

—Nunca la he conocido.

—Pues á buscarla, tu y todos ahora.

Momentos despues llegaban al castillo.

Efectivamente, arrancada aquella noche, entrando de sorpresa en la casa aquellos forajidos por corrales y puertas, y ventanas y tejados, recojieron casi

muerta de espanto á la jóven que era la que fué conducida al castillo.

IV.

Mesvardo entró en su torre.

Iñiga, que así se llamaba la jóven, y que ya estaba repuesta del terror, paseaba por ella en forma de pantera, rodeando el espacio de aquel antro.

Al ver entrar al castellano, Iñiga paróse, y quedó mirándolo profundamente.

Mesvardo, apenas hubo entrado, con, templando aquella hermosísima figura-aquella dignidad, y tropezando con sus ojos el centro de los de Iñiga, herido por el fulgor sombrío que en ellos reverberaba, tocado de la electricidad de sus rayos matadores, de soñados y fantásticos deleites, y de terribles espantos, vaciló á punto de retroceder.

Aquella fiereza de Mesvardo pareció reconcentrarse, quizá para romper su

forma natural, quizá para encojerse, quizá para ausentarse; y sus piernas una y más veces hicieron movimiento de avance y retroceso, pareciendo una figura, á quien le prestasen sus resortes movimientos caprichosos.

Mesvardo había querido bajar la cabeza, cerrar los ojos para cortar el hilo eléctrico de sus miradas con el foco de luz sombría de las miradas de Iñiga, y se conocía que no quería, que no podía, que cada vez menos iba notando se le evaporaban las fuerzas de su vitalidad, de sus siempre terribles energías.

Iñiga por su parte, sosteniendo su mirada, y sin vacilar ni un punto en su actitud resuelta, ni por un momento quiso detener su imaginación á percibir aquellos efectos que en Mesvardo se estaban presentando, sin conocer las causas, ni mucho menos sin pensar en cuidarse del porvenir.

Serena y terrible, había formado esta idea, conociendo la espantosa nombradía y reputación de Mesvardo. "Primero matar; si esto no, morir.„

En esta actitud que hemos descrito de nuestros dos personages, y sin interrumpirse el silencio por ninguno, habían pasado unos cuantos instantes.

Hubo un punto en que la vacilación de Mesvardo pareció avanzar hácia Iñiga. Esta sin variar de actitud le dijo serena:

—Detente. No intentes llegar hasta mí, porque serías cadáver.

Mesvardo que no se había movido de su sitio, replicóle balbuceando:

—¿Qué quieres, pues, qué deseas?

—Que salgas al punto.

—Soy tu esclavo. Manda.

Un gesto de Iñiga le ordenó la salida.

Mesvardo, casi paralizadas sus facultades, salió de la torre.

Iñiga se reclinó en su tarima, y Mesvardo, fuera ya de la estancia, tras de la puerta, cayó desplomado sobre un trozo de columna.

V.

En el piso bajo de la segunda torre del castillo de Guta, se encuentran todos sus servidores y gentes de armas al final de su comida después del Ave María matutinal, del segundo día de la permanencia en el castillo de la jóven Iñiga.

Un lodazal parece el espacio, y en bancos y en escudillas en el suelo, de fuerte hierro, está el resto de los manjares abandonado.

Las libaciones de los vinos sabrosos de Egabro, y los más pastosos y ricos de las extensas llanuras del Sur de Hins-Poley, que terminan en Zoñar, tienen á aquellos villanos en estado de comunicarse sus impresiones, y cuando á ellos llegamos los sorprendemos con estas palabras:

—¿Que no estará? dijo uno de ojos verdes y saltones.

—No: respondió otro de apagada mirada, que más bien parecía reconcentrada y profunda.

Otro atlètico, más que los demás, repuso.

—Que lo diga Rodendra, que todo lo sabe.

Rodendra efectivamente entraba y salia, y cruzaba por entre ellos sin hablar una palabra, pareciendo ocuparse en su servicio, pero en realidad no haciendo nada.

—Que lo diga Rodendra, repitieron todos.

Rodendra en tanto iba á salir. El de la apagada mirada, la detuvo hablándole, y algunos de ellos la encerraron en su círculo.

Despues de unos instantes, Rodendra, en que pareció querer cortar el cordon de aquellas gentes escapando, se decidió y dijo.

—Llegó: ya lo sabeis; la encerró en la torre de poniente. Es hermosa como un demonio. No quiso deyantar. Salime. Volvió á entrar Mesvardo. Media hora

nada más dentro sin hablar, sin nada. Mesvardo salió casi muerto del ánima, y toda la noche tras de la puerta sentado, en la columna ha pasado. Por la mañana volvió á entrar de nuevo con un trozo de javalina, tostada y manteca que yo le preparé, é higos y bellotas, y alajú moro, y ha vuelto á salir, y ha vuelto á entrar despues, y siempre que sale, queda sentado en la columna de la puerta, ojeroso, pálido, amarrido.

—Yo lo he visto anoche, respondió uno.

—Yo, esta mañana; parece un difunto.

—Basta de chismes; repitió otro como más principal, entrando. El amo no viene. Al ojeo, pues.

Todos se levantaron al punto, y recojiendo sus armas, salieron al pátio del castillo.

—Mira, mira, dijo uno de más edad, un grajo, que pasa cerca de la torre fuerte.

Todos miraron, y al salir del castillo, iban repitiendo en coro. "Mal agüero.„ "Mal agüero„

VI.

Al medio dia siguiente al de la escena anteriormente descrita, Mesvardo entró en la cámara de Iñiga.

Iñiga le miró con menos dureza. Habia adivinado, habia visto el efecto producido por ella en aquella naturaleza salvage, y lc habia sentido gemir tras de la puerta, todos los dias y todas las noches, en que ella siempre despierta, en pié y preparada, habia estado encerrada en aquella estancia.

Temblando Mesvardo, y sin acercarse, le dijo.

—¿Quereis yantar?

—Si; repuso Iñiga.

Mesvardo salió y volvió despues de unos instantes, trayendo en una gran bandeja de peltre con pies chatos, dos fuentes redondas y pintarreadas, con cabrito humeante y gallina en pebre, torta de trigo, vino de Ipagro opalino, y melocotones y ciruelas, higos y uvas.

Sobre una media mesa apoyada en la pared; lo puso todo.

—Yo os serviré, le dijo.

—Sentaos y yantad, respondió Iñiga.

—Por Dios en quien creo desde que os ví. No temais nada, soy vuestro esclavo. Os tendré aquí con todos los respetos. Si al fin logro enterneceros, seré eternamente de Dios con toda mi verdadera felicidad en la tierra. Si no logro que me ameis, os haré siempre todo el bien, y á todo el mundo, y jamás, lo juro cien veces, no osaré acercarme á vuestra persona.

—Sentaos, y yantad, os ruego; repuso Iñiga.

—¿Creeis en un filtro? Os !o juro que nó, y comeré para probároslo.

Y efectivamente, Mesvardo se acercó á la mesa, y comió sucesivamente de todas las escudillas.

—¿Estais satisfecha? dijo retirándose.

—Si, podeis alejaros.

Mesvardo, salió.

VII.

Desde el segundo día, Iñiga convencida de los sentimientos de Mesvardo, procuró alimentarse.

Pasado el primer momento, ya hemos dicho que la jóven, había conocido las sensaciones producidas por ella en Mesvardo; y en una y otra entrevista, había visto sus notables efectos. Era un cambio completo, una fascinación, un éxtasis á el que Mesvardo embargaba en su presencia; y estas pruebas, estos sentimientos que Iñiga veia siempre, le habían asombrado primeramente, y después conmovido de una manera profunda.

Alguna vez,aprovechando estos éxtasis de Mesvardo en su presencia, le habia dicho Iñiga:

—Ponedme en libertad.

Mesvardo había contestado siempre:

—Me moriría en aquel mismo ins-

tante. Todo, todo hasta escalar el cielo. Idos de mi lado sin que pueda alimentar mi vida con la realidad de vuestra presencia; nunca, jamás.

Iñiga á todo esto, á solas con sus pensamientos; vinieron primero á su imaginación los ódios que había creido adivinar en su padre con el señor del castillo de Guta; puesto que su padre todo lo hacía por el bien de los demás, y el dicho castellano, todo lo hacía contra los demás, razón por la que estaban lógicamente en eterna contradicción. Su padre todo virtud, Mesvardo todo infamias. ¿No era esto bastante para hacerlos contrarios?

Lamentando su prisión, su aislamiento, y sobre todo el alejamiento de su padre bien amado, que quizás no sabía donde estaba, pues en el momento de su robo, su padre se hallaba lejos de su casa, su dolor era inmenso, y sin embargo no sentía ya repugnancia contra su robador. Casi sin darse ella cuenta abrigaba en su pecho la lástima por los sentimientos amorosos que

de Mesvardo hácia ella se desprendían.

—Traeos á mi padre, á el Sabidor, le dijo un día á Mesvardo, y quizá os lo perdonaré todo.

Desde aquel instante, Mesvardo, con sus gentes, buscó en el pueblecillo, en la casa misma de la robada, en las villas inmediatas, en el campo, en todas partes al anciano Sabidor, padre de Iñiga, y jamás pudo obtener la más leve noticia suya.

Cada vez que entraba en la torre de Iñiga, esta invariablemente le preguntaba.

—¿Y mi padre?

—Aún no he podido verlo.

Y efectivamente Mesvardo había hecho prodigios para encontrarlo.

El padre de Iñiga, el anciano misterioso de la villa, el Sabidor como le llamaban, había desaparecido.

VIII.

Todo cuanto hemos narrado, había pasado en el transcurso de tiempo de seis días, desde que allí llegara robada Iñiga.

Al sétimo día faltó Mesvardo del castillo, para ir á una espedición necesaria al sostén de su renombre, y al señorío de sus tierras.

Aquel día, á pesar de ser Rodendra la encargada de la custódia de Iñiga, Rango penetró en la torre para llevarle la comida.

—¿Dónde está Mesvardo? preguntó Iñiga.

—No vendrá hoy ni mañana. Yo te amo, y te salvaré si quieres.

Iñiga no contestó.

—Yo te amo, repitió Rango, y te conduciré donde desees.

—Salid, repuso la presa.

—¿Es que acaso amas á ese miserable?

—Salid al punto.

—No sa!dré, y necesito en el momento, obtener de ti el consentimiento de nuestra huida. Y te advierto que si no es así, no lo verás; yo cuidaré de asesinarlo. Responde.

—Haz lo que quieras, como villano é infame que eres.

En esto se oyeron unos pasos, y apareció en la puerta la vieja Rodendra.

—Te llaman, dijo, dirigiéndose á Rango. Encierra á esa tonta y vamos.

Rango y Rodendra salieron juntos de la estancia; más volviendose el primero, con voz reconcentrada y baja, le dijo.

—Prepárate, y hasta la noche.

Ya sola Iñiga cayó en el más inmenso sufrimiento y desesperación. No conociendo aquel nuevo peligro, habiendo pasado ya los primitivos que tan terribles fueron para ella, pero que hora por hora, dia tras dia habian ido desapareciendo, y casi, casi ya no existian, si no fuera por estar separada desu anciano padre, al ver presentarse á Rango tan de repente, agena como estaba

de tal sorpresa, pues no comprendía que ninguno de los servidores del Castellano á tanto se atreviese, cayó como hemos dicho desde el primer momento en la más profunda desesperación.

Despues de mil espasmos y contracciones de terror y desaliento, se preparó para todo. Para morir antes que ser tocada ni en su túnica por aquel monstruo.

Allí estaba el cuchillo de la comida que le habian servido, y guardolo en su seno.

IX.

Cuando Iñiga fué vista por Mesvardo en el agimez de una casa de la aldeilla cercana, preguntó á Rango que quién era, y este no le pudo dar otra respuesta sinó que no la conocía, ni él ni nadie del pueblecillo, y que la casa donde la habia visto era donde acostumbraba pasar el Sabidor cuando al pueblo venia.

El Sabidor efectivamnnte era muy conocido en toda la aldea, sin saberle dar otro nombre, pues ignoraban quién fuese, porque cada vez que en ella se presentaba era para derramar numerosos beneficios entre sus moradores.

Los prińcipales y más señalados eran el arte de curar, y en este arte representaba verdaderamente una providencia, un mago, sin sabio, un ser maravilloso. Ninguna dolencia por muy grande que fuese, dejó de tener cura al ponerse en su tratamiento, y por esta causa le vino el nombre general con que siempre le denominaban.

En una de estas curas, practicada en una anciana viuda del pueblo, esta le dcnó su casa con todos sus menesteres; y á sus repetidísimos ruegos, el Sabidor tomó posesión de ella, pero sin hacer en la misma su constante morada, y si solo cuando llegaba á la aldea.

¿Dónde vivia? ¿Cuál era su orígen? Todo el mundo lo ignoraba, y nadie ya cuidaba de averiguarlo. Y aunque la casa siempre la dejaba abierta, y la

anciana viuda su donante, la cuidaba de tiempo en tiempo, ninguno de los vecinos fué osado á penetrar en ella, ni averiguar sus misterios. Les bastaba el sentimiento noble del agradecimiento, por los muchos favores que de él recibian.

Pero sucedió el rapto de la jóven por los secuaces de Mesvardo y el mismo Mesvardo, llevado á efecto solo por este en la noche de aquel dia en que la viera en el ajimez, y sorprendiéndola casi dormida en una banqueta divan en la casa del Sabidor.

Nadie conocía á aquella jóven ni sabía que existiese en la casa del Sabidor, ni aun la muger anciana que la casa diera; y como ninguno de los vecinos tampoco hubiese visto este rapto, por ser ya pasada la hora de cubrefuegos, quedó este hecho completamente ignorado de todos, á excepción de los que acompañaron á Mesvardo y Rango para realizarlo.

Al volver el Sabidor, y encontrarse sin su hija Iñiga, que siempre habia

estado oculta á las miradas de todos, pues que su verdadera casa era otra subterránea distante de la aldea, que comunicaba sin ser posible adivinarlo, con la que en el pueblo tenía, y en la cual se penetraba y tenía oculta salida por la charca del Grajo; adivinó, pensó que nadie podía ser el autor del robo de su hija, más que los bandidos del castillo de Guta, y desde aquel instante, olvidando su vida de beneficios, quiso empezar á tenerla para practicar horrores y terribles venganzas.

Desde este mismo día no se volvió á ver al Sabidor en la aldea.

Ya hemos visto anteriormente que solo Mesvardo por manifestación de Iñiga, sabía que esta llamaba su padre al Sabidor.

X.

Como necesario á nuestra referencia, nos es preciso anticiparnos quince años

al tiempo en que suceden los acontecimientos de esta tradición.

Era el año de 1327.

Ferdux el Verde era un guerrero, un pirata, un bravo, siempre en guerra con los moros, y contra los moros, según las oscilaciones que las luchas determinaban; pues los cristianos iban avanzando insensiblemente en su reconquista, desde el Norte en donde empezara, hasta el medio día, donde su terminación se aproximaba rápidamente.

Cerca de Ebora, Montoro, la aldeilla de Vall-Horce, era la morada de Ferdux.

Cuando tuvo tiempo de pasar unos días, y vivir verdaderamente en la aldeilla ya dicha, lugar de su señorío, fué cuando volvió de una expedición trayendo á su jóven esposa, que era una maravilla de belleza.

Desde el día en que llegaron Ferdux y su esposa, se puede asegurar que lo menos en un año no salieron de su castillo, colocado en el extremo Norte del pueblecillo de Vall-Horce.

Era un amor de delirios el de Ferdux y su esposa, y era un amor inacabable é indestructible.

Ferdux, delgado y alto y moreno, con su figura suelta y atlética, y sus cabellos y barba negros como el azabache, y ojos grandísimos y rasgados, también negros, era una acabada figura varonil.

Yaga, su esposa, era hermosísima, alta y esbelta. Andando despacio y magestuosa parecía cimbrearse como un lirio sobre el haz del agua. También algo morena, y el pelo abundantísimo velado en aparentes tocas en la superficie, caía en abundantísimas trenzas por su espalda.

No podía darse mayor belleza, más constante magestad, y en sus deliquios de amor más arrebatadora dulzura, despidiendo mieles en estos instantes sus ojos, que contínuamente fulguraban rayos.

Pasados eran cerca de dos años en esta vida de amores, y habían tenido una hija, y además Yaga se encontraba en el principio de otro embarazo.

En el comienzo de la primavera, Yaga y Ferdux principiaron á dar unos paseos á pié hasta las orillas del Guadalquivir cercano, á la vista de su castillejo.

Una cabalgata de guerreros pasó un día, y tuvieron tiempo de ver aquella pareja, que ascendía en dirección de Vall-Horce.

El jefe que los mandaba se extremeció profundamente, y en el primer momento, casi intentó arrebatar aquella hermosura; pero estaban ya á las puertas de Vall-Horce, Ferdux y Yaga, y esto era imposible.

XI.

La cabalgata que por aquellos lugares pasara era la de Pedro el castellano de Guta, en el territorio de Mont-Ulia; y Pedro el castellano, verdadero foragido, al ver á Yaga, ardió en vehementísima pasión por ella.

Antes de llegar Pedro á su castillo ya sabia por sus vasallos que le acompañaban, y los informes que recojió de los lugares que habia atravesado, quién era aquella hermosura, y quién era Ferdux el Vende, y sobre todo con que fuerzas este contaba para la vida guerrera.

Pedro comprendió imposible el alcanzar la posesión de aquella muger, y todo fué locura desde que llegó á su castillo, pensando solamente en conseguirla.

A los dos dias de llegar á su morada, en el campo, y en el final del descenso del castillo, donde habia una hermosa corriente de las aguas rodantes de la charca, á igual y en dirección á oriente colocada, meditabundo y sombrio se encontraba el castellano Pedro cuando se le acercó una zíngara, una bohemia, una árabe, en una palabra, y le dijo con voz melosa.

—El amo está aburrido. ¿Quiere estar contento?

—¿Quién eres? ¿donde vas por estos

lugares? repuso con sorpresa el castellano.

—A la ventura camino, con la ventura lucho, y á la ventura debo la vida.

—¿Pero donde?

—Desde aquí á ese castillo para yantar y dormir: desde ese castillo á la aldea; de la aldea á la villa; de la villa á otro castillo.

—¿Y dices, que si quiero estar contento?

—Lo he dicho, mi señor; y yo os juro lo he de cumplir.

—Pruebámelo.

—Voy al punto. El amo está triste porque no puede alcanzar lo que desea, cuando siempre hasta lo imposible ha conseguido.

—Verdad. ¿Qué es, pues, lo que deseo?

—Una garrida muger.

Pedro el castellano quedó maravillado, y sin esperar á más levantose, y le dijo.

—Acompáñame al castillo. Allí descansarás y allí comerás; y allí te daré todo cuanto me pidas.

XII.

Al dia siguiente salía la bohemia del castillo de Guta, acompañada y precedida á larga distancia de uno de los servidores del castillo, que conocía el lugar de la aldeilla y castillo de Vall-Horce, donde moraban felices los castellanos Ferdux y Yaga.

El servidor de Guta, alojose en el pueblo pidiendo trabajo solamente por el alimento, que no tardó en encontrar.

La bohemia dos horas despues penetró tambien en la aldeilla, en el dia siguiente á la salida de ambos del castillo de Guta.

No tardó la bohemia en hacerse conocer de todos los vecinos, vendiéndoles avalorios y cintas con lentejuelas doradas, y á las cuatro de aquella misma tarde penetraba en la morada del castellano Ferdux llamada por Yaga, por uno de sus criados.

Despues de la conversación que con Yaga tuvo la Bohemia, manifestò la primera el deseo de que allí continuase esta morando, y efectivamente allí quedose, y allí fué por los señores mimada sin tasa, pues los hechizos de esta en el baile, y tocando la guzla y la pandereta, hacian los encantos de todos, principalmente de Yaga que se solazaba sin medida con las seducciones de la bohemia.

Muchas veces Ferdux, presenció en unión de su esposa los bailes y cantu-rias de la gitana, agena como estaba de pensar que aquella serpiente se habia introducido en su castillo para arrebatarle la felicidad de toda su vida.

Un mes pasó escasamente en esta vida de solaz, y aunque los servidores y Ferdux notaron graduales somnolencias en la castellana y alguna falta de memoria, no pararon mientes en ello, pues el estado interesante en que se encontraba, era más que suficiente para que se dejasen ver estas alteraciones.

Las horas de mayor deleite de la

castellana eran las de las primeras horas de la noche, y á los rayos de la luna, y en una placeta precedente al castillo, sentada, veía deslizarse las undosas corrientes del Bétis, que semejaban miles quebrados espejos.

Allí la bohemia le contaba cuentos é historias, y allí también tocaba la guzla con una maestría inimitable, hasta que sorprendida la castellana por el sueño, se retiraban ambas al interior del castillo de Vall-Horce.

Era á mediados de Julio, y Ferdux había salido á correrías con sus mesnadas.

Era el segundo día de su ausencia.

En el castillo no había quedado más que una corta guarnición de defensa, y dos servidoras ancianas, que cansadas de las faenas del día empezaban á dormitar en sus bancos.

—Esta noche no hay luna: le impiden salir ese montón de nubes tan espesas, y sin embargo quisiera pasear, dijo la castellana á su favorita.

—Vamos, pues, le repuso la bohe-

mia, porque antes que lleguemos á la orilla del rio, saldrá brillante, y la veremos.

—¿El qué veremos? replicó Yaga.

—¿No se recuerda la señora? La luna que está ahora escondida.

—Sí; busquémosla. Anda, Azliar.

La castellana y Azliar la bohemia salieron del castillo y bajaron la pendiente que conducía al rio.

—Sentémonos, dijo Yaga. Estoy cansada. Me dormiré.

—Aquí veremos salir la luna, añadió Azliar.

—Dormir es mejor. Vamos. Y Yaga se dejó caer en un césped.

—¿Por qué no tomais un alajú?

—No tengo aquí. Marcha por ellos.

—Yo los tengo. Tomadlos.

Yaga tomó dos alfajores, muy cargados de especias, que Azliar le presentó, y ambos se los comió con gran deleitación.

Unos momentos después Yaga dormía profundamente.

En este instante Azliar se puso á

tocar la guzla, y momentos después aparecieron dos hombres y tres caballos llevados del diestro.

Uno de los caballos fué atado á un tarage.

En seguida montó uno de los dos hombres en otro caballo, y el que lo acompañaba y Azliar tomaron en brazos el cuerpo de Yaga y lo colocaron en la delantera del ginete.

Un instante después el otro hombre también cabalgaba, y ambos ginetes con su presa caminaron á orillas del rio.

Azliar continuó allí sola tocando su guzla, y una media hora después, cesando de tocar, montó en el tercer caballo atado al tarage; cabalgó como una saeta, y por las mismas huellas de los dos caballos que la habían precedido.

XIII.

A la mañana siguiente de la fuga de Yaga de su castillo de Vall-Horce, todos los servidores del castillo de Guta desde antes del alba habían salido de espedición hácia Córdoba, y nadie, absolutamente nadie había quedado en él, á escepción del castellano Pedro, que en la puerta del mismo, y en dirección de oriente, miraba ávidamente por entre los matorrales en toda la distancia que alcanzaban sus ojos.

Ni un campesino se veia en lontananza ni en los alrededores. Parecían completamente desiertos aquellos contornos.

El castellano no disimulaba su terrible impaciencia solo como estaba en aquel sitio, semejando un fantasma guardador de una fortaleza del infierno.

A las siete próximamente llegó á percibir un bulto, primero, rapidísimo,

que despues logró ver era un ginete, y unos instantes más despues, una muger á caballo que corria á todo correr.

Posteriormente logró divinar otro ginete que caminaba al paso, y su pecho lanzó un prolongado respiro, como si hubiese tenido contenido el aliento horas y horas.

Azliar llegó á él, pasó á un lado, y sin detenerse, penetró por el puente de la puerta, descabalgando en el patio del castillo.

El castellano sin moverse le habia preguntado anhelante al pasar.

—¿Viene?

—Si. Azliar te lo prometió, contestó la gitana penetrando sin detenerse.

Momentos despues llegaba al castillo el ginete y Yaga, aun todavía desmayada, y penetrando en él, él castellano la levantó en sus brazos del arzon, y en sus brazos la condujo á un lecho.

El otro ginete que les seguia llegó tambien, y el castillo quedó en el mismo silencio que aquel dia conservaba, á ecepción de la estancia donde se encon-

traba Yaga y Azliar y el castellano, esperando pasase algun tiempc de reposo la desmayada, pues Azliar no quería obrar todavía la reacción del sueño ó desmayo en que Yaga se encontraba.

Efectivamente cuando ya pasó una hora, y Azliar se preparaba á administrarle un filtro á la desmayada, esta pareció estremecerse, moverse, y por último despertó del letargo, fatigadísima.

Azliar entoncés cambió su pensamiento de darle la poción preparada, y la vació y descompuso en menor dosis, agregando á aquella la cantidad de una taza de agua.

Ya así preparada, le hizo beber un poco, y sucesivamente despues, y á iguales intérvalos y en la misma cantidad, le administró lo demás.

Azliar se puso desde que la vió despierta á canturrear una de sus canturias amorosas, y de compás señoliento, que tanto agradaban á Yaga.

Despues de pasadas tres horas dieron á Yaga un buen alime nto, y vieron

que en agradable éxtasis no parecía extraña á nada de cuanto la rodeaba.

Despues durmiose profundamente.

Azliar y Pedro se retiraron de la estancia.

—¿Quieres quedarte aqui para siempre, le dijo el castellano?

—No, repuso Azliar; mi vida es de movimiento y de azares. Me marcho.

—Toma las mil doblas de oro prometidas; y estas cincuenta más como reconocimiento.

—Que seas feliz. Ya sabes. La felicidad de los unos, es la desgracia de los otros. Vamos á buscar un caballo que me darás tambien.

—Vamos.

Una media hora despues, á las tres de la tarde, y con un sol abrasante, Azliar montaba nuevamente á caballo, y se despedía del castellano de Guta.

XIV.

Yaga quedó desde aquel dia por dueña del castillo. Su memoria estaba perdida completamente, y todo lo encontraba natural, y nada extraño, ni tampoco parecía advertir ni apercibirse de que allí no se encontrabasu hija, que dejó abandonada en Vall-Horce, ni que Pedro, el castellano de Guta, no era Ferdux el Verde, su idolatrado esposo.

Satisfecho Pedro en todos sus deseos, la existencia en el castillo de Guta se deslizaba tranquila para sus moradores, sin que se preocupasen las mesnadas y los servidores de él de la nueva castellana, que les era y parecía completamente inofensiva, pues su vida era en realidad el recojimiento árabe destinado solo á el amor y la persona.

Los dos ancianos servidores que habian sido los robadores de Yaga en

unión de la bohemia Azliar, jamás digeron de donde había venido, ni como se llamaba, puesto que ellos ignoraban su nombre, y solo era reconocida por todos con otro nombre distinto del suyo.

Este nombre era el de Rodendra.

A los cuatro meses de su permanencia en Guta, tuvo Rodendra un niño; y este fué desde aquel punto considerado por todos como hijo también del castellano Pedro, y hermano por lo tanto de su otro hijo mayor, que el castellano tenía, y que contaba solamente tres años, habido de su primera y única esposa, que falleció al darlo á luz.

Pedro el castellano, Rodendra su amante, considerada por todos, y Mesvardo el hijo mayor de Pedro, y Rango el recien nacido, eran los señores del castillo de Guta.

Pero esta tranquilidad duró escasamente dos años, pues Pedro el castellano murió en la guerra.

Volvamos ahora para terminar este episodio á la suerte que cupo á Ferdux el Verde.

Los vasallos del castillo de Vall-Horce, cuando las dos ancianas criadas despertaron de su sueño casi á la media noche, y notaron que su señora y Azliar no habían vuelto de su paseo en la pendiente del rio, viendo que no sonaba ni la guzla ni la santuria de la gitana, por órden de uno de los criados, se lanzaron todos en su busca, y dos de ellos montaron á caballo para reconocer en larga estensión los alrededores.

Apenas asomó el alba, salieron todos á caballo nuevamente. Eran cinco, y se alejaron en diversas direcciones á cinco y seis horas de distancia, y en ninguna parte pudieron hallar señal alguna del paso de las dos mujeres escapadas.

A las cinco de la tarde volvieron desesperados de su correría infructuosa.

Bien entrada la noche volvió Ferdux de su espedición, y encontróse con aquella catástrofe.

A la mañana siguiente, aparecieron colgados de las almenas del castillo los

cinco servidores y las dos mujeres; y dejándole el castillo á su mesnada, con cuanto había dentro, se despidió de ellos para siempre en compañía de su hija de unos dos años, y arrancándoles juramento de que atestiguasen su muerte, y de que si encontraban á los robadores de Yaga, los asesinasen sin piedad.

Su mesnada se lo prometió solemnemente, y después de haber entregado el mando de la misma y el de su fortaleza al primer jefe, quedaron todos esperando tributar sus últimos respetos á us castellano que partía en seguida.

Ferdux, á caballo con su hija en brazos, y Ciscos, el más jóven de sus vasallos, con una mula poderosa cargada de sus riquezas, desaparecieron del castillo de Vall-Horce para siempre.

XV.

Volvamos ahora á seguir el curso de nuestro principal relato.

A los dos días de la visita de Rango á la encerrada de la torre, volvió á salir Mesvardo para correría indispensable, y Rango quedó de guardían en el castillo.

Breve tiempo tenía que durar su ausencia, y comunicándoselo á Iñiga, que quedase ella allí sin comunicación con ninguno del castillo hasta que él volviera, y Mesvardo concediéndoselo, después de llevarle de todo lo que hubiese necesidad, se retiró dejándola encerrada.

Mesvardo no pensó ni por un momento en darse cuenta de este capricho de Iñiga, y solamente sintió el placer de creer que el solo entre todos los moradores del castillo, era el más aceptable para las miradas de la jóven.

Desde el alba, y despues de la despedida de Mesvardo, se asomó Iñiga á un agimez de la torre que habia abierto para contemplar el espacio, con su campiña lejana y á trechos los matorrales espesos, las verdes y levantadas colinas, los montes más lejanos y blanquecinos en sus linderos con el horizonte, y por último las villas enclavadas en aquel pintoresco territorio, de Dos Hermanas, Regina, Aspavia, Ategna, y otras más lejanas y perdidas.

En aquella contemplación muda, en aquel embeleso, en aquella dilatación de sus pulmones, suspiros se escapaban de su pecho de momento en momento, y alguna lágrima, que aunque abrasadora, refrescaba todo su ser.

Varias veces dirigió la mirada por el interior de la estancia, y vió sobre la mesa los manjares de su alimento que Mesvardo habia introducido, y aunque se sentía débil, separaba la vista de ellos con repugnancia.

Ya habia pasado una hora en esta contemplación, cuando se retiró del

agimez, y por distracción, por cansancio de su inactividad, se puso á arreglar la cámara, principiando por sacudir y limpiar las pieles de su lechc.

Ocupada distraidamente en esta faena, sintió un sordo tableteo, y vió una sombra rodar por su cabeza, que la puso en peligro de perder el conocimiento, pero esto fué brevísimamente, y escapósele un grito de placer de sus labios.

—Juan, Juan mio, dijo acariciando en sus faldas, al reclinarse en la tarima del lecho, á un grajo hermosísimo, y de reluciente y aterciopelado plumage, que quieto y erguido, no excusaba, y más bien saboreaba con delicia los besos que Iñiga depositaba en su cabeza.

—Juan mio, repetía. ¿Sabias que estaba yo aquí? ¿Donde está mi padre? ¿Sabe que estoy presa? Dímelo. Habla. Tu siempre has hablado á tu modo, y yo te he comprendido; y sobre todo siempre me entiendes. No es verdad? Pero estate quieto. Toma. Toma. Hace

ya ocho dias que no te beso, que no te
he visto. ¿Quién te ha dado de comer?
Mi padre. Bueno. Pues hoy voy á ser
yo, y vamos á almorzar juntos, vaya si
tengo apetito. Ven; ven.

E Iñiga se levantó despues de haber
soltado al suelo el grajo, que siguiola á
brincos, hasta la mesa á donde subió,
y sin mirar á los manjares tenía sus
ojos fijos en Iñiga.

Esta al punto comenzó á cortar tro-
citos de javalí, y los fué dando con sus
dedos, uno á uno, á su Juanillo, y aun
algunos de ellos, tomados de su misma
boca por el pico del pájaro, dejándole
por último otros muchos cortados sobre
la mesa, y retirándose y diciéndole.

—Comételos todos. Yo voy á escri-
bir á mi padre y tu le llevarás mis pa-
labras. ¿No es verdad?

Y en seguida la jóven, cortando con
el cuchillo un pequeño trozo de finisímo
cuero que formaba un sillon, picándose
en una vena, y afilando una pequeña
astilla que tambien arrancara, escribió
á su padre lo siguiente.

"Castillo de Guta; Torre de poniente; contéstame. Iñiga.„

Seguidamente y poniendo un hilo al pergamino, dirigiose al Grajo que la contemplaba engullendo sus trozos de javalí, y por debajo del cuello, bien oculto entre su plumage, se lo ató cuidadosamente.

Un coloquio nuevo siguió al punto, de ternuras y besos para su Juancillo, que parecía no querer acabar nunca, sin embargo de mostrar grande impaciencia, y por último tomándole en sus brazos, lo llevó al agimez y le dijo.

—Ahora á mi padre. A mi padre. ¿Entiendes? Le llevarás este pergamino. Este, repetía, tocándole á su Juan en el pecho. Este pergamino. ¿Oyes? Se lo llevarás al punto para que venga por mí; para que me salve de este encierro. A mi padre, te repito; llevároselo á mi padre; y vuelve, vuelve para que te bese, y me vaya contigo.

El Grajo, con todo, no pareció darse por entendido del mandato, y más significaba de gozar y el estar muy contento

con los halagos y besos que recibía: más Iñiga, demostrando más impaciencia, y decidiéndose por último, dándole un beso más apretado, más ansioso, lo lanzó al espacio, repitiéndole sin cesar, mientras el pájaro se alzaba en el espacio, y mientras creyó pudiese oirla.

—A mi padre, á mi padre, á mi padre.

Siguiólo con la vista, y viólo descender, y desaparecer en la charca, que había en el hoy mismo sitio de la fuente del Grajo.

XVI.

Ocupado Rango con la ausencia de la mesnada y del castellano, apenas quedó solo, subió con avidéz á la estancia de Iñiga, creyendo estaría la puerta abierta, pues Mesvardo no le había dado ni las llaves, ni orden alguna.

Cerrada vió la estancia, y su sorpresa y desesperación fueron terribles.

Intentó mirar por todos lados, y nada veia, y muchas veces estuvo por derribar la puerta, y penetrar en la estancia, y arrastrar á la jóven á sus impuros deseos muerta ó viva.

Su pasión era desenfrenada: era la primera vez que la sentía.

Como la fiera en su cubil, que muerde incesantemente los hierros, y voltigea para buscar su salida, husmeando, oliendo, mirando, escuchando: Rango se revolvía en su impotencia, y se arrancaba con rábia los cabellos, pero no se separaba un punto de la puerta.

Sin embargo hubo un instante en que retiróse, y bajó para buscar un hacha, y tardó algún tiempo para distraer á Rodendra para que no lo viese, y además porque se presentó á la puerta uno de la mesnada á recojer un nuevo caballo, porque el que tenia se había encojado; y tuvo que echar el puente para que pasase, y volverlo á levantar, cuando salió el guerrero con nueva cabalgadura.

En este espacio de tiempo fué cuando sucedió la escena del Grajo.

Cuando volvió Rango, su sorpresa fué terrible, pues dentro de la estancia oyó hablar á la jóven, aunque sin poder precisar sus palabras, pero oyendo por fin las últimas.

—"Vuelve, vuelve para que te bese, y me vaya contigo.„

Hablaba pues con un mancebo, con un enamorado? desde que se retiró Mesvardo, solo él habia llegado á aquella puerta, que estaba cerrada. ¿Tenía las llaves la jóven? Esto no era posible. Si así fuera, Iñiga hubiera tratado de escapar. ¿Se las había llevado Mesvardo? Esto era seguramente lo cierto. Mientras él bajó por el hacha entraría el enamorado de Iñiga. ¿Pero quién era este? En el castillo no había quedado nadie más que él y Rodendra. A esta la había dejado en la cocina. ¿Quién era pues el enamorado? Y sobre todo, por donde había penetrado, cuando esto era imposible por el agiméz de la torre, dadas las condiciones del castillo.

Todas estas ideas y mil más pasaron

por su mente rapidísimamente; y sin embargo, preparòse para dar un hachazo, más se contuvo al momento.

Había sentido que andaban en la cámara, y la voz de Iñiga casi perdida, como hablando por fuera del agiméz, decir. "A mi padre, á mi padre, á mi padre.„

El mancebo, el enamorado pues, se había retirado, y se había retirado por la ventana.

Esto era monstruoso, inconcebible, satánico. El demonio era sin duda el amante. Otro no podría caminar por los aires, y penetrar por la ventana de la torre.

Y además se sabia quién era Iñiga? Todo el mundo lo ignoraba. La primera vez que se vió fué por Mesvardo. Nadie de la villa, jamás, la habia conocido.

Estos fueron los nuevos pensamientos que sobrecogieron á Rango, y haciendo la señal de la cruz, y retirándose de la puerta, andando de espaldas, se fué al pátio del Castillo y allí estuvo casi

aletargado, hasta que llegada la noche, volvió Mesvardo con sus vasallos.

XVII.

La primera visita de Mesvardo, fué á Iñiga.

Todo el dia habia estado la jóven contentísima; pero al llegar la noche, y esperando la visita de Mesvardo, procuró disimular su estado, haciendo que apareciese su rostro con el tinte sombrío que habia revestido desde su llegada.

Como siempre hablaron; Mesvardo solicíto, cariñoso, tierno, triste. Iñiga, seria, grave, prudente: quedando por último convenidos en 'que ella sería dueña de la puerta.

Mesvardo fué en seguida á presenciar el yantar de sus gentes. Cuando salia, y al dar una vuelta, la primera por el patio del Castillo, pues estaba siempre calenturiento, y en completa acti-

vidad; Rango se le acercó al parecer cobarde, temeroso, temblando, improcopia conducta de su caracter duro y terrible.

—¿Que traes? ¿Quieres algo?

—Nada. Era solo...

—Habla. Dí.

—Sentémonos.

—¿Por qué?

—Tengo que hablarte, y no me atrevo.

—Pues despacha. No estoy para pasar el tiempo. Habla.

—¿Cuando esta mañana salistes quedó alguien en el castillo?

—Tu y Rodendra, lo sabeis muy bien.

—¿Nadie más?

—¿Estas enfermo? ¡Tiemblas! ¿Tu temblar?

—Sí, yo, no se por qué. Es maravilloso.

—Concluyamos. Siéntate aquí.

Y se sentaron en un inmenso asiento de piedra, saliente y labrado en la misma roca en la superficie del patio. Rango continuó.

—¿Tiene alguno otra llave de la puerta de la cámara de Iñiga?

—Nadie.

—¿Hay alguna posibilidad de entrar en la torre fuera de la puerta?

—Ninguna.

—Pues esta mañana habia en su cámara una extraña persona. A Iñiga le oí decir. "Juan mio„ y "á mi padre, á mi padre, á mi padre„

—Estas loco. Hablaría sola. ¿Quién habia de entrar? ¿Has dejado tu caer el puente desde que se abrió á mi partida?

—No. Pues nadie entró con Lesmes cuando vino con el caballo cojo.

—¿Lo ha dejado caer Rodendra?

—No.

—¿Pues entonces, quién habia de entrar.

—Pues Iñiga ha hablado con uno, y como nadie ha podido entrar, este ha penetrado por el ajimez, de la torre. Satanás sin duda.

—¿Pero tú le has visto?

—No. A ella solamente le he oido las palabras ya dichas. Se llama Juan.

—Has bebido demasiado. A paseo, pues.

Y Mesvardo se retiró de Rango dejándolo en el patio sentado é inmóvil sobre el asiento de piedra.

Olvidado Mesvardo enseguida de aquella locura, soñando en sus amores, tomó lecho á la puerta de la cámara de la jóven.

XVIII.

El mago, el Sabidor, desde que desapareció su hija, dejó de vérsele tambien en la aldeilla, como ya hemos manifestado. Su casa habia aparecido despues con un letrero grabado en sus puertas, que decía estas palabras.

"Todo lo de esta casa para el pueblo. Hoy dejará de existir el Sabidor.„

Se habia retirado á su casa subterránea, destruyendo él por su mano é interceptando la galería que comunicaba desde su casa de la aldea, á la otra en

que se había retirado, y que era donde en realidad vivía dedicado completamente á sus estudios.

Al conocer su desgracia y pensar que el autor de ella no podía ser otro que el castellano Mesvardo, y sus mesnadas salvages, comprendiendo á la par la imposibilidad de realizar locamente su intento de recuperar á su hija y vengarse, pensó y meditó mucho para ello.

La ûnica salida que tenía esta casa su morada, cortada por sus manos la comunicación con la de la villa, era solo el barranco, la charca ya dicha del Grajo; que formaba mitad bajo la roca, mitad fuera, situada á unos quinientos metros del castillo.

La salida por la charca ó laguna, no solamente no era conocida, ni posible conocerse, sino que era dificilísimo el hacerla practicable, como no fuese saliendo entre el agua, tendido, por el impedimento de la roca que el agua rozaba ó lamía. Sin embargo, por allí salía y entraba de noche el Sabidor, an-

tes y después que desapareciese su hija.

Y aquel subterráneo y aquella salida, era la comunicación favorita y casi única que para sus escursiones y merodeos campestres tenía el grajo, compañero único del Sabidor y de su hija.

Y puesto que recientemente hemos presentado nuestro pájaro en escena, lo seguiremos desde el momento en que penetró en la charca de su nombre.

Ya en la galería subterránea, el Grajo siguió como una saeta, volando en la oscuridad, produciendo el ruido de sus alas un tableteo cada vez más sordo en proporción que avanzaba hácia la morada de su dueño.

Desde la galería que ya en su extremo era altísima bóveda, penetró por una claraboya informe el pájaro á raiz del techo, puesto que en aquel punto el subterráneo se cortaba de repente, presentando en su frente y conclusión, pedruscos salientes del verdadero natural sin presentar ni la más lejana apariencia de puerta alguna de entrada.

La claraboya por donde penetró el pájaro, ni aún con las luces más intensas podía alumbrarse, pues no era otra cosa esta claraboya que un intersticio, juntura de las piedras con diversos salientes y direcciones.

Con todo, en un lado de aquel frente había una puerta que la formaba una gran piedra desigual en sus extremos y en su superficie.

El pájaro penetró en una estancia, y después en otra y en otra, forradas todas de madera, y después cubiertas de grandes pieles, sugetas con clavos que atravesaban monedas de plata y oro, de todas las existentes hasta aquella fecha, que semejaban caprichosos dibujos fantásticos de grupos de flores, y de animales informes, y de árboles y paisages, y que vistas á toda luz no se podía detener la imaginación á distinguir qué era lo más maravilloso, si la abundancia de las monedas, ó el arte pintoresco con que estaban clavadas.

Por último, el pájaro llegó á una es-

tancia más extensa é iluminada con luz natural, que penetraba por el techo, y cuyas claridades eran desiguales, caprichosas, informes, como si estuviesen veladas por el exterior, con grandes ramages y troncos y espesura, pero interceptada además con una techumbre de cristal grueso y verdoso.

Esta estancia era de un aspecto singularísimo. Era un centro general, que representaba todos los oficios y todas las artes, viéndose por las paredes y el suelo y por todas partes infinidad de útiles y herramientas: y además un museo, pues también había ánforas, jarrones, platos y cuadros, colocados sin orden ni concierto.

Allí se encontraba el Sabidor sentado delante de una mesa grandísima con un plano estendido.

XIX.

El grajo se posó en la mesa al parar su vuelo, y no por eso levantó sus ojos el anciano para mirarlo.

Avanzó más hácia el, y puso una de sus patas sobre el plano y graznó dos ó tres veces.

El Sabidor no miró sin embargo: parecía una estatua por su fija inmovilidad.

El ave avanzó aún más, y vino á colocarse pegada al rostro del Sabidor, graznando nuevamente.

—Quita, aparta, siemple; díjole empujándole dulcemente.

Pero á este contacto el viejo se-extremeció, y atrajo al Grajo hácia sí examinándole el pecho.

Sus temblorosas manos buscaron ansiosas, y asombrado, espantado, encontró el pergamino, y arrancándolo lo leyó ávidamente.

Despues de leido el pergamino de Iñiga, su padre, reconcentrado, sereno casi en la expresión del semblante y en el tono de sus palabras, murmuró.

—Mesvardo es un robador, lo adivinaba, y ya llevo ocho dias de trabajo constante. Yo destruiré su castillo. Yo consmataré á Mesvardo. Paciencia, y constancia y prudencia serán mis armas. Yo libertaré á mi hija. La interrupción que la otra galería que desde esta toma la misma línea de su castillo, pronto acabará. En ocho dias he trabajado como veinte. Seguiremos sin descanso para salvar á mi hija y para destruir á Mesvardo y á todos los suyos. Con paciencia y voluntad todo lo alcanzaré, lo realizaré, lo saborearé, y entonces moriré: antes sería imposible, porque yo no quiero.

El ave entretanto habia estado recorriendo la mesa, esponjando y sacudiendo sus plumas, colocándolas bien en una palabra.

—Contestaremos á Iñiga, continuó el sabidor, tomando varias hoj as de finísi-

mo pergamino, y escribiendo en una. "Defiéndete; fia en tu padre. Te salvaré,„ y continuó su monólogo.

—Ahora no sería oportuno. Esperaré á mañana á la primera salida del alba. Mi hija me ha escrito á esta hora, porque en esta hora no estará vigilada. Antes del alba, pues, Juan será mi mensagero.

—¿No es verdad? dijo dirigiéndose entonces al ave, y acariciándola.

Juan recibió las caricias, y revoló por la estaucia, saliéndose nuevamente por las galerías subterráneas en busca de sus escursiones campestres.

El Sabidor, en seguida, tomando un pico y una palanca al par que una lámpara, se marchó en dirección del subterráneo, cuya arteria se dirigía á Guta, y continuó en el trabajo emprendido hacía ocho dias de apartar tierras y escombros, que colocaba en diferentes puntos.

Dejemos, pues, al Sabidor en esta ocupación interesante.

Aquella misma noche una hora antes

del alba dejó su trabajo, volvió á sus habitaciones, y dirigiéndome al grajo, despues de haber tomado el pergamino contestación preparado, tres ó cuatro más, y un punzon, negro, lo colocó todo en el cuello del animal, en el mismo sitio en que trajo la carta de su hija.

—Marcha, ya es hora; dijo al pájaro. Para Iñiga.

Inmediatamente el Grajo salió de la caverna, y se dirijió á la torre del castillo, cuyo ajimez acababa de abrir la jóven.

El ave penetró en la torre, y en los brazos de Iñiga se posó.

Otras dos cartas más se comunicaron padre é hija, diciéndole esta,por último, que aunqueMesvardo fuese su robador, Mesvardo era su esclavo, y en Mesvardo nohabia otra cosaque condicionesde grandeza.

XX.

Rango, como sabemos, estaba enamorado perdidamente de Iñiga. Sus amores hasta el día en que la vió habían sido solamente la satisfacción de las necesidades brutas, sin fijarse para nada en los manjares que la ocasión le presentaba para satisfacerlos. Aquella vida ruda, de bandidage, de violencias, de incendios, de sangre, atrofiadas, muertas, sin existir, tenía todas sus facultades, á ecepción de la moral y física, de exterminio y de horror. Y habiendo traido á aquella jóven algún tiempo en sus brazos, puesto que el fué el robador; habiendo estrechado su cuerpo, sus carnes palpitantes, calenturientas de miedo, y de exuberante vitalidad, habiendo aspirado de cerca su aliento de nardos, sintió grado á grado, minuto tras minuto, tantas y tantas nuevas sensaciones, lentas pero fuertes primero, intensas y

abrasadoras después, que desde el día en que llevó á Iñiga al castillo, no vivía, no comía, no dormía, se abrasaba todo su cuerpo, alguna lágrima se escapaba ardiente de sus ojos, y su estado completo era el extravismo.

Posteriormente la vió, una, dos, tres veces, y ya hemos presenciado que el primer día de la ausencia de Mesvardo, le dijo su amor loco, sin tener para nada en cuenta, que era su señor quien la quería también, y que nada podía contra su señor, no contando como no contaba con el apoyo de los demás del castillo, que por celos de ocupar la primera posición, le tenían notoria ogeriza.

Cuando volvió nuevamente á salir Mesvardo, acudió para entrar en la torre, y ya hemos visto su extrañeza y asombro al conocer que no podía penetrar dentro, y mucho más cuando escuchó aquella mañana, sin poder ver con quien, la conversación amorosa de Iñiga, que aquella misma noche comunicó á Mesvardo, á su llegada, y que es-

te lo creyó un delirio, mandándolo á dormir.

Rango, con todo, sin haber podido dormir aquella noche, por su amor abrasante, solamente le hacía vivir la idea de que Mesvardo no obtenía los favores de Iñiga, y pensaba, y pensaba en poder descubrir con quien tenía Iñiga, no siendo Mesvardo, aquella conversación amorosa, que á el le había herido tan profundamente.

En los instantes que Mesvardo se alejaba de la puerta de la torre, Rango acudió, y con silencio y paciencia iba perforando la puerta primero para conocer al enamorado de Iñiga, y después para forzarla, penetrar en la estancia, y conseguir sus deseos.

Aquel día Rango ni Mesvardo vieron nada. El grajo, como hemos dicho, había penetrado en la estancia, y le había llevado á Iñiga la contestación de su padre.

XXI.

Tres días más pasaron.

La conducta de Mesvardo para con Iñiga era ejemplar: era la de una adoración santa, sublime, inconmensurable. Iñiga lo veia, lo comprendía, y empezaba á sentirse orgullosa del efecto moral que había producido en el castellano, y este efecto moral, que parecía agarrársele al alma, trataba ella siempre de rechazarlo, pues no se podía olvidar de haber sido robada, y conducida allí por la fuerza.

A todas las impresiones de benevolencia hácia Mesvardo, que la adoración de este le proporcionaba, solamente la idea de dignidad y de orgullo, se revelaba algunas veces contra él.

Iñiga tambien habia visto el amor salvaje de Rango, y si no hubiera sido por este amor, que para huir de él en su posición necesitaba buscar apoyo;

por no dar lugar á esta idea, tal vez la benevolencia con Mesvardo, hubiese sido mayor.

Iñiga era una naturaleza que se crecía contra el peligro, y por esto solamente nada habia dicho á Mesvardo, de la pretensión loca de Rango, y del peligro en que se encontraba por su locura.

Le habia pedido la defensa de su estancia, pero indicandole, que solo á el temía, á Mesvardo; y sin embargo, este era su sumiso esclavo, una bola de cera caliente, fácil en las manos de un niño, de tomar todas las formas.

Sigamos nuestra referencia.

Era una mañana, y al acercarse Rango á la puerta de la morada de Iñiga, vió ya despues de haber oido palabras amorosas, por el agugero practicado, que el que recibía los besos y las caricias de ella, era solo un pájaro grande negro, que tenía entre sus brazos.

Desde este instante, Rango pensó nuevamente destruir la puerta en el momento en que pudiese tener ocasión de

ello, ausente Mesvardo, y los habitantes del castillo, para de una vez conseguir sus deseos, y hacer con este acto, si fuese posible, despreciable á los ojos del castellano la flor ya ajada de aquella hermosura.

Lo que Mesvardo, pudiese hacer en su vista, le parecía nada, pues sabria evitarlo todo por parte del castellano, sin darle aviso para ello, que era el medio más seguro de realizarlo. Y despues á falta del castellano, el se sabría imponer á los servidores, y hacerse el dueño absoluto del castillo, con aquella delicia de muger sin igual, que le habia sorbido el alma.

Rango, apenas llegó Mesvardo, se retiró de su acecho, sin que este lo viera, y cuando penetró en la cámara, volvió á ponerse á escuchar.

La conversación de los dos era casi inarticulada, con largas pausas; pareciéndole á el misteriosa, horrible, empapada de sensaciones, de deleites sabrosísimos, de encantos indefinibles, de amorosos excesos.

En Iñiga, creia Rango escuchar reconvenciones dulces, palabras algun tanto espresivas, que determinaban la carencia de ódio contra Mesvardo, indicando más bien la correspondencia de un amor platónico de dificultoso é imposible tránsito al amor material.

En Mesvardo, palabras las precisas de aquiescencia venturosa á cuanto Iñiga le decía: suspiros entrecortados, marcadores de sufrimientos dolorosos, de venturas infinitas, de deslumbradoras esperanzas.

¿Qué hablaban? Se amaban ya el castellano y su robada? Duda horrible prensaba y torturaba el pensamiento de Rango, desgarrando sus entrañas.

Esto no le era posible el soportarlo. Esto le hacia cometer mil locuras sin resultado alguno en su ventaja, y este era preciso resolverlo, y pronto; él, el único que debía ser el amante, el dueño de Iñiga, antes que se rindiese como parecía próximo en los brazos de Mesvardo.

Rango se retiró silencioso y casi de

repente como una sombra, para evitar que Mesvardo lo sorprendiese en su acecho.

Saliose del castillo, y cabalgó en línea recta oriente, y corrió y galopó y trotó como un desesperado, desgarrando los hijares de su magnífico caballo, hasta que ya sin conciencia, era él, más bien, el dirijido por el caballo.

De repente observó en dirección de su derecha, á Tobalo el cojo, que venía á toda prisa en dirección del castillo.

Rango inclinó el caballo en aquella dirección, y al tropezar con Tobalo, este le dijo.

—¡Oh! Rango. Vuélvome. Tu llegarás más pronto. Avisa á Mesvardo, que desde mi Luenga atalaya, he observado movimientos de gentes numerosas en dirección de Hius-Poley y Ventisponte. Que venga él y traiga su catalejo, y sabremos la verdad para prepararnos.

La Luenga atalaya de Tobalo, era la que hoy llamamos Piedra Luenga, donde este vivía en una casilla de ramas y piedras, y donde tenía Mesvardo

á su cuidado y al de otros dos zagalones, numerosa piara de cerdos y de ovejas y de cabras.

—¿Qué dices? repuso Rango que casi no lo había entendido.

—Que venga Mesvardo para ver en esta dirección, después de que mire en otras, si son gentes de armas ú hostiles.

—Sigue tú, respondió Rango. Yo voy á mandatos urgentes. Adios.

Cristobalo el cojo siguió en dirección de Guta, sin contestar al saludo de Rango. Este, apenas lo vió desaparecer, tornó rápidamente, y escaso tiempo después de Tobalo penetró en el castillo.

Aquella misma tarde, con diez de su mesnada, salió Mesvardo á recorrer los campos, alejándose á bastante distancia de Guta en todas direcciones.

Rango, como siempre, quedó encargado de la custódia y defensa del castillo.

XXII.

Era ya con exceso pasada la hora de entre-fuegos, y Rango recorrió todas las puertas del castillo, y el de guardia de la puerta, y el vigía de la torre de Oriente, quedando al parecer tranquilo de la vigilancia de los encargados.

Las gentes del castillo que en él quedaron estaban en armas, descansando en la habitación cerca de la poterna.

Mesvardo aún no había vuelto con sus diez corredores, y esto era la causa de que Rango hubiese tomado tan exageradas precauciones militares.

¿Por qué era la tardanza de Mesvardo? No podía ser sino favorable á los proyectos y aspiraciones que Rango acariciaba; y á la verdad, cuando llegó próximamente la media noche, y no había aviso ni señal alguna que determinase la vuelta del castellano; Rango, en sus delirios, soñaba encontrarse ya se-

ñor absoluto de la fortaleza, y sobre todo y principalmente poseedor, y en los brazos de aquella Iñiga de arrebatadores encantos.

Rango, pues, no vaciló. Aquella misma noche lo conseguiría todo. Armado de un hacha, se dirigió á la puerta de la morada de la jóven.

Silencioso y solo llegóse, y estuvo unos momentos escuchando.

El silencio de la torre era profundo, é Iñiga indudablemente estaría entregada al sueño, incapáz de comprender tenía tan cerca el tigre, que dentro de poco la devoraría.

Una ó dos veces alzó el hacha destructora, y cuando ya á la tercera iba á descargar el golpe, sintió un ruido sordo y prolongado durante dos ó tres segundos, primeramente intenso, y después gradual hasta acabarse por completo.

Era indudablemente el derrumbamiento de un muro, de un trozo de obra, un desplome, en una palabra.

Rango dejó su hacha y volvióse en

todas direcciones, tomando su lámpara que dirigía la luz donde dirigía las miradas.

Nada vió, nada percibió, y en seguida descendió el tramo de la maleza, y empezó nuevamente á recorrer todas las dependencias del castillo.

Rodendra dormía tranquilamente en su tabla. La mesnada en la sala de armas; el centinela de puerta vigilante; el de la torre de oriente en vela, y se convenció de que aquel sordo ruido que le había espantado, por ninguno había sido percibido.

¿Era aquel ruido una fantasía? ¿Cómo era que él lo había percibido con todos sus detalles? Esto era para Rango incomprensible, y volvía nuevamente á donde lo había percibido, que era en el mismo descanso de la escalera, cerca de la puerta de la estancia de Iñiga.

¿Sería dentro de la estancia de esta? Volvió á escuchar, volvió á mirar por el agujero, que había practicado, y se convenció de que Iñiga dormía.

Vaciló un momento más, un instante más escuchó, y alzó en sus manos el hacha.

Un golpe terrible y tremendo descargó sobre la puerta; un segundo y un tercero; y la puerta quedó abierta iluminando la estancia debilmente el rayo de luz que desde la parte exterior comunicaba la lámpara.

Derribada la puerta, por poderosísimo empuge, penetró Rango y arrojose sobre el lecho de Iñiga, pero esta ya estaba cerca del agimez, abriéndolo.

Verla, y sin darle tiempo para concluir de abrir las hojas de la ventana, y apoderarse de ella con fuerza desesperada, fué todo uno.

Una lucha espantosa y horrible se entabló entre ambos. Iñiga debatiéndose entre los brazos de Rango, y dando gritos desesperados. Rango oprimiéndola en sus brazos y empujándola hácia el lecho y estrujando con sus labios y semblante el rostro horriblemente descompuesto de Iñiga, que parecía estar próxima á la asfixia con la presión de

hierro de aquel círculo de carne que la oprimía.

La mesa la copa de metal, los sillones, todo habia rodado por el suelo.

La lucha acabaria pronto, era desigual; y efectivamente tres ó cuatro segundos despues, caian ambos luchadores en la tarima que constituia el lecho de pieles de Iñiga.

En este mismo instante, y á la par que el aviso del centinela de la otra torre, que era la llegada del castellano, se volvió á sentir nuevo ruido de desplome, semejante al que habia escuchado Rango anteriormente.

Ni uno ni otro ruido se habian apercibido, pues coincidía con estos el de la lucha, y el de caer sobre la tarima de madera los luchadores.

XXIII.

Rango estaba ya en la situación de conseguir sus deseos.

Apenas sintió entre sus brazos al caer en el lecho la pérdida de fuerzas de la jóven, se desprendió al punto de ella, se incorporó y la miró, y la devoró con sus ojos.

Levantose y tomó la lámpara y se puso cerca de la tarima, y entonces volvió á mirar con ánsias abrasantes, á aquella hermosura desmayada y cadavérica.

Las arterias todas de Rango estaban hinchadas y saltándosele: la sangre que circulaba por sus venas, era ardiente lava, y aunque con nerviosa impaciencia, parecía recrearse en los preliminares de su sensual intento, que solo faltaban instantes para llevarlo á cabo.

Porque Rango en su estado de excitación, y aun fuera de èl, siempre habia

cometido este y otro, y muchos más peores atentados y crímenes, y su conciencia y su razon atrofiadas, con la vida salvage que siempre habia tenido, no le hubieran permitido pensar ni un momento en vacilar para la realización de infamias.

La razon de su tardanza de momentos, era solo la devoradora contemplación de aquellos encantos, que el iba primero á manifestar.

Su excitación era ya imposible de contener, y arrojose sobre aquel cadáver, depositando por primer acto un beso candente y horrible en la faz muerta y lívida de aquella infeliz.

Vuelve á sentirse un ruido inusitado dentro de la misma estancia, y Rango al percibirlo, se incorpora y vuelve la cabeza, lanzando en el mismo punto un rugido aterrador, cayendo de espaldas, y retorciéndose en agonía desesperada, al lado del inanimado cuerpo de Iñiga.

En el mismo tiempo de lanzar Rango el rugido de muerte penetraron en la estancia Rodendra y Mesvardo.

Como una furia se arrojó la primera en los brazos de Rango, y como una fiera gritó desesperada y loca:

—Mi hijo, mi hijo de mi alma.

Rodendra, revolvió loca su cabeza y repartió sus miradas, y dijo.

—Tú, Mesvardo el asesino. No! Tú, tú. ¿Quién eres? Tú, dijo dirigiéndose á una figura recta y ríjida, próxima á una abertura nueva, que aparecía en la cámara, y que conservaba en su mano derecha, un puñal sangriento.

—¡Tú, tú, miserable! el matador de tu hijo.

Mesvardo mudo y lleno de terror miraba aquella escena; pero Mesvardo, retiró á Rodendra del salto y avance que esta dió, al pronunciar sus últimas palabras, para acercarse á la figura rígida del puñal.

—Yaga la infame, la que fué mi esposa, rugió aquella figura.

—Sí, tu hijo; tu hijo, asesinado por su padre, replicó Rodendra.

—Mi hijo el violador de su hermana. Bien hecho está.

—El violador has dicho? gritó Mesvardo con tremenda desesperación. Solo me falta morir.

—No, por el contrario, repuso el Sabidor Ferdux el Verde. Veo que lloras, sabía que la amabas. Perdono la memoria de Pedro tu padre, por el robo de mi esposa Yaga: esa infame. Te perdono á tí por el robo de mi hija Iñiga. Amala y defiéndela. Un momento más que me hubiese tardado, hubiera conseguido su hermano tan infame propósito; pero llegué á tiempo.

Mesvardo dobló las rodillas ante el Sabidor, ante Ferdux, pronunciando:

—Perdón, perdón. Gracias. Tuya es mi vida. Tuyo es todo.

—Salva á mi hija, te digo. Yo te la doy, pues la amas. Voy á darle el último beso.

XXIV.

Rodendra estaba al lado de Rango, intentando restañar la sangre de su herida, que ya no brotaba.

El Sabidor se inclinó ante el inanimado cuerpo de Iñiga, y Mesvardo lo acompañó. Tres besos ardientes depositó el Sabidor en la frente de su hija, y en seguida le aplicó un pomo á sus lábios, que había sacado del pecho, derramando en ellos seis ú ocho gotas.

Después de unos cuantos minutos, Iñiga volvió en sí, acudiendo en el primer movimiento á su pecho, y tomando su cuchillo, que antes no había tenido tiempo de asir.

—Que no sepa jamás mi hija que Rango era su hermano: que ignore del mismo modo, que esa Yaga, ó Rodendra, era su madre, había dicho el Sabidor á Mesvardo mientras derramaba las gotas del licor en los lábios de su hija.

—No lo sabrá. Yo os lo juro.

Convencida Yaga ó Rodendra de la muerte de su hijo Rango y á la par que su hija Iñiga volvía de su desmayo, ella cayó en un letargo profundo.

El Sabidor se alzó de la tarima.

—Me retiro, dijo á Mesvardo, antes que mi hija me reconozca. Ordena á dos vasallos que me acompañen con ese cadáver á mi caverna.

Mesvardo rugió dando las órdenes.

El Sabidor indicó la salida, que era la que él había abierto del subterráneo.

Dos servidores iban delante alumbrando con hachones de resina.

Después otros dos que llevaban envuelto en una manta el cadáver de Rango.

Seguidamente caminaban el Sabidor y su esposa Yaga, que había vuelto de su desmayo.

Apenas llegó esta comitiva, á sus habitaciones; el Sabidor hizo que depositaran el cuerpo de Rango sobre una mesa, y en seguida les ordenó que saliesen y se marchasen al castillo.

Antes que marchasen, en la misma mesa del cadáver, escribió el Sabidor un pergamino.

—Entregad, les dijo ese pergamino á vuestro señor.

Yaga ó Rodendra habia quedado muda y silenciosa en un sitial.

La lucidez que habia tenido al ver la muerte de su hijo y reconocer á su esposo, habia desaparecido totalmente, dando lugar á una atonía cadavérica.

Apenas hubieron desaparecido los vasallos de Guta dijo el Sabidor.

—Velemos la última noche el cádaver de nuestro hijo.

Y se puso en oración de rodillas, arrastrando antes con él á su esposa Yaga al lado de la mesa donde se encontraba el cádaver de Rango.

Pasadas más de dos horas, ya próximo á alborear, se dirijió, dejando al lado del cádaver á Yaga de rodillas, al sillon donde estaba el grajo, y tomándolo en brazos, lo condujo fuera de las habitaciones, besándolo y diciéndole al soltarlo en el subterráneo.

—Vete con mi hija. Tu no debes participar de nuestras desgracias.

El dia ya estaba iluminando los campos.

El Sabidor volvióse, y encendiendo en una lámpara un hachon de resina, se dirigió nuevamente por la galería, cerca de su morada, y allí donde habia á un lado y otro mucha retama y paja seca, fué prendiéndole fuego.

Apenas lc vió encendido retirose á sus habitaciones, y volvióse á colocar al otro lado de la mesa, donde estaba el cadáver de Rango.

Yaga permanecía aún en el opuesto de rodillas, y sin movimiento.

—Recemos le dijo, por última vez, la oración de los difuntos.

No bien habia acabado de pronunciar esta frase, se oyó un ruido espantoso; dos, tres, cuatro, cinco ruidos, escalonados, terribles, gigantes, que parecian producidos por terremotos monstruosos, por erupciones volcánicas del fuego central que se exalaba dentro de las entrañas de la tierra.

El Sabidor con su esposa Yaga, y su hijo muerto, habían quedado sepultados en vida. La comunicación única subterránea que quedaba libre en dirección de Guta, y de la salida por la charca del grajo, habia quedado toda cegada é interrumpida para siempre.

XXV.

Cuando llegaron los vasallos despues de conducir el cádaver de Rango, estaba Iñiga reposando de sus terrores, y Mesvardo á su lado, cuidándola.

Apenas los vió llegar, y despues de recibir el pergamino que Ferdux les entregase, les dijo á estos.

—Id, y todos juntos en la sala de armas, elegid el segundo del castillo, que os ha de mandar en sustitución de Rango.

Pasó algun tiempo, y ya cerca del alba, Iñiga despertándose significó á Mesvardo el desco de que abriese la

ventana para ver la luz del dia, y al acabar Mesvardo de realizarlo se oyó lejana una esplosión terrible, que Iñiga no percibió.

El grajo apareció entonces en la cámara, y rozando con el semblante de Iñiga volvió á escapar.

—¿Y mi padre?

—Tu padre vino anoche á tiempo de salvarte de una seducción infame.

—Ah, si, Rango.

—Y tu padre me ha dejado este pergamino escrito con sus sellos y armas. Oyelo.

"A mi hijo Mesvardo, y á mi hija Iñiga, que será su esposa, les repito mi bendición antes de ausentarme á Africa para siempre. Un ruego les hago á uno y otro, y es que jamás piensen en buscarme, ni en verme, porque esto sería imposible. Un abrazo eterno de despedida de vuestro padre, Ferdux el Verde; el Sabidor.

—Mi padre no se ha ido, la venida del grajo me lo indica. ¿Será una nueva desgracia?

En este punto, el grajo volvió á entrar y volvió á salir como una flecha, sin dar á esta tiempo para detenerle.

—Mi padre no se ha ausentado; por el contrario, añadió Iñiga, alguna desgracia le pasa; Juan ha vencido dos veces, y no se ha detenido. Juan me avisa á su modo de este nuevo dolor.

—El escrito de tu padre, parece una órden. ¿Hemos de contrariar sus designios?

—No, Mesvardo mio, porque quedan cumplidos desde este momento: pero indaguemos la suerte de nuestro padre.

—Bien; se hará lo que eseas. Pedro ¿me amas?

—Sí, respondió Iñiga presentándole sus brazos. Tú ya lo sabías, y mi papre también.

Iñiga se rehizo en fin de sus sufrimientos de aquella noche, y pasó el día en completa convalecencia.

El grajo no volvió á parecer por la torre, ni nadie logró verlo en varios días que pasaron.

Al quinto día, restablecida ya la jóven, acompañada de Mesvardo, fueron en busca de su padre, á la casa de la inmediata aldeilla, encontrando interceptada la comunicación que dirigía á su morada. Del mismo modo penetraron por el boquete abierto en su cámara, y también vieron que cerca de la casa del Sabidor se hallaba también interceptada é incomunicada por completo; prueba clara y terminante de que el Sabidor se había retirado para siempre al Africa.

Al día siguiente, al ir Iñiga con Mesvardo á nueva escursión, pasaron por la charca del grajo, y allí lo encontraron cadáver flotando sobre el agua.

Había muerto sin retirarse de la aproximación de su dueño.

Desde entonces llevó este nombre aquella charca de la fuente del grajo, que se reconstruyó fuente como hoy existe en 1874.

FIN.

Indice.

El castillo de Monbella ó
Dafnis. Folio de gemelos
etruscos. id id ——— 105
El hermano de Bertran
de Born ——— 109
La cova de mi javali 13.
La venganza de mi
abuela por un
Juicio Sumario 152
Arte de hacerme un
mano roltero
viejo ——— 164

Boceto social. La
prensa. El diestro 180.
Id. id El redactor 188.
El periódico anunciador 193.
Boceto social — La
prensa El colono 199.
Don
Id. El diputado 205
Id. id El administrador 211.
El médico de baño 219.
El caballo del Anade
pon Carlos de Seville 231.
Boceto social. La
prensa del reporter 261.
Id. id. El corresponsal 272.
El preso de Corpus

Varios ——— 28

La fuente del Agrado

Fundo Fantastica — 33

Erratas.

El **castillo** de Monteilla

p. 1. l. 10. d. leyenda.
citaba. l. leyenda;
ecaba.
p. 4. l. 7. d. Ximeis. l.
Ximeo.
p. 5. l. 2. d. hijo. l.
hijos.
p. 57. l. 13. d. necojdo.
l. necojiolo.
p. 58. l. 9. d. almeta-
elon. l. almenados.
p. 72. l. 4. d. cordue-
ron. l. ozadones.

p. 78, l. 14, d. Gyu-
mon. l. Gyomen.
p. 78, l. 22. d. mice-
da. l. monada

Dafnis.

p. 103. l. 8, d. paro. l.
paro. — La misma
en la nota del pié
p. 103. l. 13. d. jun
ta. l. junta.
p. 105. l. 9. d. verdi-
no. l. verdina.
Ed. l. 12. d. paro. l.
faro.

El hermano de Beltran
p. 175, l. 2, d. cordate
l. cordiformi
otte de haceme unicam
unicornio
p. 175, l. 1, d. unico
l. cauiz
Boeboa coriale
p. 181, l. 11, d. fricc
l. linicar.
p. 182, l. 23, d. Jan-
fauna. l Jaufauna
p. 183, l. 13, d. Jaufa
una. l. Jaufauna

p. 189, l. 15, d. mas-
tranente, l. mas-
tradamente,
p. 190, l. 1, d. que de
bodo. l. que todo
p. 190, l. 15, d. Sirin
bone. l. Sirinstone
id. l. 17, d. Cictona
l. Cictona.
p. 191, l. 3, d. Sirnon
l. Sirnon.
id. l. 19, d. Platon
l. Platon
Boeton <u>corides</u>
p. 192, l. 16, d. ha-

cian. l. vaciam
p. 214. l. 12. d. ap-
pican. l. apoyan.
El Medico de Baeza
p. 223. l. 4. d. cufre
medades. l. dolen
cias.
La Guarda del Grajo
p. 333. l. 13. d.
pelma. l. pelaca
p. 340. l. 21. d. mu
nuda. l. mucha.

p. 341. l. 9. d. hdu-
cido. l. hducado.
p. 352. l. 2. d. 780
l. 1100.
p. 357. l. 10. d. pen-
tora. l. penera.
p. 376. l. 7. d. pan-
tuna. l. cantuna
p. 378. l. 9. d. á
yuga que. l. á
yuga, eta le-
gue que.
p. 381. l. 23. d. fon-

nada, l. formula
p. 408, b. 5, d. entre
l. cubre.
p. 410, l. 5, d. male-
za, l. escalera.
p. 423, l. 6, d. venido
l. venido.
Id. l. 16, d. en cas. pe-
dro. l. deran. pedro.